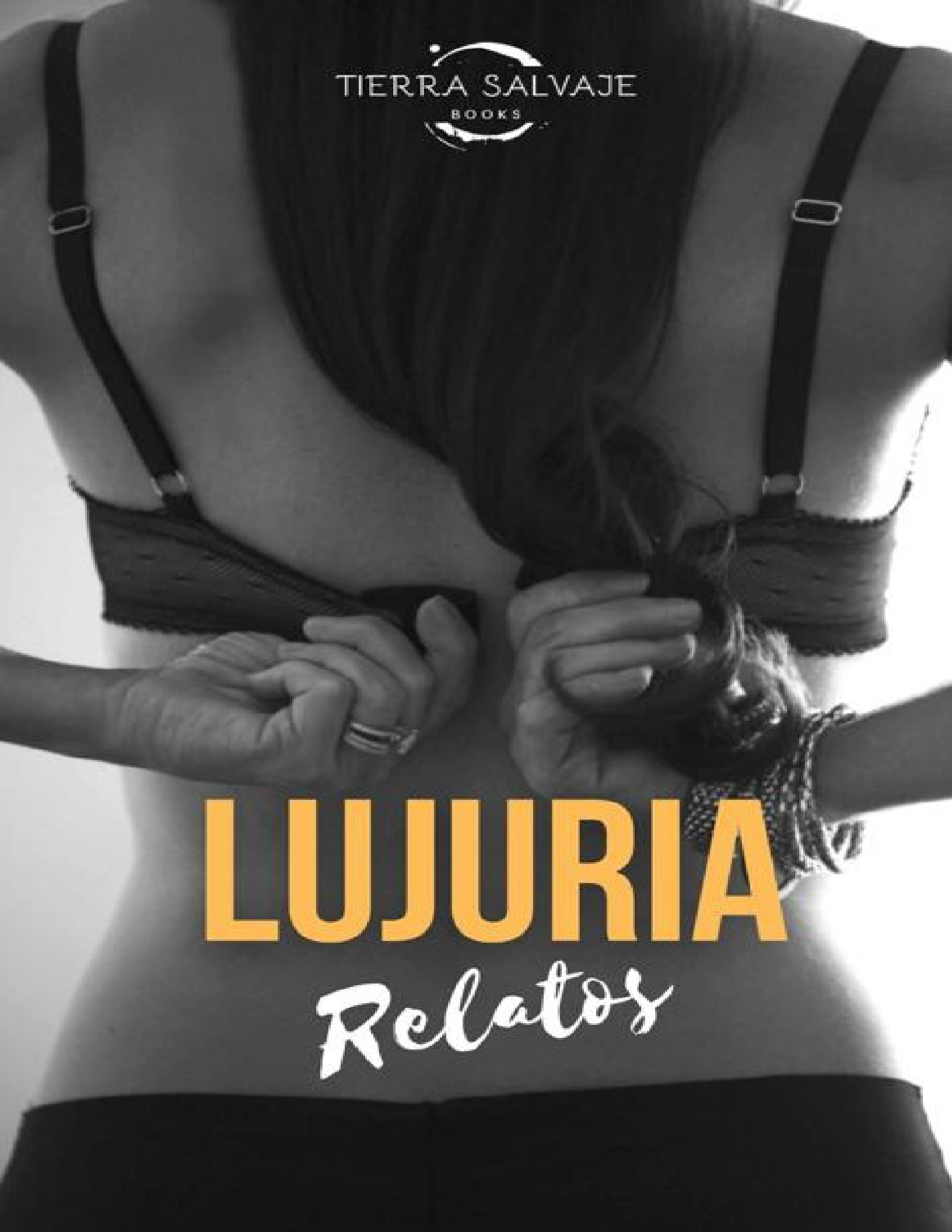




TIERRA SALVAJE
BOOKS

LUJURIA

Relatos

Los personajes, lugares y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier parecido con la realidad es fruto de la casualidad.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

©Tierra Salvaje 2023

Índice:

[Amor en la playa](#)

[¿Perdidos?](#)

[El embarazo](#)

[Mi cuñado](#)

[A mis órdenes](#)

[Ese chico](#)

[Aquella boda](#)

[¿Infiel?](#)

[Veinticuatro horas](#)

[Un postre muy singular](#)

Amor en la playa

Estaba en una playa nudista, sin complejos o con los justos. Giré mi cabeza buscando qué vistas me ofrecía el entorno, y entonces le vi. Era un tío completamente desnudo y libre, dejando que la brisa del mar recorriera cada rincón de su cuerpo. Quién fuera brisa, pensé, sin recordar a mi marido ni a nada que me recordara que yo estaba casada.

Me entraron unas ganas terribles de fumar, necesitaba aspirar ese humo que calmaba mi ansiedad. ¡Mierda! No tengo mechero, se me ha olvidado.

Necesitaba un mechero. Me puse la parte de arriba del bikini y fui tras él. En verdad, fui tras el chico desnudo y tras su mechero. Se lo pedí fingiendo que, para mí, estar junto a un tío desnudo era lo más habitual del mundo. Él me lo dio con una sonrisa y una única petición: no tengas prisa por devolvérmelo.

Me contó que se llamaba Marcos, que acababa de terminar la carrera y que estaba de viaje por la costa, alojado en el camping que estaba junto a la playa.

Cuando fui a devolverle el mechero me dijo que ya se retiraba, bastante sol por hoy. Yo también iniciaba mi vuelta a casa, suficiente adrenalina por hoy. Decidimos recoger nuestras toallas y lo poco que habíamos llevado. Me acompañó hasta el parquin y allí nos despedimos.

Al día siguiente volví a la playa. Estaba medio dormida, tumbada sobre la toalla, cuando escuché una voz masculina que me daba los buenos días. Era él. Me ruboricé por tenerlo tan cerca. Yo llevaba los pechos al descubierto y sólo una pequeña braguita escondía algo de mi cuerpo. Mi primer instinto fue taparme; el segundo, mirarle.

Me incorpore y él se sentó a mi lado. Estaba claro que era un chico decidido. Me preguntó si me importaba tener compañía y le respondí que no.

Se iba a desnudar justo a mi lado y yo no sabía hacia dónde mirar. El mar, la arena, el señor que leía el periódico a nuestra derecha... cualquier sitio válido donde clavar mis ojos para evitar mirar lo prohibido.

Se desnudaba con pasmosa tranquilidad. Se recreaba en cada prenda que abandonaba de su cuerpo y yo seguía buscando lugares a los que mirar. Mi nerviosismo era evidente. No sabía dónde meterme, nunca me había visto en una situación igual, pero la estaba disfrutando.

A medida que charlábamos todo iba fluyendo con naturalidad. Era una relación inocente. Yo le hablaba de mi marido y él no hacía ningún gesto que pudiera indicar interés por mí. Éramos simples compañeros de un rato en la playa.

Ya en casa se me ocurrió pensar qué opinaría mi marido si viese a su mujer en toples,

tumbada junto a un chico desnudo y conversando con él como dos amigos de toda la vida. Me resultaba extraño, era algo impensable en mí hacía dos días, pero, al final, decidí no ser tan alarmista y volver a la calma.

De esa forma, gané un compañero de playa para todos esos días. Lógicamente, hubo algún momento incómodo. A mi marido también le ocurre cuando hace nudismo, que se le escapa alguna erección "fuera de lugar". Marcos lo solventaba muy bien, ya fuese tumbándose boca abajo o escapando furtivamente al agua. El problema es que en este caso, al estar solos, planeaba la duda de que yo fuera la causa de esa reacción y no sabía si estar avergonzada o halagada.

Me fui rápidamente acostumbrando a su compañía, pero también a contemplar su cuerpo de manera natural, incluso en esos momentos tensos, aunque lo mínimo que podía hacer era sonreír cuando le veía en tal estado. Al principio eran miradas furtivas, pero luego ganaba confianza y aprovechaba cuando él estaba adormecido o leyendo para explorar su cuerpo, y la verdad me turbaba mucho, no sé si era porque me gustaba lo que veía o por el hecho de que era algo inadecuado. Lo cierto es que estaba muy bien, recuerdo que pensé que, en comparación, mi chico perdía por un buen trecho.

Reconozco que me lo pasé muy bien con él esos días, fue una compañía sumamente educada y agradable, y pese a todo lo anterior muy sana e inocente. Hasta que llegó el jueves, su último día de estancia.

El día transcurrió como los otros, y como hacíamos siempre volvimos de la playa dando un paseo. Llegamos al camping y nos dimos dos besos, pero antes de que yo me alejara dos pasos, Marcos me dijo:

— Si quieres te invito a mi tienda —Yo, en un principio, inexplicablemente, no caí en lo que me proponía.

— ¿A tu tienda? ¿Para qué? —Todavía me sorprende de mi ingenuidad y de cómo me dejó su respuesta.

—Mujer, es una tienda, no un palacio. Solo tengo un colchón... me refería a que si te apetecía despedirte de una manera más íntima. —Vamos, que si te apetece que nos acostemos.

Me quedé de piedra. Nos miramos a los ojos durante segundos, aunque parecieron horas y decidí escapar, casi de manera automática, instintiva, antes de quemarme en ese fuego. Le puse una excusa tonta y él me dijo que esperaba que no me enfadara por habérmelo propuesto, pero, que, por lo menos, le permitiera darme un beso para llevarse de recuerdo.

No tuve tiempo de pensármelo. Me vi de pronto fundida en un abrazo con Marcos. Fue

un beso salvaje, pero tierno. Nuestras lenguas no luchaban, se acariciaban, y a través de mi fino vestido de playa notaba el cuerpo terso y duro de Marcos que aplastaba dulcemente mis pechos y, especialmente, la entrepierna.

Noté un escalofrío eléctrico cuando Marcos descendió las manos por mi espalda, y apoyándolas sobre mis glúteos presionó nuestras caderas, aprisionando uno contra el otro nuestros sexos palpitantes, en un baile hermoso y húmedo del que desperté al instante, sobresaltada, jadeante... Justo un segundo antes de no ser capaz de echar vuelta atrás.

Marcos me pidió disculpas por el beso robado (no había sido robado). Pero añadió que si cambiaba de idea, que pasara en cualquier momento, que sería bienvenida y que él no se iría hasta la madrugada. No supe responder nada. Sin más, me di la vuelta y me dirigí al coche.

En el corto trayecto a casa de mis padres no me quitaba la turbación de encima. Estaba histérica. Contrariada y excitada. Pero, sobre todo, indecisa. No me explicaba esta indecisión. Estaba claro que no podía, que no debía ir allí esa noche.

Llegué a casa y me metí en la ducha como todos los días. Pero estuve más tiempo que ningún otro día. El agua me relajaba y me permitía pensar. Lo malo es que todo lo que se me ocurría no era bueno precisamente. O, sí era bueno, dependía del punto de vista. ¿Debía ir a verle?

¿Y por qué no? No iba a volver a verle jamás. No se enteraría nadie. ¿Qué tenía de malo?

Sería sexo y punto. Y seguramente del bueno, por lo que me decía mi intuición. Solo con ese beso había podido encender todo mi cuerpo. Y allí desnuda debajo del agua me decidí.

Me acicalé a conciencia. Me perfumé, me unté aceite por el cuerpo, elegí un vestido que me encantaba, muy escotado, y un conjunto de bragas y sujetador de sugerente transparencia que tenía reservado para las ocasiones especiales. Un collar, sandalias de medio tacón.... Incluso tuve el detalle de coger una caja de condones de la mesita de noche y guardarlos en el bolso, por si Marcos no tuviera.

Recuerdo que respiraba entrecortada mientras me preparaba. Creo que incluso mis bragas, recién puestas, estaban ya húmedas. Probablemente, nunca había estado tan excitada como durante esa hora de mi vida.

Y así, como preparada para asistir a una fiesta, bajé al coche y me dirigí a su encuentro, excitada y nerviosa. La aventura en mi mente y el deseo en mi corazón. Conducía despacio. Mi excitación era demasiada para atender debidamente el camino. Mi cabeza era un torbellino. De repente, a punto de concluir el trayecto, de la misma manera que en la ducha se había hecho la luz, vino la sombra.

Detuve el coche y pensé qué estaba haciendo. Me sentí abrumada y encima cayó sobre mí la losa de la culpabilidad.

Me miré extrañada por mi comportamiento y mi atuendo. Estaba preparada como para cenar en un casino, y Marcos me había invitado a una tienda de campaña. Me encontraba mal conmigo misma. Había rechazado en su momento una proposición natural, de un chico agradable y la había convertido en algo turbio. ¿Y qué pintaba mi precioso y carísimo vestido en un camping? ¿Qué pintaban mis bragas de raso en una colchoneta de una tienda de lona?

Estuve mucho tiempo allí, apartada a un lado de la carretera, con las manos en el volante y mi cara escondida entre ellas. Mi cabeza no podía, pero mi cuerpo se moría por ir.

No. Debería dar la vuelta y volver a casa, y olvidar la estupidez que había estado a punto de cometer. Pero él me estaría esperando. Tenía que darle una disculpa. ¿Y si iba y le explicaba que no podía estar con él y que me había vestido así para ir a una fiesta?

Era una buena idea. Le vería, me explicaría y volvería a casa con la conciencia tranquila. ¡Claro! Era lo más razonable. Ya está. Así lo haría. Decidido.

Aparqué finalmente frente al camping y entré decidida. Había poca gente, probablemente por la hora. Me dirigí hacia donde sabía que Marcos estaba acampado, un lateral apartado del campamento. Allí estaba su tienda, me acerqué con el corazón retumbando en mis oídos y le llamé en voz baja, con la esperanza de que estuviera dormido y no me oyera, pero, al mismo tiempo, con el deseo de que no ocurriera así.

Tenía una linterna encendida que dirigió hacia mí cuando descorrió la puerta. Su mirada pasó de la sorpresa a la admiración, y allí de rodillas, en la entrada, parecía como si me estuviera adorando.

— ¡Dios mío, qué bella eres! Acabas de convertir mi chabola en un palacio.

No le puse ninguna excusa, ni le dije que me tenía que ir, era inútil volver a engañarme. Quería estar allí y quería sentir esa devoción y su amor, su cuerpo en el mío. Quería pasar esa noche con él y por eso me puse guapa, para sentirme deseada y amada.

Cogió mi mano con dulzura y me invitó a entrar. Agachada y de rodillas, en el suelo de lona, sentí el frío en mis piernas y muslos cuando la falda se extendió para evitar que se arrugara. Y sin embargo, no hacía apenas frío, era una noche calurosa. El calor de mi cuerpo era el que acentuaba el contraste.

No había soltado mi mano y la acariciaba contra su cara mientras me miraba y me admiraba con los ojos rendidos. Y yo me sentía querida y pensé que el haberme puesto ese vestido y esa ropa elegante hacían de este encuentro una cosa bella, delicada, carente de la

suciedad que podía haber supuesto una entrega por sexo exclusivamente.

Y, sin embargo, yo había ido allí principalmente por ese motivo: una noche de pasión y de sexo con aquel chico, cuyo cuerpo me atraía. Ahora también me cautivaba su forma de ser, de comportarse en esos momentos tan delicados.

Y Marcos me cautivó y me conquistó aquella noche. Su mano pasó a mi cara, a mi cuello, a mi pelo. No hacía presión, pero yo me iba acercando a él y cuando nuestras caras se difuminaron por la cercanía nos fundimos en un beso apasionado, fruto del deseo y de la pasión, réplica del recibido y entregado unas horas antes, al despedirnos por la tarde y cuyo calor todavía sentía.

Metió su mano por debajo de mi vestido mientras nos besábamos. Mis muslos sentían su calor y su delicadeza. Fui yo la que se recogió el vestido y descubrí mis piernas, y después él me desabrochó los botones del pecho. Subí la falda por mi cabeza y entre los dos lo quitamos, quedando ante él en ropa interior.

Su boca buscó mis pechos, besándolos entre el fino y delicado encaje, sus labios aprisionaron mis pezones, tremendamente marcados en la suave tela del sujetador, y sus manos se dirigieron a mi espalda, intentando encontrar el broche para soltarlo.

Yo estaba enfebrecida por estas caricias y por su boca en la mía, pero me daba vergüenza hacer algo que pudiera parecer sucio y romper el encanto de aquel momento, y le dejé la iniciativa mansamente. Mi sujetador cayó y yo me fui reclinando en la colchoneta, encima de su saco de dormir.

Tumbada boca arriba, veía brillar mis bragas de raso con los reflejos de la luz de la linterna y de su mirada. Acarició mi cuerpo con sus manos y yo temblaba de emoción y de deseo. Su boca recorría mi cara, mi pecho, pasaba por encima de la tela a través de mi vientre hasta mis muslos cerrados, y cuando llegaba a los pies volvía a subir.

Le abracé cuando llegó arriba de nuevo. Necesitaba sentir su boca, sus besos que me derretían, y el contacto con sus labios me sacó de este mundo para sumergirme en un paraíso de los sentidos que me volvía loca, y deseando un contacto más intenso por todo mi cuerpo.

Sentí la presión de sus dedos en mi rajita, y la fina y suave tela de la braga introducirse entre mis labios, cuando los sacó noté el frío producido por la humedad y la presión de su pene en mi muslo al acercarse. Levanté un poco el culo y mis bragas fueron resbalando por mis piernas hasta que me las quitó del todo.

En la operación vi su miembro rígido y desafiante, oscilando entre sus piernas y con una gotita en la punta, producida por el deseo, y yo me desesperaba por la prisa de sentirlo ya, y al

mismo tiempo me sentía temerosa por el paso que había dado. Le rogué que esperara un minuto y saqué uno de los condones que había traído, yo misma se lo coloqué con habilidad. El tacto de su pene me volvió loca.

Cuando la introdujo, por fin, yo estaba chorreando y mi necesidad era ya inaguantable. Lo recibí con alivio y con una satisfacción inmensa por haberme decidido a querer esa noche a Marcos, por sentirle dentro y porque me hiciera suya. Estaba entregada a él, en cuerpo y alma. No pensaba en mi chico ni en mi hogar, solo en el hombre, en su cuerpo, en sus besos, en ese miembro que me golpeaba y agitaba, y que me deshacía y me hacía gemir y retorcerme de placer.

Acabamos rápido. Él tenía tanta urgencia de mi cuerpo como yo del suyo, y apenas pudimos aguantar cuando el placer empezó a llegar para abandonarnos a él.

Nos besamos, él acariciaba mis labios con sus dedos, mis mejillas, mi rostro tranquilo y relajado. Yo me sentía en la gloria y feliz de haber aceptado, de haber cambiado de idea y de estar allí. Lástima que todo hubiera acabado ya.

— Ven, hace un calor terrible, vamos a dormir a la playa

— ¿En serio?

— Sí, ¿Por qué no?

Nos vestimos y volvimos a hacer aquel camino que ya habíamos recorrido tantas veces esa semana, pero ahora de la mano, casi como dos enamorados. Al llegar a nuestro rincón extendió unas toallas y colocó el saco de dormir encima. Enseguida se desnudó, tal y como lo había visto hacer esos días, y en este caso yo hice lo mismo, nos tumbamos boca arriba sobre el saco. Hacía una noche fantástica, cálida, clara, miles de estrellas sobre nuestras cabezas y el rumor del mar más audible que nunca.

Nos abrazamos dulcemente, repitiendo allí tumbados aquel beso de la tarde que incendió mi resistencia, pero esta vez sin ropa. Su polla entre mis piernas crecía y se intentaba introducir entre mis muslos, y yo esta vez no albergaba duda alguna: la quería dentro, otra vez. El beso no acababa, seguía con pasión y su lengua me quitaba el sentido al jugar en mi boca. Me di la vuelta sobre el costado. Necesitaba respirar y sentir que no estaba soñando.

Desde atrás pasó sus brazos cruzados hasta abarcar todo mi cuerpo y sus manos se posaron en mis pechos. Mis pezones de punta se endurecieron, mi vello se erizó y toda mi piel sintió ese estremecimiento con su contacto. Su miembro iba empujando desde atrás, cerca del agujerito del culo, y no supe si lo pretendía, pero yo decidí dárselo. Con mi mano derecha

agarré su pene y lo dirigí hacia mi ano. Él se quedó petrificado, estoy segura de que le pilló de sorpresa y, desde luego, una bien grata. Me apoyé sobre su glándula y fui haciendo fuerza poco a poco. Parecía imposible. Tenía cierta experiencia pero su tamaño no ayudaba. Escupí sobre mi mano y lubiqué su pene, volviendo a la carga. Mejor, pero seguía sin poder y me hacía daño. Entonces se me ocurrió una idea. Le pedí que esperara. Su cara era un poema, estaba desencajado por el deseo. Abrí un preservativo y aproveché su lubricante para colocarlo con un dedo en mi ano, haciendo movimientos circulares y profundos... él no dejaba de mirarme con cara descompuesta.

— ¿Te apetece lo que ves, Marcos? — le pregunté lasciva

—Me muero por ello —contestó con la voz temblorosa y tartamuda.

Me puse de rodillas y le ofrecí mi grupa. Él se acercó y enfiló su aparato. Yo de nuevo lo agarré para guiar la maniobra. Ahora era él el que hacía presión y esta vez tenía buen pronóstico. Durante segundos largos y dolorosos me fue penetrando, hasta que por fin llegó. Le pedí que parara, necesitaba acostumbrarme para poder seguir.

Por fin empezamos, esta vez fue todo más lento que en la tienda de campaña, más tranquilo. Me acariciaba, besaba la nuca y la oreja, y su miembro entraba y salía despacio, sin prisas, haciendo que sintiera cada movimiento, cada empujón. Yo sacaba mi culo y lo apretaba contra él, notaba sus muslos contra mi trasero, golpeando suave y separándose.

Con mi mano acariciaba mi clítoris, aunque estaba tan desbocada que no aguantaría mucho.

Estaba frenética cuando el aceleró y me apretó contra su pecho desesperadamente, parecía evidente que iba a correrse. Yo también estaba cerca y quería coincidir con él, de modo que mi mano volaba y mi vagina salpicaba, por fin ambos sentíamos el orgasmo liberador; el suyo como un animal, aullando a la luna de esa playa desierta, llenándome por dentro como una cálida explosión que rebosaba a lo largo del interior de mis muslos, el mío un grito agudo, mordiendo bocanadas de aire para no ahogarme en el placer, y luego su respiración en mi pelo, su olor en mi cara me llenaban de él, de su aroma, de todo su ser.

Y el sol dio en mi cuerpo desnudo y me calentó por la mañana. Habíamos pasado toda la noche juntos, tumbados en la arena, sobre la toalla y el saco, y con su cuerpo sobre el mío, dándome calor. Debía haberse retirado hacía muy poco, porque fue el frescor del aire el que me resucitó y me hizo ver dónde estaba.

Abrí los ojos y vi a Marcos en la orilla del mar, lavándose. Vi también mi cuerpo desnudo, tumbado y erizado por la brisa suave que llegaba del mar, y le vi acercarse con un cubo de agua que dejó junto a mí.

Me lavó con mimo, con una esponja que humedecía en el cubo y me secaba con su rostro recién afeitado, y me daba calor con sus manos. Brinqué cuando introdujo la esponja mojada en mi interior para limpiar los restos de la noche de placer y luego sus dedos, para recorrer mi vagina y mi ano, y comprobar que estaba ya limpia y a gusto.

Me olió y sopló para calentarme. Luego sentí su lengua, entrar y jugar, desplazarse por todo mi conducto recién lavado. Un golpecito en mi clítoris, un suspiro, una caricia alrededor, un estremecimiento, una presión, un escalofrío imparable.

Y me llevó de nuevo al paroxismo, y me entregué de nuevo a él, allí al aire libre, a la vista de cualquiera que pasase a esa hora tan temprana del amanecer, y cuando acabé exhausta y feliz me tapó con su saco de dormir y se dispuso a recoger sus pertenencias.

— Vístete para mí. Quiero verte de nuevo con esa ropa tan preciosa que te pusiste para venir a mi encuentro. Quiero recordarte como la reina que se dignó a venir anoche a mi pobre palacio.

Y me puse despacio mis braguitas de raso, y mi sujetador suave y transparente mientras él me observaba. Y después me peiné y me arreglé un poco, me coloqué mi caro y arrugado vestido y dejé que me volviera a observar.

Volví a mi casa, volví con mi marido y seguí con mi vida, pero muchas noches, demasiadas noches, recuerdo aquella en la que me sentí totalmente libre.

¿Perdidos?

Me sentía como una tonta. No tenía por qué tener miedo, me lo repetía sin parar, pero parecía que ni yo misma quería escucharme.

Una luz plateada se reflejaba sobre una parte del mar y sobre la playa donde estaba. Escuchaba crujidos, silbidos y algunos golpes rotundos que me encrespaban. Seguro que todo tenía una explicación lógica. Quizás fuera el viento o la vegetación. Estaba allí tumbada, muerta de frío, desnuda y tapada con una manta que me irritaba con cada roce de mi piel. Estaba sola, bueno, a unos cincuenta metros vislumbraba bajo la tenue claridad de la luna, el lugar donde estaba tumbado Andrés, aparentemente dormía como un niño. Estar acompañada por aquel niño caprichoso era todavía peor que estar sola.

¿Cómo era posible haber acabado de aquella manera?

Todo parecía fruto de una pesadilla, pero no tenía más que abrir los ojos para darme cuenta de que era cierto. Efectivamente, detrás de mí, a unos doscientos metros dentro del agua estaba nuestro transporte, un hidroavión de hélice, peligrosamente escorado hacia su proa, con la cabina parcialmente inundada. Esa misma mañana habíamos salido milagrosamente ilesos de un accidente, el piloto, Andrés y yo. Mi nombre es Esther. ¿Y qué hacíamos Andrés y yo en un isla prácticamente virgen en medio del océano Índico? Los dos somos abogados de una firma importante con franquicia en España y sede social en Norteamérica. Nuestra relación personal nunca ha sido muy buena, aunque en lo profesional somos pareja, porque parece ser que la mezcla entre su ingenio y mi cabeza logra resultados para la empresa. Andrés es el prototipo de hombre que me pone enferma. Reconozco que es muy atractivo. Se especula que desde que entró en la empresa se ha llevado a la cama a la mitad del departamento de gestión. Conmigo también lo intentó y eso que sabe que estoy casada, y que yo no soy de ese tipo de mujeres que se rinde a sus encantos. Siempre lo mantuve a raya, pero una vez se sobrepasó. Él y yo empezamos casi al mismo tiempo a trabajar en el bufete, pasados un par de años quedó vacante un puesto de promoción interna que conseguí yo, porque así lo decidieron los socios. Aquello no le sentó bien a Andrés. En la fiesta que hicieron para celebrar mi ascenso, aprovechó un momento en el que me separé de la gente y de mi marido para ir a la planta superior a grabar unos documentos. Me siguió y se presentó en mi despacho:

— Hola, jefa —me dijo apoyado en el dintel de la puerta de manera seductora, casi ridícula—. ¿Ahora te tengo que llamar así, verdad?

—Puedes llamarme cómo te dé la gana — le respondí

—Pues me tendré que acostumbrar —me dijo acercándose—. Sabes que este puesto me correspondía por naturaleza a mí —me recriminó mientras me agarraba del brazo y me empujaba hacia él. De un golpe acabé impactando en su cuerpo. La verdad es que era rígido, elástico, carne de gimnasio... Yo intentaba liberarme, pero él seguía manteniéndome pegada a él con un brazo, mientras introducía su mano libre por debajo del vuelo de mi vestido, ascendiendo a lo largo de mi muslo....

— ¡Basta! —le dije gritando— Para o te meto una denuncia que te cagas.

— Anda ya, no jodas. ¿Tú sabes lo que ibas a disfrutar de esto? Si acabo de conocer a tu marido... ese tipo es imposible que te esté dando lo que te mereces. Dame media hora y te cambio la vida.

— Vete a la mierda —le volví a gritar mientras le empujaba con todas mis fuerzas separándole unos metros

— Mira, bonita, te voy a enseñar lo que tengo para ti —dijo de forma chulesca—. Se desabrochó el cinturón, la cremallera del pantalón del traje, y empujando los bóxers hacia abajo liberó su pene que brotó triunfante.

— ¿Qué? — me dijo — ¿Te gusta lo que ves? ¿Por qué no me la comes? Te juro que desde que te han dado ese ascenso no pienso en otra cosa que en correrme en tu boca, a ver si así dejo claro quién es el jefe.

— Vístete y lárgate antes de que llame a seguridad y te meta en un lío del que no vas a ser capaz de salir —le dije mientras descolgaba el teléfono del escritorio—. Como no parecía convencido marqué el número y en dos tonos sonó la voz del agente de seguridad. Le hice un gesto con la cabeza. Se rindió y rápidamente se vistió y se largó.

Pues bien, pocos meses después, la empresa organizó este viaje en el que los dos teníamos que acudir a una isla del Índico, que tenía como único propietario y habitante a un magnate de la construcción, al que le llevábamos unos documentos que tenía que revisar y firmar. Enterarme de aquello me produjo una úlcera, porque desde el incidente del despacho ambos nos evitábamos en la medida de la posible. La firma fletó un *jet* privado que nos transportaría hasta Mozambique, y desde allí en *jeep* hasta el norte, donde habían contratado un hidroavión que en poco más de una hora, sobrevolando el mar, nos llevaría hasta nuestro destino.

El viaje transcurrió sin más. Andrés estuvo escuchando música en sus auriculares,

ignorándome y dejándome a mí todo el trabajo con las aduanas y el transporte. No llevábamos equipaje, puesto que la idea era conseguir la firma y regresar al *jet* para dormir en la ruta de vuelta. Al llegar a Zanzíbar casi tuve una premonición. El hidroavión parecía haber servido en la segunda guerra mundial y el piloto no me causaba muy buena impresión.

El caso es que partimos enseguida. Intenté relajarme y cerré los ojos, aunque aquel aparato no era cómodo. Parecía una furgoneta con alas y esquíes. Para colmo era biplaza y estábamos Andrés y yo demasiado juntos. Por fin el piloto nos avisó de que estábamos llegando. Enseguida visualizamos la costa norte de la isla y el aparato maniobró perdiendo altura. De repente todo ocurrió, apenas segundos, quizás minutos, demasiado confusos por el estrés. Por lo visto, algo impactó con la hélice y de golpe perdimos tracción y comenzamos a descender. El piloto hacía lo que podía, pero el avión planeaba con dificultad y se escoraba a uno y otro lado, en un vaivén peligroso. Cada vez la tierra estaba más cerca y el agua más próxima, y por fin chocamos, acompañados por un gran estruendo. Saltamos, volvimos a caer planos, pero tuvimos que impactar con alguna formación de coral superficial y el ala de ese lado se inclinó hacia allí, chocando con el agua y cayendo yo encima de Andrés, golpeándome en la cabeza. Todo se apagó. Se hizo el silencio.

De repente, desperté. Estaba tumbada boca arriba en la arena. Tenía la garganta seca y sobre la piel una sensación extraña, como cuando te has quemado con el sol, ¿y qué hacía en ropa interior? ¿Dónde estaba mi falda y mi camisa? Pero ¿dónde estaba? Empecé a recordar. Me senté allí aturdida. Veía el avión, prácticamente hundido. Y podía ver a Andrés y al piloto afanándose por sacar cosas de su interior. Les grité y miraron hacia mí. Ambos acudieron corriendo.

— Esther, ¿estás bien? — preguntó Andrés

— Sí, pero ¿qué ha pasado...? —solo balbuceaba

— Quédate tranquila —me dijo el piloto—. Hemos tenido un accidente, pero no hay que lamentar heridas importantes. Has perdido el conocimiento durante unos veinte minutos. Nos has dado un susto tremendo. Te has llevado la peor parte del golpe, sobre todo, porque ha estallado una conducción de aceite y te ha caído hirviendo sobre la ropa. Gracias a Dios, tu compañero ha estado rápido y te la ha quitado enseguida, de lo contrario, te habrías quemado.

—Me he quemado un poco las manos, pero ya sabes que mi especialidad es desnudar mujeres —dijo con una sonrisa triunfadora

—En fin, gracias, Andrés; aunque sigues teniendo un sentido del humor que no entiendo —le contesté.

—Bueno —dijo el piloto—, no deben preocuparse. Hemos recuperado unas mantas, agua y el botiquín del avión. Estamos en la isla, solo que en la costa norte. La radio está inundada, pero solo me costará media jornada alcanzar andando la costa sur, donde está nuestro destino y venir a recogerles con una embarcación.

— ¡Un día! ¿Tenemos que dormir aquí? —grité

— Me temo que sí. No se preocupe, pasarán un poco de hambre, pero tienen agua y mantas... por la noche refresca. No entren en la vegetación, porque no tienen experiencia para desenvolverse en ella y podrían tener problemas. Por lo demás, le aseguro que mañana estará desayunando en la mansión del sur y todo esto quedará en una aventura para contar a sus nietos.

Así era el plan. Al cabo de media hora, después de darnos más instrucciones, se marchó en dirección al sur atravesando la frondosa selva.

Allí estábamos Andrés y yo, a la sombra de una palmera, cerca del agua, con un calor abrasador y eso que ya era tarde.

— ¿Nos bañamos? —Rompió el silencio Andrés

— ¿Qué crees, que estos son unas vacaciones?

—Mujer, yo creo que es la mejor forma de refrescarse.

—A parte de que, para mí, como puedes comprender, no es cómodo estar aquí en bragas y sujetador delante de ti.

— Bueno, bragas no.... no he podido evitar fijarme que es un tanga. Muy bonito el conjunto, por cierto... muy sugerente.

— ¿No eres capaz de pensar en otra cosa ni siquiera en esta situación? Te agradecería que no siguieras por ahí.

—Pero qué tonta eres. No lo hago para que te sientas mal.

—Pues lo consigues.

—Pues, mira, si estás incómoda podemos equiparar la situación—. Y dicho esto, empezó a desabrocharse la camisa y luego el pantalón.

— ¿Pero qué coño haces? —Intenté detenerle.

—Bueno, toda esa ropa está mojada y con sal, y me resulta incómoda. Tengo un calor increíble y tú estás en plan mojigata porque estás en ropa interior. Pues nada, yo me pongo en bolas y arreglo tres problemas de un plumazo—. Tiró del calzoncillo y se quedó totalmente desnudo. Yo miraba para otro lado. Era una situación ridícula, como todo lo que él hacía. — Bueno, ¿te bañas?

— Vete tú —le grité.

Se levantó y andando despacio se fue al agua. De nuevo no pude reprimir pensar que físicamente era un portento. Cuando llegó al agua, apenas diez metros desde donde yo estaba, se volvió y me indicó con la mano que me animara. Y, sin embargo, no pude evitarlo, no miraba el gesto de su mano, sino su abdomen, su entrepierna, aunque pareciera mentira era todavía más bonito por delante que por detrás.

— Venga, no seas tonta, te vendrá bien.

La verdad es que tenía razón. Pensé que quedaban pocas horas de luz y refrescarme me ayudaría a descansar. Me armé de valor y casi corriendo por el pudor me dirigí al agua, mientras él contemplaba, con el mar por la cintura, divertido el espectáculo.

Me metí en el mar de un salto. El agua estaba buenísima. Me puse de pie, cubría como un metro. Él estaba a unos dos metros, mirándome con una sonrisa en la cara.

— ¿De qué te ríes?

—Mírate —me dijo apuntando a mis pechos—. Uno se había salido de la copa del sujetador, fruto del chapuzón acelerado, rápidamente lo tapé y me sumergí en el agua hasta el cuello.

—La verdad es que eres una petarda. ¿Te crees que es la primera vez que veo a una mujer en bragas o le veo las tetas? Si por la ridiculez de venir corriendo hasta aquí para que no te viera en bragas, me has dado un espectáculo de tetas saltando importante, pero dejemos las cosas claras de una vez, eres mi jefa y lo llevo como puedo, pero desde que te conocí me muero por follarte. De ti me gusta todo, tus piernas, tu culito respingón, ese buen par de tetas que ahora voy conociendo y, sobre todo, tu cara de niña buena y tu boca de niña mala. Ya te dije que no me quiero morir sin correrme en esa boquita.

—Pero tú eres gilipollas ¡Apártate de mí! Eres un cerdo. Estoy casada, ¿y qué pasa con tu

novia, Inés?

—Eso es lo de menos, ¿qué tienen que ver tu marido y mi novia en esto? Me atraes sexualmente, no lo puedo remediar. Mira cómo me pones solo de hablar de ello—. Y dando un paso donde cubría poco me enseñó su pene, de nuevo apuntándose como en aquella ocasión en la oficina, sujeto por su mano derecha— Vamos, Esther, es la segunda vez que te enciendo la pista, te prometo que si aterrizas aquí no se te va a olvidar este viaje.

—Vete a la mierda, déjame en paz. No quiero ni que me hables, ni que te acerques a mí—. Dicho esto me di la vuelta.

Y todo este lío me devolvía al presente, en plena noche, muerta de frío y de miedo. Después del baño vespertino, mi ropa interior no había tenido tiempo suficiente para secarse y me había visto obligada a quitármela y a taparme con una manta como la lija, para no perder más calor. Cada ruido que provenía de la selva me alteraba, tenía los nervios crispados y tiritaba sin parar, por el frío y por el miedo que sentía. No podía más, estaba a punto de echarme a llorar, tenía que claudicar y buscar ayuda en Andrés, aunque me pesara, pero no veía otra solución.

Envuelta en mi manta me dirigí hacia él.

—Andrés —le llamé en un susurro— Andrés, ¿estás despierto? —No contestaba, dormía plácidamente boca arriba, tapado solo hasta la mitad por su manta y con el torso todavía desnudo. Por lo visto, no tenía frío. Me quedé sentada a su lado. Su compañía parecía mitigar el miedo de los ruidos de la maleza, pero el frío me hacía temblar. Aquello no estaba bien pero era puro instinto de supervivencia. Tenía que conseguir un poco de calor humano. Retiré la manta que tapaba a Andrés, muy lentamente, para evitar despertarle y evitarme explicaciones incómodas. Entonces comprobé que también estaba desnudo de cintura para abajo. Me dio igual. Me acurruqué a él. Me puse de lado, con mi espalda y trasero apoyado contra su lateral, porque seguía durmiendo boca arriba. Nos tapé a los dos con su manta y la mía. Surtía efecto. Su cuerpo desprendía un calor que me devolvía la vida. Pasaron unos minutos y empezaba a templarme. Él, de repente, se movió. Permanecí callada para evitar despertarle. Entonces, se giró hacia donde yo estaba y se pegó a mí como una lapa, pasando su brazo por encima de mi espalda y mascullando unas palabras ininteligibles en la que sin embargo me pareció escuchar el nombre de su novia... ¡Pensaba que estaba con ella en la cama! De hecho, estábamos en el típico abrazo de amantes para dormir. Su cabeza apoyada sobre mi pelo, los dos sobre el costado derecho y su brazo izquierdo abrazándome sobre mis pechos, su mano en contacto con

mi pecho izquierdo. Su abdomen dibujaba mi espalda, y su pene, en descanso, apoyado sobre mis glúteos. Pensé en irme pero seguro que lo iba a despertar y entonces ¿qué pasaría? Yo no podía seguir adelante sola. El miedo y el frío habían mermado mis fuerzas. Lo deje así. Pasaban los minutos y cada vez estaba mejor. Ahora su calor en la espalda era perfecto y su brazo mantenía tibios mis pechos y mi cuello. Se estaba bien, pero había algo discordante. El contacto con su pene. Me estaba poniendo nerviosa. Ahora ya no estaba en descanso... digamos que en media erección, pero su contacto con mi cuerpo me daba calor, pero de otro tipo... húmedo. Me sentía defraudada conmigo misma... me estaba excitando. Intenté no darle importancia. No tenía que perder el refugio que había conseguido. Además, había que reconocerlo, es normal que me excitara, era una mujer adulta y tenía que tomarme con naturalidad estas cosas. De repente, se movió, pero no mucho. Había desplazado una pierna. Su respiración seguía indicando que dormía, pero ahora su pene se había colado entre mis piernas. Esto era mucho más peligroso. Ahora lo notaba aprisionado por el interior de mis muslos y lo que es peor, su glándula apoyado entre mis labios, rozándome ligeramente el clítoris en cada respiración... aquello me sobrepasaba. Ahora ya no pensaba más que en esa parte de mi cuerpo. Había perdido el miedo y el frío de una tacada. Además, aquello iba en aumento... yo diría que ahora estaba totalmente empalmado y mis labios se apretaban contra su tallo justo debajo del glándula. No lo podía remediar, me estaba acelerando. No me podía estar ocurriendo esto. Lo apretaba lentamente con mis muslos y hacía pequeños movimientos con mis caderas, de manera que subía y bajaba por el falo, sin perder contacto con mis labios, como si me comiera un polo por el costado; su glándula seguía estimulado mi clítoris y aquello alcanzó un punto de no retorno. Quería correrme, pero la quería dentro... lo necesitaba. Era una locura, no me importaba haberme vuelto loca. Respiraba de manera entrecortada. Me movía despacio para no alterarlo, tenía que coger ángulo, de manera que me desplazé un poco hacia arriba y hacia delante, y con la mano izquierda le agarré la polla por el extremo y la dirigí hacia mi vagina, colocando el glándula apoyado en la entrada «¿Qué estoy haciendo?», pensé. Fue el único pensamiento lúcido, porque a partir de ahí ya no volví a pensar, fui lentamente descendiendo mis caderas y penetrándome con aquella polla que ahora adoraba, hasta que me llenó entera. Era increíble la sensación de plenitud, de presión en las paredes y en los labios distendidos. Me quedé quieta, respirando de forma entrecortada. Él no daba señales de vida, salvo porque su mano acariciaba mis pechos pero de manera relajada. No iba a durar mucho. Prácticamente no me movía, por el miedo a despertarle y porque no necesitaba mucho para estimularme. Subía y bajaba un poco y giraba un poco en círculo, despacio, húmedo.... Era increíble, estaba flotando. Me seguía moviendo delicada, pero profundamente, entonces abrí los ojos y me sentí transportada, el camino de la luna sobre el agua, los destellos de luz en el mar, el suave ritmo del agua en su encuentro con la playa, y la vegetación recortada en la penumbra. Todo el

miedo y el frío habían desaparecido y se habían convertido en calor, humedad y placer. Me había despertado en el paraíso y todo inundaba mis sentidos mientras mi sexo palpitaba, mis caderas temblaban... ¡Me estaba corriendo! Quería gritar y no podía, me faltaba el aire, mi boca llena de saliva, mi sexo lleno de él, cabalgando en una ola de placer nunca explorada, y derrumbándome por el esfuerzo tras el clímax.

Había sido tremendo. Ni siquiera hice el esfuerzo por sacarlo de mí, lo quería dentro, donde estaba. Me daba miedo perder su tacto potente y caliente, y en segundos, presa del agotamiento acumulado, me dormí.

Me desperté sobresaltada. Andrés estaba todavía dormido, de nuevo sobre su espalda, boca arriba. Y esta vez yo estaba prácticamente encima de él, con mi pecho sobre el suyo y mi brazo rodeándolo. ¿Qué había hecho? Me incorporé sobresaltada, pero con cuidado de no interrumpir su sueño. Recogí mi manta y me fui corriendo al punto de la playa donde comenzó mi noche. Allí estaba mi ropa interior, por fin seca. Me puse el tanga y el sujetador, y me senté cubriéndome con la manta sobre la arena. Me quedé pensativa mirando hacia él, el cuerpo que me había dado calor, protección y placer... mi cabeza bullía con sentimientos enfrentados. ¿Cómo había sido capaz? De repente un ruido me sobresaltó, provenía del mar y era un estruendo metálico, como de motor. Andrés, por fin, despertó.

—Esther, ¿has oído eso?

—Sí.

—Parece una fuera borda ¡Vienen a por nosotros!

De un salto se levantó, mostrándose de nuevo desnudo, sin pudor. Se colocó el calzoncillo y el pantalón, y empezó a gritar y a saltar mirando hacia el mar. Dos horas después estábamos a salvo en la casa del cliente que veníamos a visitar y solo un día después regresábamos a España. Nos esperaba una verdadera comitiva en el aeropuerto de Barajas. Se había corrido la voz de nuestra aventura y allí estarían nuestras parejas, familiares y socios principales del bufete para darnos la bienvenida e interesarse por nuestro estado. El capitán anunció que entrábamos en espacio aéreo español y que en poco más de cuarenta y cinco minutos aterrizábamos.

Yo estaba sentada frente a Andrés y me pudo el remordimiento que me había estado torturando desde la noche en la playa.

— ¿Andrés?

— ¿Sí? —Levantó la mirada del informe que estaba ojeando.

—Tengo que confesarte una cosa.

—Tú dirás.

—El otro día en la playa... Verás, el caso es que estaba muerta de miedo y de frío, y...

— Ahórrate las disculpas, sé muy bien lo que pasó.

— ¿Cómo?

—Pues que estuve despierto en todo momento.

—Eres un cabrón. Y yo presa de los remordimientos, te odio

—Oye, bonita, no te pongas fantástica. Te di lo que querías, ni más ni menos. Fuiste tú la que te acercaste a mí, la que se frotó contra mí... yo no fui más que un muñeco hinchable. ¿Recuerdas que yo sacara tajada? Pues no, me quedé calladito para que no te mosquearas como ahora lo haces y te rompiera tu momento, y te vieras obligada a marcharte, como siempre presa de tu orgullo— Me quedé con la boca abierta, pálida y avergonzada; en realidad, tenía toda la razón.

—Lo siento —dije con pesar.

—Tranquila. No soy tan gilipollas como crees. Me tuve que repasar toda la alineación de Real Madrid para no correrme y, sobre todo, para no aprovecharme. ¿Crees que en esa situación no hubiera podido sacar tajada?

—Lo siento, no sé qué más decirte.

—Muy pocas palabras para una abogada tan brillante

— ¿Te parece que seamos amigos? ¿que empecemos de nuevo? Te lo propongo de corazón.

—Está bien —dijo poniendo tono paternalista—, pero me debes una. Yo tengo una tensión no resuelta que alguien me deberá solucionar.

Por primera vez me hizo gracia uno de sus chistes. Y entonces dije sin pensarlo:

— ¿Quieres que empatemos?

— ¿Cómo? —dijo casi atragantándose de la sorpresa.

— ¿No decías que no querías dejar este mundo sin correrte en la boca de tu jefa?

— ¿En serio? —Me parecía mentira que le estuviera proponiendo eso, pero comprendí que era justicia divina y que sería la mejor forma de quedarnos en paz. Entonces, me levanté

del asiento y le hice una señal para que me siguiera.

Nos metimos en el baño al fondo del *jet*. Era un aseo limpio y amplio nada que ver con los vuelos comerciales. Cerró la puerta y se apoyó en ella con la cara desenchajada del deseo. Sin mediar palabra me desnudé. Lo hice lentamente, mirándole a los ojos; primero la blusa, luego la falda. Me entretuve con el sujetador y cuando liberé mis pechos, él los contempló hipnotizado. Finalmente, bajé mi braguita, primero por una pierna y luego por otra, y divertida se la tiré a la cara.

—A ver cómo apagas este fuego de mi boca. ¡Tanta ilusión que te hace! —le dije sin pudor y provocando.

Me agaché y rápidamente liberé su pene totalmente erecto. Comencé a besarlos, primero el glande, luego el tallo. Él se apoyaba en mis hombros pero hacía incursiones tocándome los pechos. Por fin me introduje el glande en la boca, lo mordí un poco y dio un respingo. Prácticamente, no podía engullir más que la mitad de su tamaño y me ayudaba con una mano masturbándole con fuerza. Subía y bajaba, me lo metía en la boca y lo sacaba mientras no paraba de pajarle. Miré hacia arriba, directa a sus ojos, aquello le puso muy cachondo

— ¿Quieres correrte en mi boca?

— ¿Estás segura?

— ¿No te apetece?

—Me muero de ganas.

—Pues hazlo.

Y dicho esto recuperé la mamada y después de un minuto se arqueó, con una mano me agarró del pelo y con la otra agarró él mismo su pene... se masturbaba con violencia... un golpe, dos, tres... el pene estaba rojo e hinchado a punto de explotar.

—Me corro —dijo gritando— Abrí la boca, una primera oleada inundó casi en mi garganta, hice ademán de tragar y al cerrar los labios la segunda impactó en mis labios cerrados, resbalando hacia mis pechos. Abrí de nuevo la boca y un tercer impacto cayó en mi comisura y finalmente otros menores, gotas que al agitar frenéticamente su miembro caían como el rocío sobre mi cara, sobre mi pecho y sobre mi torso.

Apenas media hora después aterrizábamos y nos encontrábamos con nuestras respectivas parejas. Todo aquello sirvió para mejorar nuestra relación. Ahora, además de una buena pareja profesional nos llevábamos bien en lo personal y no hemos vuelto a tener nada carnal, lo que implica que una vez resuelta la tensión sexual que nos dividía, quizás haya esperanza de que seamos unos buenos amigos.

El embarazo

— ¿Estás totalmente seguro de los resultados? —pregunté inquieta

Mira, Esther, esto es pura ciencia. El recuento es bajísimo. No es una cuestión de posibilidad, sino de probabilidad —respondió Adrián.

Adrián era mi ginecólogo. Realmente, era mucho más que eso, era un buen amigo de la familia desde siempre. A él había acudido meses atrás, después de largos años buscando tener un hijo con mi marido, Alex, sin conseguirlo. El problema podía ser de uno o de ambos, y me había propuesto averiguarlo, de manera que después de mucho luchar con mi marido, que no estaba por la labor de someterse a exámenes, pero, finalmente, después de mucho insistir y costarme casi el divorcio nos habíamos hecho las pruebas, de cuyo resultado me estaba ahora enterando.

— ¿Qué quieres decir? Explícate —Le apremié

Mira, Esther, el recuento de espermatozoides de Alex es tan bajo, que resulta prácticamente imposible la fecundación de manera natural. La única posibilidad será la fecundación *in vitro*.

— ¿Tú sabes lo que esto significa para mi marido? De todos los resultados posibles este es el peor, con lo orgulloso que es él, ¿cómo demonios le voy a decir que el problema es suyo?

—En fin, no sé... deberá entenderlo.

—Yo no me veo capaz de decírselo.

—Pues debes hacerlo, porque está claro que el problema existe.

—Me da igual, prefiero decirle que todo está bien.

—Eso es una tontería —Adrián casi me gritó. ¿No te das cuenta de que entonces convertiríais el problema en crónico? Nunca te quedarás embarazada y a él se le va a quedar cara de tonto. ¿Tú estás segura de querer tener un hijo?

— ¡Pues claro que sí! Es lo que más deseo en este mundo... pero tú no conoces bien a Alex. Esto puede ser una lacra para él y para nuestra relación— No lo pude evitar y me puse a llorar desconsoladamente.

—Por favor, Esther, tranquilízate.

—No puedo, para mí esto es una tragedia. Haría cualquier cosa por solucionarlo.

— ¿Cualquier cosa? —me preguntó de manera intrigante Adrián

—Sin duda.

—Bueno, no sé, igual no es buena idea....

— ¿Qué pasa, Adrián? ¡Ten piedad, dímelo! —le supliqué

—En fin, Esther... tú no tienes problemas para quedarte embarazada. Hay métodos que te permiten programar perfectamente los días y casi las horas exactas del ciclo en el que es más probable quedarte embarazada, y teniendo entonces relaciones, pues...

—Pero qué tontería... por mucho que lo planifique tú mismo has dicho que los recuentos de Alex son bajísimos

—Ya, pero es que Alex no es el único hombre sobre la faz de la tierra, ¿verdad? —A mí se me quedó cara de tonta, porque durante muchos segundos no parecía comprender lo que Adrián me aconsejaba— Esto no sería la primera vez que ocurre. Esto es más viejo que el mundo. Tú no le dices nada a Alex, el sigue confiando en que todo marcha bien y es feliz consigo mismo, además, os quedáis embarazados y aquí paz y después gloria.

—Pero no me lo puedo creer... ¿en serio piensas que eso es posible?

— ¿Cómo no va a ser posible? Tú eres una mujer muy guapa. No te va a costar nada conseguir a alguien. Tendrás que hacerlo cuando estés en los días álgidos, que te enseñaré a calcular. Yo te echaré una mano con un tratamiento que favorecerá la fecundación, y hasta ahí te puedo ayudar, el resto es cosa tuya.

—Pero, no sé... —Solo me atrevía a balbucear.

—Mira, no necesito que me cuentes tus planes, ni que me des explicaciones. Yo te organizo todo las instrucciones del cálculo y el tratamiento, y tú decides lo que haces con tu vida. Yo no quiero, ni puedo saber lo que tú vas a hacer.

Pasaron los días después de la consulta. Fueron jornadas duras, intentando digerir los resultados y mascando la propuesta que me hizo Adrián. Al principio me pareció una locura, pero pasaban las horas y la locura me parecía que era no hacer nada. ¿Y por qué no? ¿No era lo más práctico? ¿No buscaba el bien común de la pareja?

Entonces, Alex me comentó que en dos semanas tenía programado un congreso en San Sebastián y me preguntó si lo quería acompañar. Él es ingeniero y trabaja para un estudio de arquitectura y con cierta frecuencia acude a cursos y congresos de su especialidad. Le dije que me lo tenía que pensar. Entonces tenía la menstruación y según Adrián debía esperar para tener relaciones en catorce o quince días. Esa fecha coincidía con el congreso. La oportunidad se me ponía en bandeja. Si mi marido se marchaba tenía la oportunidad de oro para disponer de tiempo para desarrollar mi plan. Sin embargo, por más que lo pensaba, no lo veía claro. ¿De dónde iba a sacar yo un hombre? Y, sobre todo, ¿qué pasaría si conocía a alguien de mi ciudad y más adelante me buscaba, poniendo en peligro mi matrimonio? Entonces, aunque parecía más descabellado, en realidad me convenía acompañarlo y que fuera lejos de casa.

Y así fue. Los días siguientes me dediqué a afilar mis armas de mujer. Como era verano y hacía buen tiempo, me compré ropa ligerita y más desenfadada de lo que yo acostumbraba. Me hice unos tratamientos de belleza. Comencé con las píldoras que me había recomendado Adrián y fui trazando el plan de cómo lo haría. Decidí que era importante tener sexo a diario con Alex durante esos días, de modo que a la hora de hacer las cuentas del embarazo, cuadrasen. Como además, él estaría todo el día ocupado y desaparecido, y solo coincidiríamos por la noche, contaba durante los tres días con tiempo suficiente para conseguirlo.

Y así, con un nudo en el estómago, viajamos hacia San Sebastián. No era la primera vez que estaba. Es una ciudad espectacular, además, el tiempo acompañaba, lo que allí no siempre ocurre y estábamos alojados en un magnífico hotel, con todo tipo de comodidades y distracciones. Llegamos a la tarde noche y después de cenar fuimos a la habitación. Nos subió las maletas un chico un poco chulo. No estaba físicamente mal, pero no sé cómo se atrevía a mirarme de la forma en que lo hizo, además con el riesgo de que se enterara mi marido. Pensé que aunque aquel fuera el último hombre en la tierra sería imposible tenerlo como padre de mi hijo.

Una vez en la habitación, era el momento de poner en marcha el plan.

— ¿Tienes que madrugar mañana, Alex? —le pregunté desde el baño

—Sí, más vale que me vaya pronto a la cama, porque he quedado a las ocho con estos.

— ¿Y no tenemos tiempo para nada más? —le dije apoyándome provocativa en el dintel de la puerta.

— ¿A qué te refieres?

—A esto —Deslicé mi falda a lo largo de mis piernas y mi blusa de manera vaporosa tras mi espalda. Llevaba un conjunto precioso de braguitas y sujetador a juego, unas medias hasta el muslo con ligero, incómodo pero infalible.

En menos de un minuto estábamos follando como leones. Además me encontraba aturrida. Por un lado tenía remordimientos de lo que iba a hacer y por otro me daba mucho morbo estar haciéndolo con mi marido mientras pensaba que en breve buscaría otro macho que me fecundara, me ponía a cien. Probablemente, en mi cabeza también bullían las hormonas con las que me estaba medicando Adrián.

Al día siguiente, Adrián se despidió temprano y decidí levantarme para dedicarme a mi negocio. Me recorrí el hotel de punta a punta y me dediqué a todo tipo de actividades para explorar el entorno. De nuevo me tropecé con aquel empleado chulesco. De hecho se acercó a mí y me dijo que si necesitaba cualquier servicio, él era mi hombre. No me digné ni a contestar a semejante grosería.

Estuve en el gimnasio. Allí me topé con un par de chicos demasiado preocupados por sí mismos que no me parecieron buena idea. Estuve en el spa, magníficamente equipado. Me lo planteé con el masajista, pero me pareció demasiado obvio e improbable. Durante la comida estuve oteando el horizonte y tampoco me pareció nada correcto a la vista. Sin embargo, en la mesa de al lado estaba un señor que resultaba encantador. Tendría unos sesenta años y no sé por qué me resultaba conocido. No pude dejar de fijarme en sus formas educadas y en su estilo, era un *gentleman* de la vieja escuela.

Por la tarde después de la siesta, me entretuve en la piscina. Me llamó la atención una señora acompañada de sus tres hijos. Parecían de muy buena posición social. El mayor de ellos tendría unos dieciocho años y un cuerpo como solamente se puede tener a esa edad.

Y así pasó el primer día. No pude dejar de desesperarme por lo poco que había avanzado en mis planes. Cené con Adrián. Aquella noche de nuevo le tenía reservada guerra.

Cuando teníamos la cena puesta, entró el señor de la comida, ocupando la misma mesa que ocupara al mediodía. De repente, cuando Alex lo vio, se levantó y fue a saludarlo. Estuvieron apenas dos minutos charlando.

— ¿De qué conoces a ese hombre? —pregunté curiosa en cuanto regresó.

—Como para no conocerle... Es uno de los principales arquitectos de espacios industriales a nivel europeo, es una eminencia. Mañana es uno de los ponentes del congreso.

A la mañana siguiente desperté un poco desilusionada, pero dispuesta a dar batalla. Para colmo, las pruebas indicaban que ese mismo día era uno de mis dos días de mayor fertilidad, de manera que debía de estar viva.

Repetí circuito. En el gimnasio estuve tonteando descaradamente con un chico de unos treinta años que me siguió el rollo, pero no hubo posibilidad porque me comentó que era un comercial que tenía una reunión a mediodía y luego volaba lejos. Desilusionante, aunque me sirvió para comprobar que era posible, porque al despedirse me dio un beso en los labios y me pidió el teléfono, a lo que me negué.

Continué en el spa. Lo del masajista no era técnicamente posible. El sitio era demasiado concurrido. Me atreví a preguntar, forzando la situación, a ver si no había un sitio más íntimo dentro del spa. Él me explicó que sí, que había un circuito especial, que llamaban de enamorados, incluía una sesión de masaje en pareja y luego te dejaban media hora "libre" en un circuito privado con *jacuzzi* y duchas sensitivas. Sonaba bien pero no era cuestión de hacerlo con el masajista por razones obvias.

Llegué a la comida con la sensación de haber perdido el tiempo. Estaba distraída en la comida cuando vi avanzar al arquitecto de nuevo hacia su mesa, y entonces lo decidí... ¿por qué no él? Era el candidato ideal, una eminencia como había dicho Alex. Me armé de valor y me acerqué a su mesa. Él se puso en pie como un resorte.

— ¿Le puedo ayudar en algo, señora? —Hablaba un perfecto castellano con un acento muy interesante.

—No, bueno sí. ¿Le importaría que comiera con usted? Mire, mi marido se encuentra en el congreso y agradecería la compañía de un caballero.

—Al contrario.

Fue una comida muy especial, su compañía resultaba muy grata. Me explicó que se marchaba esa misma noche, lo cual era perfecto para mis planes. Yo intenté desplegar mis armas de mujer. Él al principio se resistía, pero al final de la comida se rindió a la evidencia, de manera que dispuesta a no perder baza le entré directa.

—Roberto, me fastidia perder su compañía ¿cree que podríamos continuar juntos?

—Por supuesto, ¿le apetece tomar un café?

—Me refería a más juntos —le dije sonriendo de forma lasciva.

En cinco minutos estábamos en su habitación. La verdad es que era un hombre

físicamente agradable. Se notaba que de joven tuvo que ser muy atractivo. Se dejó hacer por completo, lo cual agradecí. Enseguida deslicé mi vestido a lo largo de mi cuerpo y me quedé en ropa interior, le senté sobre la cama y me coloqué sobre él a horcajadas. Él me acariciaba de una manera deliciosa, suave, pero de forma intensa y sus besos eran delicados. Le fui desnudando, descubriendo su cuerpo adulto. Su visión no me produjo reparo, todo lo contrario empezaba a excitarme mucho. Me acabé de desnudar y en la misma posición me dispuse a acariciar mutuamente nuestros sexos, imprimiendo un masaje circular. Sin embargo, pronto observé que pese a los preliminares, su pene no estaba erecto. Decidí poner la directa. Le mantuve sentado y poniéndome de rodillas introduje su pene en mi boca, mientras con la mano le estimulaba de forma suave. Pasaron unos minutos y algo había mejorado, pero ni siquiera se podía decir que la bandera ondeara a media asta. Continué con la mamada, intentando ser más intensa, a intervalos aprovechaba para mirarle a los ojos... parecía estar disfrutando, pero aquello no acababa de cuajar. Me propuse intentar la penetración. No era sencillo, pero quizás fuera la forma de estimularle más. Le empujé suavemente sobre la cama, tendido boca arriba. Me dispuse sobre él y agarre su pene dirigiéndolo a mi sexo. Aproveché para frotar mi sexo con su glándula, el contacto era placentero. Lo enfilé hacia dentro de mí y apoyé el peso del cuerpo, con cuidado. Entró unos centímetros, pero lo notaba raro, como aprisionado o ensanchado por mis labios. De nuevo comencé a moverme en círculos. No puedo negar que algo me estimulaba, pero planeaba en el ambiente los nervios de la derrota. Continué durante minutos girando... no acabábamos de acoplarnos. Empecé a intentar deslizarme arriba y abajo, y fue entonces cuando su pene se deslizó entre mis labios. Fue un desastre, me quedé descompuesta. Intenté introducirlo de nuevo, pero no parecía posible. El propio Roberto estaba desconsolado, escondiendo su rostro entre las manos.

—Lo siento, querida, me temo que no hay nada que hacer.

—¿No te gusto, Roberto? —pregunté de forma ingenua.

—Eres una Diosa, pero yo hace muchos años que no funciono sin la ayuda de mis pastillas azules y, lamentablemente, no llevo encima... cómo iba a pensar que me saldría un plan, y encima con una belleza como tú.

Agradecí los cumplidos. Como no podía ser de otra forma aceptó la derrota de manera educada y se portó como un caballero, asegurándome que lo ocurrido sería un secreto. Él se marchaba en unas horas, de manera que nos despedimos para siempre.

No puedo negar que aquello fue un jarro de agua fría. Me había ido a la cama con otro hombre, había sido infiel a mi marido y para colmo no había cumplido el propósito de tal traición, de manera que estaba desconsolada.

Decidí darme otra sesión de spa. En el camino pasé por la cafetería del hotel y de reojo vi al joven de dieciocho años que solía estar con su familia en la piscina. En este caso estaba solo, tomando una Coca—Cola y atento a un programa deportivo de la tele. Entonces pensé que era una buena idea. Tenía que aprovechar mi día álgido ¿Por qué no él? Parecía un buen chico, desde luego una monada, y a esa edad no resultaría difícil de embaucar, además, seguro que este no se quedaba sin pilas. Me decidí y pensando rápido me dirigía al spa. Contrataría la sesión privada para enamorados...

Volví a la cafetería. Me senté junto a él de manera pretendidamente casual y pedí una bebida.

—Hola —le dije.

—Hola —me contestó con cara de sorpresa.

—Te conozco de la piscina. Sueles nadar por las mañanas con tus hermanos y con tu madre.

—Sí —Era parco en palabras, probablemente tímido

— ¿Cómo es que estás solo?

—Se han ido todos de turismo a conocer la ciudad, a mí esas cosas me aburren.

— ¿Quieres otra Coca—Cola? ¿O te apetece algo más fuerte?

—Una cerveza —me dijo poniendo cara de machito— Se la pedí. Estuvimos hablando durante media hora. Reconozco que me costaba enganchar conversación, pero, poco a poco, se fue animando, sobre todo, a partir de la segunda caña. Había que lanzar el anzuelo.

—Pues yo me he quedado tirada.

— ¿Y eso?

Había contratado una sesión de spa en pareja con mi marido y me ha llamado para decirme que está liado hasta tarde... así que perderé el dinero.

— ¿Por qué no vas tu sola?

—Porque es obligatorio para dos —mentí.

—Ah.

— ¿Te apetece a ti venir conmigo? —le pregunté haciéndome la ingenua.

—Yo... no sé... no tengo aquí el bañador.

No hace falta el bañador... no seas tonto.... venga, sí, vamos, que lo pasaremos bien; y casi le conduje secuestrado, tirando de él de la mano.

Cuando llegamos, la recepcionista del spa puso una cara rara. Era obvio tenía más de diez años que él. Le conté la misma batalla de que mi marido me había fallado y lo iba a aprovechar con mi sobrino. Él estaba sonrojado por la situación.

Nos pasaron a la sala del privado. Había una camilla doble de masaje, un *jacuzzi* grande en una esquina, una mini piscina con chorros al lado, y unas cabinas de ducha en el otro lado de la sala. Era un sitio amplio y confortable. Nos pidieron que nos desnudáramos y que nos pusiéramos un biquini inferior ridículo de papel, y que nos tumbáramos en las camillas. Salieron y nos dejaron solos. Él estaba descompuesto.

— ¿Dónde nos cambiamos? —preguntó tartamudeando.

—Aquí mismo... no seas tonto —Y dicho esto, volví a deslizar mi vestido por segunda vez en el día delante de un hombre. Él se quedó petrificado. Me miraba de manera descarada mientras me desvestía... le tuve que animar — ¡Venga, que van a entrar para comenzar el masaje! Se quitó la camiseta. Era un adonis, pura carne recién construida. Yo acabé de desnudarme. Intencionadamente me retiré el sujetador y la braguita lentamente, atrayendo su mirada. Lo tenía embelesado. Me coloqué la braguita y él acabó de desnudarse, pero dándose la vuelta, escondiéndose, privándome de la visión de su polla, pero no de sus glúteos.... «¡Jesús!» pensé, menuda tracción que tiene que dar ese culo empujando... De nuevo me estaba excitando. Se colocó la braga y se dio la vuelta. Allí estaba. Ese fino trozo de papel era incapaz de ocultar la evidencia. Por fin tenía una erección en mi honor y de un tamaño importante.

Nos tumbamos en la camilla. Era una camilla doble, de manera que estábamos dispuestos boca abajo, uno pegado al otro. Entraron los masajistas. Era un chico para mí y una chica para él... muy apropiado. Duró media hora. Yo notaba el contacto caliente del lado de él y eso me producía cierta excitación. Acabó y se retiraron los masajistas indicando que teníamos unas hora libre para disfrutar del agua.

—Vamos al jacuzzi, será divertido —le dije—. Me acerqué al borde y me retiré la braga de papel, deslizándome rápido en el agua. Él de nuevo se dio la vuelta por pudor, se retiró la braga y en un segundo saltó al agua. Un segundo suficiente para comprobar que seguía apuntándome con un misil intercontinental. Era ahora o nunca. Estábamos uno frente al otro. Nuestras piernas en contacto. Con la excusa de cambiar de posición por los diferentes chorros me deslicé donde estaba él, tropezando voluntariamente y acabando sentada encima.

—Uy... perdona.... — Él no se movía. Me di la vuelta. Era la segunda vez en el día que estaba sentada con un hombre entre las piernas... este caso era muy diferente. Sobre mi abdomen descansaba un garrote bien tieso. Sin más le besé. — ¿Te gusta el *jacuzzi*? —le pregunté juguetona —él ni contestó—. Seguimos besándonos. Era como un potro en celo.

Resoplaba y me comía la boca de manera salvaje. Con mi mano derecha agarré su polla y comencé a pajarle. Sus resoplidos eran ahora gemidos...

— ¡Cómeme las tetas! —le dije en plan guarra... lo hacía de manera compulsiva, pero eso me excitaba—. Apoyé su pene contra su abdomen y lo dispuse entre mis labios vaginales, él dio un respingo. Comencé a masturbarlo, presionado con mi sexo sobre su falo.

— ¿Quieres follarme? —le pregunté mirándole a los ojos sin cesar mi masaje entre sexos.

—Síí —Al principio no entendía a qué venía una respuesta tan escueta, en pocos segundos me percaté.

— ¡No! —grité. Se estaba corriendo y, obviamente, fuera de mí... como mucho dejaría embarazado al jacuzzi ¡Por favor! Di al botón para parar las burbujas. En el centro flotando, aglutinado estaba su simiente. La cogí con la mano. Él me miraba extrañado mientras yo contemplaba aquel conjunto de células en la palma de mi mano desconsolada.

Había perdido una batalla, pero no la guerra. Contábamos con media hora de spa y aquel soldado parecía que se podría recuperar. Le dije que no se preocupara, que esas cosas pasan, que ya vería que ahora en el segundo aguantaría más, que solo disfrutara...

Le conduje como buena cicerone a las duchas. Eran unos chorros muy relajantes, con diferentes intensidades. Me dediqué a enjabonarlo por completo, desde la cabeza a los pies, prestando atención en su polla. Tenía un instrumento interesante. Parecía empezar a dar muestras de vida. Había un aceite de baño a mano, aquello había que aprovecharlo. Me embadurné todo el cuerpo. Él contemplaba, cayéndosele la baba, cómo lo hacía. Puse unos chorros especiales de aromaterapia, prácticamente no caía agua, era como un rocío, así no perdería el aceite aplicado. Me acerqué a él y me empecé a frotar contra su cuerpo. El roce lubricado del aceite era delicioso. Él me agarraba con firmeza de los glúteos, aprisionando nuestras entrepiernas. Yo me deshice del abrazo, quería llevar la voz cantante. Continué restregando mis pechos sobre su abdomen, luego su espalda... a esas alturas ya estaba con la escopeta cargada. De nuevo me animé... aquello, por fin, funcionaría. Le empujé contra la pared, apoyé mi culo lubricado contra su polla y empecé a moverme en círculos. Me agarró de las tetas incluso me hacía daño, pero eso me gustaba. Comencé a jadear un poco para darle ambiente, era ahora o nunca. Agarré su polla, la deslicé sensualmente entre mis glúteos, quería que saboreara el camino a casita... Enfilé su glánde con mi ano y empujé un poquito solo para darle morbo... aquella vía hoy no servía para mi propósito. Incliné el cuerpo hacia delante y busqué ángulo. Era el momento de guardar aquel avión en su lugar, y de repente algo raro ocurría en mi mano, era como sujetar un teléfono móvil vibrando. ¡No podía ser! De nuevo se estaba derramando y de nuevo cerca, sobre mí, pero fuera de mí.

Me apoyé desconsolada contra la pared. Tenía ganas de llorar. No había tiempo para más intentos. En minutos debíamos abandonar aquella sala privada. Él me miraba con cara de tonto. ¿Qué cara iba a tener? El pobre era solo un crío y yo le había intentado utilizar vilmente. Me dio mucha pena. Le di un abrazo y le consolé como pude. Le dije que no se preocupara, que era normal a su edad, que nadie nace aprendido. Me despedí de él, no sin antes conseguir una promesa en firme de que mantendría nuestro secreto a salvo, puesto que era, sin duda, lo mejor para ambos.

Llegué a mi habitación desconsolada. Me sentía fatal, inútil, incluso sucia. Nunca había llorado tanto. Alex no tardó en Llegar. Intenté recomponerme, pero apenas lo logré. Le dije que me sentía sola y que me había deprimido. Él se mostró atento e hicimos el amor con la pasión que no habíamos compartido en años. Para mí resultó una delicia, después de aquel día por fin ser penetrada, además, añoraba el tacto de mi marido, reconocible y cálido, y nos corrimos los dos a la vez... una ola de calor y placer me invadió al recibir su esperma.... sin sustancia, pero hermoso.

Amanecí en nuestro último día en aquella ciudad. Tenía ganas de marchar y olvidar lo ocurrido, reencontrarme a mí misma y volver a la normalidad.

Alex solo estaría ocupado hasta mediodía, luego nos marcharíamos. Decidí quedarme en la habitación. Después de mi comportamiento del día anterior seguro que habría levantado muchas cotilleos en el hotel. No pretendía seguir alimentándolos ni ser señalada. Preferí desayunar en la habitación y ordené un café con leche y un zumo de naranja al servicio de habitaciones.

Al cuarto de hora llamaron a la puerta. Cogí un albornoz y me lo puse porque solo llevaba un camisón transparente, sin sujetador y con braguitas a conjunto. Cuando lo abrí me llevé una sorpresa. Era el empleado macarra que me había estado atosigando.

— ¿Pero tú también te dedicas a esto? —le pregunté con desdén.

—Pues no, pero en cuanto me he enterado de que era para ti he decidido hacerte una visita, ¿te importa, princesa? —Y pasó cerrando la puerta tras de sí de un portazo.

—Deja el desayuno encima de la mesa y lárgate —le dije tajante.

— ¿Y qué hay de mi propina?

—No pienso dártela.

—Pues entonces me quedaré aquí contemplando el paisaje — me dijo de forma chulesca —. Como parecía dispuesto a quedarse aparcado allí y, además, pasárselo de lo lindo con la situación, me acerqué al armario en cuya balda superior tenía el bolso. Para alcanzarlo me puse

de puntillas e hice un movimiento extraño, y al girar se deshizo el nudo del albornoz y me quedé de manera ridícula expuesta a la mirada de aquel baboso que no perdía detalle. No me tapé, me mostré altiva y sacando cinco euros de la cartera se los tiré a la cara a modo de despedida.

—Madre mía, princesa, estás como para hacerte un hijo de madera —Aquel comentario despertó mi instinto.

—Pues ánimo, vaquero, a ver si tienes valor de montar a esta yegua —le dije en plan guarra, presa obviamente de la desesperación acumulada durante esos días y de la sensación de tener los planes rotos, mientras me quitaba de forma airosa el albornoz.

Él no perdió un segundo. En un instante estaba desnudo y mirándome como un chacal a su presa. A mí me daba hasta un poco de miedo, pero no había escapatoria. Tenía que seguir adelante y culminarlo. Me empujó hacia la cama, en cuyo borde caí sentada. Su polla quedaba a la altura de mi boca.

—Venga, princesita, demuéstreme que eres toda una guarrilla y déjame reluciente el sable— Aquel tipo era un asqueroso y un ordinario, pero no había plan de escape. Lo mejor era empeñarse en concluir rápido. Comencé la mamada, intentaba darle fuerte, incluso algún mordisco de vez en cuando... él no parecía preocupado. Era un animal, empujaba dentro de la boca atragantándome, con la delicadeza de un burro, me follaba literalmente la boca. Agradecí cuando pasados los minutos quiso cambiar de tercio, aunque tampoco mejoró. De un tirón desgarró mi camisón de arriba abajo, liberando mis pechos que quedaron a merced de su boca. El cabrón me los mordía, haciéndome verdadero daño, concentrándose en mis pezones que se sensibilizaron hasta parecer inflamados. De vez en cuando se erguía y volvía a introducir su pene en mi boca o me golpeaba con él la cara... nunca me habían ninguneado tanto. Al final iba a ocurrir. Me puso de pie y me retiró las bragas, esta vez sin romper nada. Me empujó para hacerme perder el equilibrio y acabar boca arriba en la cama y acercó su cara a mi sexo olisqueándolo como un animal. Lo que hizo después me dejó perpleja. ¡Me escupió dos veces en los labios vaginales! Aquel tipo solo debía de haber tenido sexos con ovejas. Se puso encima, el final esta vez era inevitable... Acercó su glándula a mis labios vaginales y, de repente, como si me atravesara con un cuchillo me la clavó hasta el fondo, exclamando un alarido bestial. Se movía con un ritmo alocado, como si fuera el último polvo que iba a echar en su vida... además, era de largo recorrido, su pene casi salía por completo antes de volver a atacar mis entrañas, impregnando la acción de una atmósfera violenta. Sin embargo, la naturaleza y la biología son traicioneras. Lo último que hubiera querido que ocurriese estaba pasando. Me estaba excitando y me empezaba a gustar. Aprovechaba para mover mis caderas en la medida de lo posible, presas del peso de su cuerpo y comencé a acompasarme con él. Me estaba

poniendo mucho. Ahora comenzaba a disfrutar de lo cerdo que era y enseguida pasó, me estaba corriendo. Irremediablemente, mientras él seguía sin compasión, pero con una sonrisa triunfal en la cara, como si recogiera un premio, mientras yo me derretía clamando por respirar y aturdida por el placer.

No me dejó descansar. Me levantó de la cama y me llevó hasta la esquina de la habitación. Allí había una mesilla junto a la ventana. Me empujó hacia ella, poniéndome boca abajo, de manera que mis pies colgaban por un extremo y mi cabeza por el otro. Era como estar en un potro de tortura, aunque a decir verdad yo todavía estaba anestesiada por las endorfinas liberadas por el brutal orgasmo. Se acercó a mi cara y de nuevo folló mi boca durante unos segundos. Después se fue a la parte de atrás. Comenzó a sobarme el culo, pellizcando y amasando mis glúteos. Sin previo aviso hundió un dedo en mi ano. Aquello me hizo dar un respingo. Al primero le siguió un segundo y demasiado tarde me di cuenta de que estaba haciendo hueco para lo que iba después; apoyó su glande en la entrada de mi ano y aplicó presión sostenida hasta penetrarme. Me sentía desgarrada por dentro. Tenía cierta experiencia por esa vía y sabía que necesitaba relajarme para no hacerme daño. Lo intenté pero era difícil. Además, comprendí que no tenía sentido. Aquello no era una relación de placer. Ya de haber tenido que lidiar con este miura por lo menos me llevaría el trofeo de su simiente. Intenté levantarme para librarme, pero no hubo manera, le dije que parara pero no me hizo caso.

— ¡Basta! —grité como fuera de mí—. Surtió efecto, se paró en seco, aunque no salió.

—No quiero que sigas por ahí, o te pasas más al sur o empiezo a gritar y hago venir a todo el hotel y te acuso de violación—. Aun así se lo pensó unos segundos. Finalmente salió y con un movimiento certero entró en mi vagina. Por fin respiré tranquila. Ahora solo era cuestión de minutos. Seguía imprimiendo un ritmo sobrenatural, estaba claro que no duraría mucho. Yo intentaba acompañarle empujando con mis caderas. Comenzó a resoplar. Aquello anunciaba tormenta. Cerré los ojos y me concentré en el momento. Sentiría algo especial... lo notaría. Su pene se estaba hinchando dentro de mí, yo añoraba sentir su marea y, de repente, como un gato saltó fuera de mí, se dispuso de nuevo junto a mi cara y apuntándome con su polla, masturbada por su mano, comenzó a correrse con un torrente sin fin.... de nuevo grité: ¡Noo! Al abrir la boca, gotas de esperma cayeron en mi boca, resbalando por la comisura de mis labios, en mi pelo y en mis ojos, nublándome la vista. Me puse de pie al momento. Mi cara debía de ser un poema, por su expresión y por estar llena de su lefa, que intentaba retirar con mis manos, y de nuevo comencé a llorar.

— ¿Qué te pasa, princesa? ¿No te ha gustado? Yo creo que has tenido tu momentito... y respecto a la lluvia final dicen que es muy bueno para el cutis—. Me volví hacia él mirándole con tal cara de odio que se le agotó la chulería.

—Mira, tonto, si tardas más de un minuto en desaparecer de mi vista y si alguna vez te vuelvo a ver te meto en el lío más grande en el que jamás ha estado un subnormal de tu naturaleza, ¿me captas? —Y lo captó porque tardó treinta segundos en desaparecer para siempre.

Al cabo de las semanas tuve una falta, que confirmé con un test y luego con un análisis en la consulta de Adrián. Estaba embarazada de aquellos días y por necesidad de Alex, por mucho que fuera complicado, a veces la ciencia deja un lugar para la sorpresa.

Mi cuñado

Mi marido y yo estuvimos un tiempo mirando casas rurales en la costa para pasar las vacaciones. Encontramos una idílica, enorme, con piscina y en un lugar paradisíaco. El problema era el precio. Tuvimos la suerte de que mi hermana se apuntó a última hora y de esa forma dividíamos los gastos. La casa tenía espacio de sobra. Nosotros solo ocupábamos dos habitaciones y mi hermana y su novio otra, de manera que todavía quedaban otras dos libres.

No me hacía muy feliz Lorenzo, el novio de mi hermana. Llevaban seis meses juntos y parecían muy felices, pero yo le conocía del instituto y ya entonces me consta que se le lio con la mitad de las chicas, alguna profesora incluida. También intentó ligar conmigo. Luego le perdí la pista. Curiosamente, estudió Medicina, igual que yo, pero él en otra ciudad.

Cuando supe que mi hermana salía con él, la intenté disuadir pero no me hizo ni caso.

Llegó el día y allí nos fuimos en dos coches. Teníamos por delante siete horas de viaje que pasaron bastante rápido. Cuando llegamos salió a recibirnos la dueña de la casa, que vivía con su marido en otra casa enfrente de la que alquilábamos. Era una señora con un encanto innato. Era una mujer de unos cuarenta años muy atractiva que ni a mi marido ni a mi cuñado les pasó desapercibida.

La casa nos encantó en cuanto la vimos. Era una construcción de piedra y vigas de madera vista, con una decoración preciosa en la que se veía la mano del estilo de la dueña. Tenía dos plantas, la inferior con la cocina y un salón enorme que daba a una piscina pequeña, pero suficiente, y la superior con las habitaciones distribuidas a la largo de un largo pasillo.

Eran cinco habitaciones grandes, con baño propio y dos ventanas en cada una; una que daba al exterior con unas vistas preciosas de la sierra y otra curiosamente al pasillo, de manera

que resultaban bastante indiscretas. En cuanto lo comprobé tuve claro que la más adecuada para nosotros era la del final. Escogí para mis hijos la contigua y mi hermana se alojó en la primera, justo donde empezaban las escaleras que llevaban a la cocina de la planta baja. La dueña nos enseñó toda la casa, el terreno y la piscina, y quedó a nuestra disposición por si necesitábamos algo.

Nada más deshacer la maleta decidimos estrenar la piscina. Lo pasamos de miedo esa tarde. No pude dejar de observar a mi hermana Marta. Ella es cinco años menor que yo, somos muy parecidas, aunque ella es un poquito más de todo: un poquito más alta, un poquito más de pecho, un pelo y unos ojos un poquito más claros... Me llevo con ella muy bien, aunque a sus casi treinta años muchas veces le había recomendado que no fuera tan alocada. Viéndola con Lorenzo en la piscina pensé que me había equivocado al juzgarlo por su pasado. Tampoco pude dejar de mirar su cuerpo en bañador. La verdad es que es un tío muy atractivo.

Esa misma noche me costó conciliar el sueño. Hacía bastante calor y pese a dormir casi desnuda, con un camisón transparente a medio muslo y unas braguitas a conjunto, la temperatura era insoportable. Todavía era pronto y tenía sed. Decidí bajar a la cocina a por un refresco. No di la luz para que no filtrará por las ventanas de las habitaciones y despertara a los niños y a mi hermana, de manera que avanzaba con cuidado en la oscuridad a lo largo del pasillo. Cuando estaba cerca de las escaleras comencé a escuchar unos ruidos de los que hasta ahora no me había percatado. Era evidente que mi hermana no estaba durmiendo. Qué vergüenza... tenía que pasar por delante de la ventana de su cuarto para llegar hasta las escaleras. Lo hice prácticamente de un salto y bajé a la cocina. El agua fresca me devolvió la vida. Sin embargo, desde abajo todavía se oían más los ruidos de la batalla de arriba, y la verdad es que me estaba poniendo nerviosa, aquello estaba siendo una bacanal.

Tenía por necesidad que deshacer el camino y volver a la cama. De nuevo subí al piso de arriba y era evidente que mi hermana y Lorenzo seguían en pleno acto. Al pasar por la ventana de su habitación, el instinto me traicionó por un instante, pero lo que vi de reojo me dejó allí pegada. Sobre la cama de matrimonio, cuyo cabecera estaba situada en la pared posterior, orientada hacia la ventana que daba a la calle, se adivinaban dos cuerpos desnudos en movimiento. Digo adivinaban porque la escena solo se iluminaba por la claridad de la luz de la luna que se colaba por el cristal. Sin embargo, eso hacía la escena más inquietante si cabe. Lorenzo estaba encima de mi hermana, ella sobre la cama, sus piernas rodeando su espalda, mientras él se afanaba con una cadencia perfecta. Desde mi posición podía ver sin ser vista. Nunca había sido un voyeur. Nunca había mirado una escena en directo de sexo, era extraño; por un lado inquietante, por el otro morboso y excitante, y yo misma respiraba de manera profunda y rápida, curiosamente siguiendo el ritmo de las embestidas de Lorenzo y de los

propios jadeos de mi hermana y los gruñidos de mi cuñado. De repente, Lorenzo salió de ella, aquello me sobresaltó, pero no hui, solo me refugié sobre el marco de la ventana. Agarró a mi hermana de las caderas y la puso de espaldas, a cuatro patas sobre el colchón, y se giró buscando el ángulo adecuado, entonces pude verlo al completo, ya podía decir que lo tenía todo bonito. Había oído hablar de sus encantos ocultos. Desde mi posición lo contemplaba todo de manera privilegiada: el sexo abierto de mi hermana, con una humedad brillante, esperando ansioso el nuevo acople, el brillo del sudor sobre su preciosa piel y, sobre todo, el cuerpo de él, esculpido a base de esfuerzo, sujetando de manera masculina su pene con la mano y guiándolo de nuevo hacia el interior de mi hermana. Reconozco que estaba casi en éxtasis. Fue extraño, pero placentero. Sin ponerme una mano encima, sin ponerme un dedo encima, noté una descarga eléctrica que humedecía mi sexo. Me fui y recorrí el pasillo hasta mi cama. Mi marido dormía. Yo no pegué ojo durante la siguiente hora, y el resto de la noche lo pasé entre sueños extraños y húmedos.

Al día siguiente no tenía buena cara. La de mi hermana, sin embargo, era la de la felicidad absoluta. Nos fuimos todos a pasar el día a la playa. No estaba lejos, pero lo suficiente para tener que utilizar el coche, de manera que decidimos que era mejor comer allí. Mi marido y Lorenzo se pasaron horas jugando con los niños en el agua, mientras mi hermana y yo nos tostábamos al sol. A la hora de comer fuimos al chiringuito a picar algo. La comida no era gran cosa, pero la camarera hizo las delicias de los dos hombres. No se podía decir que fuera una mujer al uso. No tendría más de veinte años. Parecía una versión moderna del movimiento *punk*. Un cuerpo fibroso, pechos medianos muy bien puestos, complexión atlética, un peinado increíble con media cabeza rapada y la otra con un pelo lacio y negro que escondía unos ojos negros enormes, y una cara en la que colgaban anillos de metal. Los tatuajes también campaban a sus anchas por su cuerpo.

Comimos un poco y volvimos a las toallas. A los cinco minutos abrí los ojos y allí estábamos todos tumbados a la sombra de las dos sombrillas, salvo mi cuñado, cuya toalla estaba vacía. Tampoco lo veía en el agua. Me di cuenta de que estaba en el chiringuito, charlando con la camarera. Desde allí no podía oír de lo que hablaban, pero a juzgar por los gestos lo estaban pasando bien. A los cinco minutos regresó y se fue directo al agua.

Al volver a casa nos encontramos con la sorpresa de que el congelador se había estropeado. Llamamos a la señora de la casa que apareció enseguida.

—No sé qué le pasa —nos confesó— La pena es que mi marido está fuera hasta el fin de semana, él sí sabría cómo arreglarlo.

—No pasa nada —le comenté resignada— Nos podremos arreglar un par de días.

La verdad es que ahora la señora todavía resultaba más impresionante. Llevaba un vestido blanco, que resaltaba sus curvas de infarto. Además, era evidente que no llevaba sostén y dudo que este detalle pasara inadvertido a los hombres, especialmente a Lorenzo, que anduvo revoloteando alrededor hasta que se fue.

—La pena es que no tenemos hielo para enfriar las bebidas — comentó mi hermana

—Le podríamos decir a la casera que nos diese unos cuantos para salir del paso —dijo mi marido.

—Yo me ocupo de eso, creo que podré negociar ese asunto — dijo solícito Lorenzo y cogiendo un cazuela metálica salió por la puerta.

A los cinco minutos nos dimos cuenta de que la avería era una tontería. Simplemente no estaba elevado el diferencial del congelador, aunque sí lo estaba el de la nevera. Decidí ir a avisar a Lorenzo y a la señora para que estuviera tranquila porque todo estaba bien.

Me dirigí hacia su casa. Por fuera era idéntica a la nuestra. La puerta de acceso estaba abierta, no había timbre. Llamé pero no había respuesta. Entré con cuidado esperando no incomodar. Se accedía directamente a un salón grande, que daba a otra puerta, tapada con una cortina de motivos indios. Probablemente fuera la entrada a la cocina. Allí sí se oía ruido. Me acerqué y descorrí un poco la cortina. ¡Lo que allí vi me dejó petrificada! La señora estaba sentada sobre una mesa de cocina más alta de lo normal. Su vestido arrugado estaba remangado hasta su cintura, con los enormes pechos al aire, de areolas color chocolate, y mi cuñado desnudo de cintura para abajo, entre sus piernas, literalmente follándola a un ritmo brutal, haciendo vibrar la vieja mesa como si fuera una orquesta desafinada, los pechos de la mujer saltaban como caballos al galope. ¿¡Cómo era posible!? Cuando estaba a punto de gritar para poner fin a esa infamia, un grito de Lorenzo me sobresaltó y me detuvo. Fue como si le clavaran una lanza, en realidad no se estaba muriendo, se estaba corriendo. Sacó su pene del interior de ella y meneándolo con una mano le dio unas sacudidas febriles que acabaron en una gran eyaculación. El semen fue a parar a los pechos de ella, resbalando hacia su vientre. Salí de allí corriendo, totalmente embobada por lo que acababa de contemplar, prácticamente en shock, pero, sin embargo, de nuevo excitada. Ofendida y cabreada, pero más cachonda que una mona.

Al cabo de dos minutos apareció Lorenzo con los hielos. Nada en él delataba su traición, de hecho, toda esa tarde estuvo pegado a mi hermana, colmándola de atenciones y cariños. No sabía qué pensar. Decidí dejar pasar las horas para tomar una decisión.

Pero pasaron los días. Fueron días de sol, playa y piscina, sin atisbos de reincidencia. Además, el marido de la señora de la casa ya había regresado y a juzgar por su cara de bruto,

dudo que Lorenzo quisiera jugársela.

Por otro lado, mi cuñado se mostró encantador con todos, desde luego con mi hermana, a la que había que reconocer que trataba como una reina, con los niños con los que se tiraba horas jugando e incluso conmigo. Con el paso de los días pensé que todo había sido un espejismo.

Sin embargo, íbamos todos los días a la misma playa y no me gustaba el rollito que se traía con la atractiva camarera. Me daba la impresión de que buscaba minutos “muertos” para ir a hablar con ella y que había entre los dos una complicidad muy sospechosa.

Fue entonces, durante una noche, cuando ya llevábamos más de una semana en la casa, cuando se me disparó el piloto. Mi hermana siempre ha sido muy dormilona y esa noche, como tantas otras, acabó pronto en la cama, quedándonos Lorenzo, mi marido y yo tomando una copa. Lorenzo andaba callado, fuera de la conversación, consultando de manera furtiva el móvil.

—Me voy a tomar una copa al bar del pueblo —dijo de repente — Me apetece un gin—tonic hecho por un profesional, ¿os apuntáis?

—Ni de coña —dijo mi marido—. Estoy doblado. Vete tú con él si quieres, Esther.

Yo tampoco me apunto —dije mirando inquieta a Lorenzo—.

Él se preparó y se marchó al instante. Mi marido subió también a la cama, dejándome sola con mis pensamientos. Aquello era muy raro, estaba segura de que Lorenzo había quedado con la señora... el muy cabrón. Tenía que confirmarlo. Enseguida salí tras él. Apenas hacía diez minutos que se había ido. Fui al bar del pueblo. Lo que me imaginaba, allí no estaba. De hecho le pregunté al señor de la barra, que nos conocía de tomar los aperitivos, si lo había visto y me confirmó que allí no había estado. Entonces me di cuenta de que la que sí que estaba era nuestra casera, acompañada de su marido, que me saludó con un gesto desde el fondo de la barra. Le devolví el saludo con una sonrisa y volví a casa. No entendía nada.

Al llegar a las inmediaciones de la casa, algo me alertó desde la zona oscura posterior en la que estaban aparcados los coches. El de Lorenzo es un 4x4 y algo parecía cocerse en su interior. Me acerqué con sigilo, incluso con un poco de miedo, oculta entre las sombras de la noche. Cuando estaba sólo a dos metros parapetada detrás de mi coche, aparcado en paralelo con el de Lorenzo, reuní valor para asomarme. Al principio no comprendía qué era aquello, mi cerebro no era capaz de procesar lo que veían mis ojos. Sobre el asiento del copiloto, una mujer desnuda, con un tatuaje enorme de una mariposa que cubría toda su espalda, se movía rítmicamente, el tatuaje parecía cobrar vida, restando gravedad al movimiento. Me costó atar cabos, ¡cómo iba a imaginármelo...! Se estaba tirando a la camarera de la playa. La escena me

horrorizaba, pero, de nuevo me provocaba. Era la tercera vez en una semana que espiaba a Lorenzo practicando sexo. La chica seguía con su coreografía, su cuerpo tatuado era violento y hermoso, sus pechos desafiantes y erectos, a los que Lorenzo dedicaba atenciones de manera alternativa... se oían los gemidos huecos desde el interior del gran coche e incluso se podían entender algunas palabras obscenas que se dedicaban. Me estaba volviendo a pasar. Mi sexo se licuaba de la tensión. Me encontraba atrapada entre el horror y el morbo incapaz de huir o de parar aquello, solo presa de su contemplación. Me arriesgué, quería ver más, estar más cerca, sentir ese calor, mojarme de esa humedad. Me agaché y fui hasta la ventana del conductor. Me incorporé lo justo para ver sin ser vista. Mis ojos acostumbrados a la oscuridad cobraban resolución. La chica seguía encima, moviéndose como una gata, lenta, pero precisa, saliendo casi por completo y resbalando de nuevo por la verga de mi cuñado. Pude hasta comprobar el detalle de que llevaba condón. Se comían la boca profundamente y cuando liberaban el beso, Lorenzo saltaba a succionar sus pechos, entonces Lorenzo metió su dedo medio en la boca de la chica, que empezó a chuparlo como si fuera su polla, mientras la chica no perdía el paso de baile. Pasado un minuto, mi cuñado sacó el dedo de su boca y descendiéndolo lentamente por la espalda de ella acabó metiéndoselo en el culo, ella dio un pequeño respingo, pero continuó a lo suyo, consciente de que recibiría su premio. No lo pude remediar, agachada como estaba, parapetada para no ser vista, comencé a tocarme, desabrochando el fino pantalón de verano y tirando de él lo justo hacia abajo para colar mi mano entre la tela de mis braguitas y de mi sexo, palpitante y húmedo, mientras contemplaba extasiada la escena, viendo el cuerpo de ella cómo disfrutaba. Me gustaba verla. Era atractiva, bisexual, una amazona moderna, con el cuerpo tatuado, el pelo negro sobre sus ojos, los pechos desafiando la gravedad, y su culo y su coño invadidos por el cabrón de mi cuñado. Entonces, no sé cómo explicarlo, comprendí que la chica se iba a correr y que yo también lo iba a hacer, como si hubiéramos conectado, no tengo la explicación científica; el caso es que en el mismo momento en el que ella debutó con su orgasmo, perfectamente escenificado con gritos, convulsiones y jadeos, ocurrió el mío, más clandestino, en silencio, para no ser descubierta, pero intenso y violento, con mis dedos soldados a mi sexo. Me tiré al suelo y esperé un minuto. Dentro era evidente que la cosa no había acabado, seguro que él quería su premio. Tenía que escapar de allí, prácticamente repté los primeros metros y finalmente corrí hacia el interior de la casa.

Otra noche de insomnio... ¿qué debía hacer? Ya había advertido a mi hermana que Lorenzo era un enfermo y no quiso hacerme caso. Además, montar una batalla campal tan lejos de casa... lo mejor era esperar a regresar y entonces hablar de nuevo con ella, y contarle con detalle todo en lo que le había descubierto. Por otro lado, algo ardía en mi interior. Cuando, finalmente, me quedé dormida me sobrevinieron esos sueños extraños, eróticos, de los que

difícilmente recordaba el argumento y los protagonistas, aunque para mi pesar intuía al masculino y esos pasajes oníricos me hacían levantarme mojada, tensa. Mi marido era el que estaba sacando partido de esos amaneceres, descubriendo mi cuerpo húmedo, henchido, listo para el sexo, y durante el que debía hacer esfuerzos para que mi cuñado no acudiera a mi mente, en imágenes que me atormentaban y me extasiaban, de su cuerpo y su pene, de sus maneras durante el sexo... aquellos fueron unos polvos extraños, pero mágicos.

Los días pasaron rápido como siempre en vacaciones. Lorenzo seguía siendo absolutamente encantador con todos, especialmente con mi hermana, que vivía ajena a la verdad en un cuento de hadas. Yo, sin embargo, en ocasiones, difícilmente podía disimular y durante esos días le di a Lorenzo más de una mala contestación que los demás de la casa, incluido él, no entendían. Yo lo hacía perfectamente, aunque me culpaba por perder los nervios.

La última noche decidimos hacer una barbacoa. Compramos comida y bebida como para un regimiento, y el propio Lorenzo, solícito y dispuesto como siempre, se encargó de todo, por cierto, muy bien. Acabada la cena decidí acostar a los niños y como siempre mi hermana se retiró con ellos, los tres vencidos por el cansancio. Me quedé sola con los hombres. Pasamos del vino a unos mojitos que Lorenzo preparó magistralmente. Poco a poco el alcohol me fue distendiendo y participaba animadamente de la charla, consiguiendo olvidar las infidelidades de mi cuñado.

Dos horas después era evidente que los tres estábamos muy borrachos. Ya era noche cerrada y Lorenzo propuso un baño en la piscina. Tenía iluminación nocturna y no la habíamos probado. La verdad es que la noche era calurosa e invitaba a darse un baño. Subí arriba a ponerme el biquini y bajé en cinco minutos. Mi marido estaba tumbado en la hamaca, prácticamente alcoholizado y no se había puesto el bañador. En el otro extremo del jardín estaba Lorenzo. Se estaba duchando en la ducha exterior de la piscina antes del baño. Tardé segundos en percatarme de que estaba desnudo, quizá ya estaba acostumbrada a ello. Le había contemplado así tantas veces los últimos días. La verdad es que físicamente no tenía desperdicio. Tenía un cuerpo modelado, con el vello justo, casi escaso, un pecho ancho y fuerte, y una cadera potente, donde nacían unas piernas musculosas. Su pene era hermoso, incluso ahora en su estado flácido. No solo era que fuera grande, era su protagonismo en ese cuerpo, como si se tratara de una península independiente, unida al cuerpo pacíficamente, pero con su propia y exclusiva idiosincrasia. Intenté retirar aquello de mi mente. Yo misma entré en el agua, quedándome en un rincón, como si mi cuerpo pudiera traicionar mis viles pensamientos.

—Yo me subo a la cama —masculló mi marido en su estado etílico.

—Pero espera —dije yo—. Me baño y voy contigo.

—No puedo más —respondió.

Y allí nos quedamos, sin otra compañía que las estrellas, mi cuñado y yo. Él entonces encendió la luz de las piscinas. Eran unas luminarias colocadas en el fondo. Era bonito el contraste entre la oscuridad de la noche y la luz que provenía del agua; por otro lado, de esa forma y pese a la refracción del agua, de nuevo podía contemplar el desnudo de Lorenzo. Aquello era un poco incómodo y decidí poner tierra de por medio.

—Yo también me voy a la cama —dije escuetamente.

—Espera, quédate un poco más y te traigo un mojito aquí al borde.

—Ya hemos bebido bastante, ¿no te parece?

—Bueno, pero así tengo la oportunidad de hablar contigo.

—¿De qué? —pregunté extrañada.

—No sé, estos últimos días te he visto un poco rara conmigo.

—Mis razones tendré —La furia contra él volvía a invadirme.

—No creo que te haya dado ninguna razón.

—Eres un alma perfecta, ¿no?

—Tanto no, pero sí un buen chico.

—No me jodas, Lorenzo, que te he pillado en un par de ocasiones poniéndole los cuernos a mi hermana.

—¿Cuándo?

—Bueno, déjalo, sería lamentable que encima intentases negarlo. Ya hablaremos de eso a la vuelta, eres un puto cerdo.

—Bueno, tranquila, no quiero que me juzgues.

—¿Por qué no? ¿Acaso no eres un enfermo?

—Joder, no te pases, yo tengo mis propios valores, como tú tienes los tuyos.

—¿Qué valores de mierda tienes si te tiras a todo lo que se mueve?

—A todo no, a ti te respeto.

—Conmigo no lo has intentado porque sabes que no tienes nada que ganar, pero sí mucho que perder.

—Mentira, no lo hago porque sé que no debo hacerlo por respeto a tu hermana.

—Pero no digas chorradas, joder.

—Ya te digo que tengo mis valores, nunca te pondría un dedo encima.

—No tienes ninguno, ¿quieres que te lo demuestre? —le pregunté desafiante.

—No puedes hacerlo.

—Fóllame —le escupí a la cara.

— ¿Qué coño dices? —Su cara era un poema.

—Aquí me tienes, la ocasión es inmejorable.

— ¿Crees que me vas a engañar con un truco tan bobo? —soltó de forma chula.

Entonces seguí la prueba, quería ganar, demostrar que todo era mentira, que no respetaba nada. Era una locura, pero quería desenmascararle y lentamente me fui desabrochando la parte de arriba del biquini, retiré un tirante y luego otro, y finalmente liberé mis pechos. Lorenzo no perdía detalle, su cara desencajada. Sin esperar, mirándole a los ojos, agarré el elástico de la braguita del biquini y me lo quité de golpe, quedando desnuda ante él, solo cubierta por el agua que me cubría hasta el comienzo de mis pechos, desafiante y orgullosa, expuesta al completo por la indiscreta luz de los focos del fondo.

— ¿Pero qué haces, Esther?

— ¿Qué te pasa? ¿No vas a hacer caso a tu naturaleza, como siempre? —La luz permitía ver a través del agua una erección tremenda en mi honor—. Mira con lo que me estás apuntando

—Es normal que esté así, es algo natural, pero eso no demuestra que te vaya a poner una mano encima.

— ¿Seguro? — Me acerqué hasta él rodeándole el cuello con los brazos y las caderas con las piernas— ¿Sigues pensando qué es mejor dejarlo? —le pregunté sensual.

—Joder, Esther, ¿por qué me haces esto? —Él se mantenía de pie sobre el fondo de la piscina, solo le cubría hasta el pecho y yo me meneaba sensualmente sin perder mi firme agarre, como una depredadora a su presa. Sus manos ahora se apoyaban a ambos lados de mi cadera y, poco a poco, las fue deslizando hacia mis glúteos. Yo no dejaba de moverme, frotando mis tetas contra sus pectorales, mis pezones erectos casi dolían al roce y en cada movimiento mi sexo se encontraba con su pene, mis labios acariciaban su tallo. Era un tacto tan suave, extrañamente cálido pese a estar en el agua, entonces deslicé mi mano derecha y agarré su increíble polla, cuyo tacto me enervó, mientras que con el brazo izquierdo hice fuerza sobre su hombro para incorporarme un poco y encontrar ángulo, colocando su glante henchido en la entrada de mi coño palpitante.

— ¿Qué me dices, lo dejamos entonces...? —Volví a preguntar desafiante mientras mantenía esa posición, justo a un milímetro de las puertas del cielo.

—Por favor... —susurraba—. Te he dicho que no puedo.

— ¿No puedes? —le dije y entonces empecé a relajar mi brazo izquierdo, dejando que el peso de mi cuerpo amortiguado por el agua hiciera el resto en cámara lenta. El glándulo empezó a entrar, seguí resbalando milímetro a milímetro mis labios distendidos, sosteniendo su mirada desafiante, mostrándole que estaba perdiendo, que yo ganaba, pero parecía un tobogán sin fin, me encontraba tan llena... Llegué al final, era una maravilla. Dejé caer todo el peso de mi cuerpo de manera inconsciente, como si quisiera sacrificarme en aquel tótem y noté cómo el pene se doblaba e hinchaba en mi interior, al límite de la elasticidad de los músculos de mi vagina repleta, libre de las leyes de la física, mi clítoris apoyado y chirriando placer al contacto contra su pubis de mármol. Eché la cabeza hacia atrás, la sensación me embargaba, me mareaba, como una drogadicta en pleno éxtasis, y relajé mi presa, para liberar el impulso muscular del hombre detrás de ese pene, para permitir que me taladrara, que me cabalgara o que me navegara, totalmente entregada, y en ese momento, Lorenzo saltó, huyó de mí y se me escapó dejándome huérfana. Nunca me había sentido tan vacía ni tan abandonada.

— ¿Qué había hecho? ¿Cómo había podido forzar esa situación? Probar que era un demente, que nada le importaba, que era un adicto al sexo no justificaba mi traición, traición a mis valores, a mi marido, a mi hermana, a mi familia... Lloré desconsoladamente. Lloré como hacía tiempo que no había llorado y aquellas lágrimas fueron a parar al fondo de aquella piscina, que guarda mi rabia y mi pena para siempre.

Al día siguiente nos fuimos. Él y yo fuimos incapaces de cruzar ni una palabra en todo el día, cada uno preso de sus demonios.

En mitad del trayecto, mi marido se sentía cansado y propuso parar a dormir un par de horas. Lo hicimos en un área de descanso, con pocos coches alrededor.

De nuevo me costaba dormir. Decidí salir del coche y estirar las piernas. Anduve unos cien metros. Me apoyé en un árbol, de espaldas a los coches mirando el horizonte nocturno. La vista se perdía en la llanura de cereales que contemplaba y una lengua de aire frío provenía de la masa de trigo, chocando contra los árboles que escondían el calor mecánico que desprendía la carretera. Era bonito ese instante de paz, sola con el firmamento, frente a ese paisaje que parecía extraterrestre.

De repente, sentí que unas manos me agarraban fuerte por detrás de las caderas y me atraían a un cuerpo duro y cálido, que se pegaba a mi culo y a mi espalda.

—Hola, Esther —susurró temblorosamente mi cuñado con su boca pegada a mi oreja—.

Su aliento me hizo estremecer, como una trallazo eléctrico recorriendo mi médula.

— ¿Qué haces?

—Vengo a darte la razón.

— ¿De qué hablas? —le dije sin poder liberarme de su agarre.

—No tengo valores, solo pienso en follarte desde anoche.

—Perfecto, entonces yo gano.

—Tú ganas —dijo apretándome contra él—. Podía notar su pene ya erecto contra mis glúteos, separados el uno de los otros solo por la fina tela de mi vestido y mi braguita.

—Ya te lo he demostrado... ahora déjame en paz —dije haciendo fuerza, pero fue en vano, él era mucho más fuerte y me retenía con dureza.

—De eso nada, te lo pienso certificar para que no te quede ninguna duda, para que lo puedas jurar con sangre— Dicho esto levantó la falda de mi vestido, encajándolo en la cadera y de un tirón fuerte, haciéndome daño, rasgó mis bragas que se deslizaron hasta el suelo, liberando mi sexo que ya estaba húmedo. Giré y dando un paso apoyé las manos en el árbol, inclinando hacia él mi culo, ofreciéndome al completo. Se puso detrás de mí, liberado de sus pantalones, su pene en la mano, guiando el movimiento. Tuve que ponerme de puntillas para permitir la penetración. Apoyó de nuevo su glándula en mis labios. Lo quería dentro y no se hizo de rogar... la misma sensación de la piscina, el mismo momento mágico, quizás más seco y cálido al transcurrir en el aire, pero igualmente excitante, y entonces comenzó a bombear dentro de mí. Era maravilloso, me sentía repleta y libre por momentos, en el punto exacto, con un movimiento experto, fruto de mucho entrenamiento, fuerte pero tierno, profundo y luego superficial, ayudada por mi sexo, lubricado y dilatado para su placer, dos semanas deseando esto mismo desde que lo vi con mi hermana la primera vez, a través de la ventana indiscreta, desde ese mismo momento necesité ese pene. Miré al frente, no podía enfocar bien, mis pupilas dilatadas por el placer y mi cabeza en movimiento siguiendo las embestidas de él, pero allí al fondo, apenas a veinte pasos los dos coches aparcados, con mi familia dentro. ¡Cómo podía estar pasando esto...! Decidí concentrarme, estaba ocurriendo, ya no podía escapar, pero tenía que correrme pronto y liberarme del embrujo sexual que me tenía presa. Estaba a punto, pero las piernas me mataban por mantener la posición de puntillas, me dejé caer y el pene salió como un resorte, me di la vuelta y agarré a mi cuñado de la mano. A diez metros entre los árboles había un grupo de mesas y sillas de picnic, desiertas a esas horas. Me senté sobre la mesa, abriendo mis piernas, mientras tiraba de la parte superior del vestido, arrastrando el sostén, encajando todo sobre la cintura... era la misma posición en la que había espiado a Lorenzo follarse a la casera. Enseguida entró de nuevo en mí. Estaba más cómoda sin

molestias que me despistaran, al borde de la mesa, la polla de mi cuñado desbocada ahora en mi coño, a toda máquina, chocando pelvis contra pelvis, literalmente chapoteando ruidosamente, mientras su boca atendía a mis pechos... estaba cerca, muy cerca, incluso con mi mano derecha daba toquitos a mi clítoris, buscando acelerar el desenlace que no se hizo esperar, anunciado como un terremoto, mi vagina vibrando siguiendo las embestidas de su falo, mi boca ahogada, mi cuerpo tenso, el cerebro invadido de endorfinas, la cabeza atrás, en ángulo vivo, contemplando las estrellas que parecían más luminosas, más cercanas, hasta el olfato más agudo, oliendo las hojas de los árboles mecidas por el viento, viento que enfriaba mi sexo candente, mis pechos humedecidos por su saliva... Cuántas sensaciones, cuánta información por procesar... Segundos interminables de placer, el mejor polvo de toda de mi vida. Una vez acabado, recuperé la cordura y me lo quité de encima. Salté de la mesa y recompuse mi sostén y el vestido sobre la marcha.

— ¿Pero dónde vas?

—Tú me importas un huevo

—No seas hija de puta, es un momento.

—No tengo más momentos para ti— Había llegado a los árboles. En el suelo estaban mis bragas rotas, las cogí del suelo y dándome la vuelta se las tiré a la cara—. Ahí tienes, acaba tú solito que ya eres mayor para comer solo. Salí a la explanada avanzando hacia los coches. Entré. Mi marido y mis hijos dormían plácidamente. Olía a sexo. Me limpié con unas toallitas húmedas procurando no molestarles.

Al fondo, recortado sobre la oscuridad de la noche se adivinaba la silueta de Lorenzo, como también se adivinaba lo que estaba haciendo su mano derecha sobre su pene. Al cabo de unos minutos regresó, y al pasar al lado de la ventanilla de mi coche lanzó contra ella las bragas rotas, ahora también mojadas con su esperma, con un gesto de rabia y desprecio.

Nunca hubo nada más entre nosotros.

Con mi hermana no llegó al invierno. Acabaron cuando lo pilló follando con su mejor amiga en la fiesta de su cumpleaños.

A mis órdenes

Llevábamos un par de semanas disfrutando de unas vacaciones familiares. El tiempo había sido espectacular salvo aquel día que amaneció nublado, aunque sin rastro de lluvia ni de frío. Era la excusa perfecta para ir de tiendas por la zona, especialmente por aquel centro comercial que nos habían recomendado.

Era un sitio increíble. Mi marido y yo tuvimos que ponernos de acuerdo turnándonos al cuidado de los peques, de manera que uno se quedaba de guardia con ellos mientras el otro se dedicaba a comprar lo que necesitábamos.

Empezó mi marido, buscando unas gafas de sol. Llevé a los niños a una planta superior donde había una zona infantil. La verdad es que había muy poca gente y me colé con ellos en una zona destinada a dibujar, con esas mesas y sillas pequeñitas de plástico de colores. Solamente había allí otro niño, y en la valla vigilando, pero fuera del recinto, su padre. Me había fijado en él al llegar. La verdad es que era un tipo atractivo, quizás un poco jovencito, pero muy interesante. Yo me afanaba en pintar con mis peques, aunque no estaba del todo cómoda. Llevaba un vestido sencillo que me llegaba hasta un palmo por encima de la rodilla y unos zapatos de medio tacón veraniegos. No necesitaba más para sentirme espectacular. El problema es que ese vestido muy raramente me lo ponía sin unas mallas debajo. Sin embargo, aquella mañana me había animado... tenía las piernas tan morenitas que me pareció buena idea lucirlas. Ahora me estaba pasando factura. Sentada en aquella silla tan pequeña era prácticamente imposible no dar un espectáculo, y el padre de la otra criatura no se lo estaba ahorrando en absoluto. Yo intentaba cruzar las piernas o juntarlas, pero cualquier mínimo

movimiento para coger una pintura o sentar bien a los críos dejaba mi ropa interior al descubierto. El tipo, además, no disimulaba. No solo no me quitaba ojo, sino que además por su cara estaba claro que estaba disfrutando. De repente, el otro niño resbaló de la silla y se cayó. Yo instintivamente corrí a socorrerlo y al hacerlo y agacharme me di cuenta que de nuevo le brindé una vista privilegiada. El niño lloraba desconsoladamente.

—No llores, mi amor, ahora te llevo con tu papá —le dije mientras me dirigía con la mirada al padre voyeur.

—No, si no es mi hijo —respondió el tipo—. Enseguida acudió una chica, su verdadera madre, alertada por el llanto y se llevó al niño, dándome las gracias por las atenciones.

Me quedé de piedra. ¿Entonces qué pintaba aquel tipo allí? ¿Era posible que solo estuviera mirándome? Cruzamos nuestra mirada. Seguía teniendo aquellos ojos lascivos y la cara de estar disfrutando. Aquella falta de discreción me podía e hice algo muy raro en mí, me levanté y me acerqué a él y le solté a la cara:

- ¿Qué miras? —le dije de forma infantil, pero casi en un susurro para no alertar a los niños.

—Evidentemente a ti —Tenía una sonrisa encantadora, pero no me iba a engañar con sus trucos

—No me parece bien...

—A mí sí —respondió de manera chula.

—Pues mi marido está a punto de llegar e igual se forma un lío.

—Vamos, mujer, no te pongas tensa. Si tú quisieras te podría dar un poco de esto — Mientras lo decía se llevó la mano a la entrepierna y se agarró literalmente la polla, que estaba erecta y marcando notoriamente hacia la derecha.

Yo no podía articular palabra. Por un lado estaba asqueada por la situación, por el otro no podía dejar de mirar la mano de aquel tipo sujetando su enorme aparato.

De repente, una voz me sacó de mi ensimismamiento. Me giré y era mi marido.

- ¿Te pasa algo?

—No, no... nada — tartamudeaba—. Cuando de nuevo me di la vuelta aquel tipo había desaparecido, como una pesadilla al despertar.

— ¿Ya has comprado las gafas? —Intentaba mostrarme serena. No quería contarle nada a mi marido para no provocar un problema.

—Sí, ya las tengo. Ve ahora si quieres tú, ¿qué necesitabas comprar?

—Un bikini —le dije— Estaré en la tienda de lencería, una planta más arriba. No tardaré más de media hora.

—Vale, te esperamos.

Fui hacia allí. La verdad es que estaba confusa por el suceso. Me parecía inconcebible la desfachatez de aquel hombre. Pensaba en eso mientras miraba sin mucha concentración unos bikinis. Cogí un par de ellos y me retiré a los vestuarios. La verdad es que tenían razón, aquel centro comercial era una bomba. Los vestuarios de la tienda de lencería parecían de una firma de alta costura. Me quité el vestido por la cabeza y lo colgué para no arrugarlo. Me quité el sujetador y me probé la parte de arriba del rosa, que era divino. Me fui a probar la parte de abajo del conjunto. Tiré de mi braguita y entonces me di cuenta... estaba mojada. No me había dado cuenta. Quizás fuese por la tensión y el mal genio, pero mi cuerpo no engañaba... mi sexo se había preparado para la batalla. Decidí no pensar más en ello. Me dejé las braguitas puestas y me probé por encima la parte de abajo del bikini. Era precioso... ¡Estaba claro!

De repente llamaron a la puerta. Me sobresalté un poco. Era la dependienta.

—Hola. Su marido me ha pedido que le pase este conjunto para que se lo pruebe.

—Ah, bueno... gracias — Se lo quité de las manos.

—También me ha dicho si le importa que pase.

—No, dígame que no me importa, pero que prefiero que se quede fuera con los niños, que no tardo nada.

—De acuerdo —dijo la dependienta con cara de no entender nada.

Era un poco provocador, la verdad. Un conjunto de tanga y sujetador. No era mi estilo, pero decidí probármelo. Empecé de nuevo por la parte de arriba, era como no llevar nada. La verdad es que no me disgustaba, todavía tengo las tetas en su sitio. De nuevo sonó la puerta. Mi marido, pensé, y abrí de forma instintiva, mientras me seguía mirando coqueta en el espejo.

- ¿Qué te parece, amor? —le pregunté— Al levantar la vista un grito de horror se ahogó en mi garganta. Era aquel tipo, apoyado sobre la puerta y mirando como siempre.

Me parece que tienes un polvo cósmico —dijo de forma chula— y eso que no vas muy bien combinada.

No sabía cómo taparme. No sabía qué hacer. De nuevo estaba embobada. Él se tocaba la polla por encima del pantalón.

Tomé aire y cobré la compostura. Tenía que acabar con él.

— ¿Pero tú qué te crees? —dije mirándole con cara de odio— ¿Cómo se te ocurre? —le hablaba entre dientes para no generar un escándalo— ¿Te das cuenta de que si grito ahora se te echa encima medio centro comercial y sales de aquí esposado? —La cara del tío iba cambiando— ¿Por no apuntar que si voy con el cuento a mi marido te tira literalmente por el hueco de las escaleras?

—Pe... pero.... —Ahora el que tartamudeaba era él— ¡Yo pensaba que habíamos conectado!

¡Pero tú eres gilipollas! Tú y yo no conectaríamos nunca.

—Hostia, lo siento, tía, ahora mismo me voy.

— ¡Deja de pensar con esa cabeza de mierda! —Tenía las riendas y aquello era excitante... el tío temblaba de miedo pensando que le iba a denunciar—. Vamos a salir los dos de aquí, nos vamos a despedir de la amable dependienta y a partir de la puerta cada uno por su lado y como te vuelva a ver llamo a la policía.

—Vale... vale... tranquila.

Lo reconozco. Estaba en éxtasis. Tener a aquel tío bueno allí acojonado, con una erección de caballo me tenía excitada.

—Bien, quédate ahí quieto y obedece, o me pongo a berrear.

Entonces mirándole con descaro me quité el sujetador de prueba. Lo hice a conciencia, con lentitud, disfrutando del proceso, gozando de su miedo y su excitación palpable. Estaba a menos de un metro de él. Podía notar su calor a través del aire. Mis tetas se liberaron a ese aire y la cara del hombre era un verdadero poema. Decidí seguir con aquello, empecé a tirar de la braguita del bikini lo más rápido que pude. Me notaba jadeando, notaba los latidos en mis oídos. Su mano ya no solo se agarraba la polla, estaba claro que se estaba masturbando a través del pantalón.

— ¡Chist! —le dije, como se regaña a un niño, pero señalando su polla— El tío obedeció al instante y dejó de tocarse, aunque su cara era una súplica.

—Sácate la polla —No puede evitarlo, quería verla, me comía la curiosidad y el morbo. Tardó un segundo en liberar aquella serpiente a través de la bragueta, era interminable...

— ¡Menéatela! —casi grité— El tipo se empezó a masturbar con furia y lanzó la mano libre a mi teta desnuda.

— ¡Chist! — le dije de nuevo dándole una palmada en la mano hostil. El chico de nuevo se quedó petrificado. — ¡Sigue con la polla pero no se te ocurra ponerme una mano encima o descubres los secretos de la decoración de una comisaría!

Estaba disfrutando. Tenía a aquel hombre en mi mano, como una marioneta. Nunca me había sentido tan sexual... Vestida solo con mis bragas a tan solo un metro de una polla que me apuntaba, pero me pertenecía. Entonces tiré de mis bragas, la única tela que ocultaba mi pudor y me las quité lentamente. El tipo se afanaba en su polla y cuando vio mi coño al aire sentí que no iba a durar mucho. De nuevo intentó ponerme una mano encima y lo volví a parar en seco, y con la mirada le indiqué que siguiera con su trabajo abajo. Entonces alargué yo la mano, y prácticamente le tiré mis bragas a la cara. Él las cogió acrobáticamente con la mano libre y al segundo se las llevó a la cara. ¡Joder, cómo me ponía aquello...! Vestida solo con mis zapatos de tacón, delante de un bombón, acojonado y completamente a mis órdenes, masturbándose de manera bestial mientras respiraba a través de la tela de mis bragas, aquellas que empapaban mis jugos... nunca había estado tan cachonda.

Entonces se me ocurrió una maldad. Recuperé del suelo la parte de arriba del bikini y me acerqué a él. Nunca habíamos estado tan juntos, notaba sobre mi vientre su polla, dándome golpes al ritmo de su sacudidas, de nuevo intentó tocarme, de nuevo le puse en su sitio. Entonces, agarrándole por los hombros le di la vuelta y le puse de espaldas a la pared, tiré de sus brazos hacia atrás y en segundos até sus manos a la espalda mediante el sujetador del bikini... era evidente que no eran unas esposas y que si quería se liberaría, pero lo importante es lo que la atadura representaba. Le di de nuevo la vuelta y pude completar mi obra. El hombre con las manos a la espalda, la cara con una expresión incrédula, casi ridícula, y la polla como único vestigio y rastro de su chulería y de su hombría, apuntándome amenazante y orgullosa.

Le senté en el taburete del vestidor, aquello no había quien lo parara, y me senté a horcajadas sobre él, le miré con cara de pocos amigos, indicando que mandaba yo. Agarré su polla, era tremenda... ardía en mi mano a punto de reventar de tanta sacudida que había sufrido en los últimos minutos. La apoyé en mis labios, sentía increíble el tacto de su enorme glándula a la entrada de mi coño y, de repente, casi para asustarle, haciéndome incluso un poco de daño me dejé caer sobre ella, empalándome en aquel tótem. Por poco se me escapa un grito, mezcla de placer y de dolor. Su cara había cambiado, se le notaba más relajado, pero su postura y su atadura le impedían participar, era yo quien marcaba el ritmo y era bestial, quería rompérsela, darle una lección, matarle de placer. Me impresionaba el ruido que venía de nuestra entrepierna. La polla de ese tío era un tesoro, cuando al caer descargaba sobre él el peso de mi cuerpo, la sentía hincharse y doblarse de una manera que ponía a prueba la capacidad elástica de mi vagina, era tan placentero... tan morboso... esa sensación de poder que me daba pensar que tenía a aquel desconocido a mi merced. Me iba a correr e iba a ser a lo grande. Me iba a licuar sobre ese pene, como una naranja sobre el exprimidor y absorta en mi placer no me

di cuenta de lo que se avecinaba. Lo sospeché al abrir los ojos, una sonrisa en su cara, la primera desde que entrara en el vestidor, y su cuerpo tenso, su polla también, vibrando en mi interior. ¡Joder! ¡Se estaba corriendo dentro de mí! Aquello no formaba parte de mi plan y salté escapando de aquella catarata. Aunque lo hice dos segundos tarde, porque al hacerlo noté como una pérdida de vacío, y al mirar abajo vi su polla salir de mí, junto con un buen chorro de su semen. Fuera su polla seguía vibrando y escupiendo semen.

¡Qué hijo de puta! Me habían faltado segundos. Me había dejado sin mi premio. La rabia me poseía, y entonces hice algo impensable en mí: le di un sopapo. No fue fuerte, pero sí lo suficiente para ponerle de nuevo en modo sumiso y sacarlo de su trance orgásmico. Lo agarré por los hombros y lo puse de rodillas y levantando la pierna derecha puse mi tacón sobre su hombro. Mi coño estaba a centímetros de su boca, pero él no parecía decidido. Me importaban un huevo sus escrúpulos. Cogí su cabeza y lo presioné hacia mí. El contacto con su cara me hizo brincar. Comencé a frotarme contra su cara, su nariz tropezaba con mi clítoris y me estaba recargando el placer con cada contacto, y entonces empecé a sentir su lengua sobre mis labios, signo de que empezaba a colaborar. Era curioso, resultaba tierno, un contacto casi amoroso, especialmente si se comparaba con el taladro de su polla, a la que ya echaba de menos como una loca. Estaba tan cachonda, cuando miré hacia abajo el espectáculo me desarmó: mi desnudez completa salvo los zapatos, mi pierna sobre su hombro de manera acrobática, su bonita y masculina cara, su postura rendida, con las manos atadas a la espalda, su pene flácido, manchado y ya medio reseco. Aquel tipo estaba en mis manos, rendido y vencido, comiéndome el coño y limpiando lo que antes había ensuciado... estos pensamientos eran demasiado para mi cerebro, absolutamente almibarado por las endorfinas del morbo y no pude más, me corrí agarrándome a él y a su cabeza con fuerza, de manera violenta, como si quisiera su cara, su cabeza dentro de mí, entonces mis piernas perdieron tono y me caí de rodillas, enfrentada a él, como dos devotos en oración frente a frente, y de repente lo besé. Tampoco estaba en mis planes, pero nuestras lenguas chocaron y se cruzaron en un baile hermoso, con un sabor tan intenso, tan indescriptible, esencia del sexo, mezcla de lo suyo y de lo mío, de su semen, de mis flujos... era como estar devorándonos por dentro.

Después de un minuto bebiendo de esa fuente, me levanté, las piernas casi no me sostenían del esfuerzo realizado que ahora me pasaba factura. Le desaté las manos y lentamente se puso en pie, parecía que sus pies y sus brazos también estaban entumecidos por la postura. Saqué unas toallitas desmaquillantes del bolso (no tenía más) y me limpié como pude. Se las lancé sin cruzar palabra para que hiciera lo propio. Nos vestimos rápidamente y también en silencio nos dirigimos a la caja. La dependienta nos miraba con cara de reproche. Estaba claro que habíamos tardado demasiado y seguramente habríamos hecho ruido.

— ¿Le ha gustado entonces lo que se ha probado? —preguntó con un ligero tono de reproche.

—Sí, me ha gustado mucho —contesté firme y mirando de manera provocativa al hombre, que estaba bello y sereno, como un mar en calma—. Me lo llevo todo.

—De acuerdo —La dependienta parecía estar más contenta. Lo preparó todo y enseguida me mostró la factura.

—Lo paga mi marido —dije señalando a mi amante sumiso furtivo— Sin rechistar sacó una tarjeta de crédito y lo dejé saldado.

Caminamos juntos hasta la puerta. Al cruzarla me volví hacia él, le miré a los ojos y le dije adiós, y nunca un adiós de mis labios tuvo tanto significado.

Ese chico

Era una tarde de los últimos días de agosto. Estaba tumbada a la sombra de un árbol de la piscina de la urbanización, mientras contemplaba a Inés que jugaba con su niño y los dos míos al borde de la piscina infantil. Estaba absorta en pensar que en biquini, Inés estaba mejor que vestida, al contrario de lo que nos suele suceder al resto de mujeres. Tenía los pechos más grandes y mejor puestos que jamás había visto. La verdad es que las dos estábamos muy bien para estar rondando peligrosamente los cuarenta.

Ambas estábamos de Rodríguez, puesto que nuestras respectivas parejas ya se habían reincorporado al trabajo. Me alojaba en el apartamento de la playa de mis suegros, compartiendo estos últimos días de descanso con ellos y los niños.

A Inés, la vecina de arriba, la conocía desde hacía prácticamente quince años, precisamente cuando mis suegros compraron el piso y empezamos a frecuentarlo en verano y en fiestas. No éramos íntimas, pero sí buenas amigas.

Se acercó a mí desde el borde del agua.

— ¿Tienes plan para esta noche, Esther?

—Qué graciosa eres, ¿qué plan voy a tener? ¿En qué estás pensando?

Ya sabes que son las fiestas del pueblo, hoy hay verbena de un grupo de versiones de pop. Los vi la semana pasada tocando en la tele.

— ¿Seguro que te apetece? Si hace años que no salimos.

—Que sí, mujer, que nos vendrá bien para desconectar, lo malo son los críos,

especialmente el mío.

—No te preocupes, les puedo decir a mis suegros que hagan de canguros.

— ¡Entonces no hay excusa! —gritó Inés— nos vamos de fiesta.

Tampoco es que el plan me apeteciera demasiado, pero decidí que no me iba a venir mal para salir de la rutina.

Quedamos un poco tarde, para dejar cenados y acostados a los niños. Yo me había preparado a conciencia. Cuando acabé pensé que igual me había pasado. Me había planchado mi largo pelo rubio, maquillado a conciencia y llevaba puesto un carísimo vestido azul de seda, peligrosamente corto que adoraba y que casi nunca encontraba la oportunidad de ponerme. Además, calzaba unos tacones altísimos que realzaban mis piernas y mis glúteos. Estaba mirándome al espejo y me veía tremenda, pero quizás excesiva. Entonces apareció Inés y se despejaron todas las dudas. Se había vestido como para plantar batalla a un regimiento de marines. Llevaba un top blanco que a duras penas podía con sus pechos, una minifalda vaquera, muy mini, y taconazos tan altos como los míos. Estaba más guapa de lo que nunca la había visto.

Así empezó una noche que difícilmente cualquiera de las dos hubiéramos soñado.

Al principio todo fueron risas.

Estuvimos picoteando algo por la zona de copas y bebiendo mucho más de lo que comíamos. Nos sentíamos un poco observadas y fuera de lugar, pero el ambiente era muy bueno, de hecho, había muchas familias disfrutando de la noche de fiesta.

La verbena del grupo estuvo muy bien, un poco corta, pero aun así tuvimos tiempo para tomar un par de combinados mientras disfrutábamos de la música.

Cuando acabó empezó un disc—jockey a pinchar música en la plaza. Tampoco era mi música ideal, pero tal como íbamos a esas alturas Inés y yo de afectadas por el alcohol, estábamos disfrutando bailando como si fuéramos verdaderas fans.

Entonces fue cuando me di cuenta de que el ambiente había cambiado. Durante la verbena había mucha pareja, personas mayores, incluso niños, y sin embargo lo que quedaba ahora era pura chavalería de veinte años. Seguramente era por la hora y el tipo de música. También pude observar que había un grupo de chicos que no nos quitaba ojo.

—Inés —le dije mientras seguíamos bailando—, ¿has visto cómo nos miran aquellos chavales? Nos hemos quedado solas ante el peligro.

—Déjales que se calienten un poco — Me pasó los brazos por la caderas y empezó a bailar sensualmente rozando mi cuerpo. A mí no me importaba hacer un poco el tonto, pero me

preocupaba la audiencia. Además, ahora el grupo estaba exaltado y se les notaba por los gestos que hacían. Era normal porque estábamos echando demasiada leña al fuego. Inés, aparentemente ajena, seguía bailando golosamente, contoneándose contra mi cuerpo. Podía sentir como sus tetazas rozaban mi cuerpo y la verdad es que era agradable pero un poco impúdico.

—Vamos, Inés —le dije— es hora de volver a casa.

—No, un poquito más —Entonces noté que una mano pellizcaba mi culo... salté casi como si me hubiera dado una descarga y al volverme tenía a menos de un palmo a uno de aquellos chicos, el más chulito.

— ¿Pero qué coño te has creído, niño, que este culo es público?

—Este culo me lo voy a follar yo esta noche, pedazo de guarra —Mientras decía esto me agarró por la cintura pegándose a él e intentando besarme.

— ¡Quieto! —grité y entre mi empujón y el de Inés conseguimos que aquella lapa se separara un metro.

— ¡De qué vais, pedazo de zorras, si estáis pidiendo batalla! Esta noche te voy a follar bien follada y tu amiga se lo va a montar con mi amigo caballo.... —Señaló a un chico alto en el que me había antes fijado, porque prácticamente parecía un indio norteamericano, con tez morena y una melena negra, vestía unos tejanos y una camiseta negra... el chaval era atractivo, tenía algo.

— ¿¡Pero tú eres gilipollas!? —le dijo Inés.

—No, putilla, ¿sabes por qué le llaman caballo?

— ¿Está enganchado a la heroína? — le dije riéndome de él— Vete a tomar por culo o nos vemos haciendo un trío con la guardia civil.

El chaval reculó un poco y volvió con sus colegas. Decidimos cambiar de zona y avanzar hacia los bares de copas, más cerca de la playa y lo que era más conveniente en el camino a nuestra casa. Allí en un pub con terraza al mar, me convenció Inés para tomar la última y se dirigió a la barra para pedir.

La noche era preciosa, con una cantidad de estrellas increíbles. La terraza estaba animada, prácticamente abarrotada y me parecía haber visto gente conocida de la urbanización de mis suegros. Inés tardaba un poco, seguramente le estaría costando pedir en la barra. Aquella copa me sobraba, me notaba totalmente anestesiada por el alcohol consumido, bastante mareada. Entonces noté que alguien se pegaba a mi espalda, me volví y era de nuevo aquel niño.

—Pero, bueno, ¿tú de qué coño vas? —le dije conciliadora para no montar una escena delante de toda la terraza.

—Yo voy de tu coño, que son las tres de la mañana y todavía no me lo he follado.

— ¿Pero tú eres tonto o qué te pasa? —le dije intentando mantener la voz—. Tenía miedo de que, como sospechaba, hubiera gente del pueblo o de la urbanización que me reconociera.

—Ven aquí, baila conmigo como has bailado con la zorra de tu amiga.

—Ni lo sueñes —Intentaba quitarle las manos de encima y empezaba a ver cómo la gente se fijaba en nosotros.

— ¡Estate quietecito, anda! —le dije dándole un discreto empujón.

—De eso nada, mira cómo me tienes zorra —Agarró firmemente mi mano y la puso sobre su paquete, evidentemente abultado a través de su pantalón de tela. La solté inmediatamente como si quemara, pero al librar sus manos me agarró por los glúteos empujándome con violencia contra su pecho. Yo intentaba forcejear para liberarme de ese abrazo robado, pero lo pretendía hacer sin aspavientos para no montar escándalo.

—Suéltame, joder —mascullé entre dientes, aunque él obviamente no estaba dispuesto—. Me tenía pegada a él, notaba su polla erecta sobre mi vientre y a la vez, sin liberar presión introducía las manos por debajo del vuelo de mi vestido, literalmente sobándome el culo por encima de mis braguitas. Me estaba dejando desnuda en medio de aquella terraza aunque pasaba inadvertida al tener tanta gente alrededor.

Entonces huyendo de posibles ojos indiscretos, le empujé hacia las escaleras de salida de la terraza, bajamos y caminamos pegados unos cien metros en dirección a la playa. Aquel era un sitio más adecuado para ponerle en su sitio sin que nadie me viera y sacara conclusiones que no eran.

—Mira, tío, olvídate de nosotras o llamamos a la policía y te cae un puro de tres pares de cojones — El chaval sin mediar palabra se me echó encima y levantando de nuevo el corto vuelo de mi falda empezó a intentar meterme la mano en mi sexo.

— ¡Tú estás loco! —grité mientras intentaba zafarme, pero era demasiado fuerte para mí — Entonces pegó un tirón fuerte y en su mano tenía mis bragas de encaje.

Intenté escapar. Me cerraba el paso hacia la terraza, así que descendí un poco hacia la playa, esperando encontrarme con alguien, aunque ese camino que yo también conocía y que de día era muy transitado, a las tres de la mañana estaba desierto. No era la mejor opción para quitármelo de encima.

—Vale —le dije intentando razonar—. Vamos a olvidar este detalle de que te has

sobrepasado y a pasar página, pero déjame en paz o la vamos a tener.

—Tú lo único que vas a tener es mi polla en tu coño en un minuto —Con la mano libre, la que no sujetaba la braga, me agarró del brazo y en volandas recorrimos los últimos veinte metros que nos separaban de la playa, entrando en la arena.

—No, no... espera... —Pero no atendía mis súplicas y andando otros diez metros, me colocó detrás de una zona de barcas de pescadores varadas en la playa y tiró de mi vestido hacia arriba liberando mi sexo.

—No, noo, espera... —Repetí temblando

— ¿Espera a qué? —dijo mientras se bajaba los pantalones y mostraba amenazante su pene erecto—. Era ridículo encontrarme así, en manos de aquel chaval que me estaba forzando. Tenía dos posibilidades: gritar y esperar a la caballería o intentar ponerle en su sitio antes de que aquello acabara en tragedia.

—Vamos a un sitio más discreto, que no nos puedan ver desde la terraza, estamos demasiado cerca— Quería reconducir aquello. Nos metimos un poco más en la playa, en una zona más oscura y alejada de la terraza.

—Mira, tienes que.... —Me cortó la frase con un beso mientras me abrazaba firmemente y de nuevo me desnudaba hábilmente encajando el vuelo del vestido en mis caderas. Su pene estaba de nuevo al aire y lo colocó entre mis piernas, en contacto con mi sexo desnudo, presionando sobre mis labios.

— ¡No! ¡No! — gritaba yo suplicando y sacando fuerzas—. Le di un empujón separándole medio metro— ¡Está bien! —le dije—. Vamos a hacerlo, pero no te pongas bestia, vamos a ir poco a poco.

—Así que finalmente vamos a follar, ¿eh? Pu... —Y antes de que hubiera acabado su enésimo insulto, cargando mi mano derecha desde atrás en un puño crispado de tensión y miedo, le solté un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas. El tío no se esperaba aquello y lo recibió quedándose sentado en el suelo. Su cara era un poema. Mi mano ardía por el impacto y de su nariz brotaba un hilo de sangre.

— ¡Hostia! Me has jodido la nariz —dijo casi entre lágrimas—. Ahora ya parecía el niño que realmente era.

—Te lo has ganado... ¿tú sabes el lío en el que te metes si voy a la policía con el cuento? Me has roto las bragas, mira cómo tengo el brazo de los agarrones que me has dado, y el vestido... Se te puede caer el pelo.

—Está bien, joder, perdona, pensaba que los dos íbamos a pasar un buen rato.

—Anda ya. Me vuelvo al pub —le dije y me di la vuelta dispuesta a recorrer los metros que me separaban de la terraza rápidamente.

Sentí como él se levantó de un salto detrás y caminaba a dos metros separado de mí, esta vez portándose bien. Nos acercábamos a la zona de las barquitas y aunque la noche era cerrada se veía que había gente en la zona... menos mal, pensé. Cuando estábamos prácticamente más cerca me di cuenta de que eran una pareja y a esa distancia era obvio que no habían bajado a pescar, por los suspiros de ella y porque se notaba que la chica estaba sentada sobre el borde de una barca, las piernas alrededor de la cintura del chico, que estaba claro por el movimiento entre sus cuerpos que la estaba follando a conciencia. En un segundo me di cuenta. El chico tenía una melena preciosa al viento que se movía en cada embestida, como en un baile tribal y la chica con esos zapatos de tacón que intuía y un pecho enorme desnudo al aire fuera de un top blanco... ¡Era Inés! Ella, entonces, de sopetón, abrió los ojos y me vio.

— ¡Hostia, Esther! —exclamó librándose del abrazo y saltando de la barca, recomponiendo un poco su figura semidesnuda—. Por favor, ¡qué situación más embarazosa! —Siguió diciendo pero yo ya no la escuchaba, estaba absorta en el chico, se había girado y ahora lo reconocía, era aquel chaval al que llamaban caballo. Tenía la cara desencajada por el esfuerzo y el torso desnudo, fibroso, sudoroso y moreno, con un tatuaje precioso de la cabeza de un caballo sobre su pectoral izquierdo; y de sus jeans, solo desabrochados, surgía un pene enorme, casi irreal, como un tótem del sexo triunfante, brillante por las secreciones de ella y palpitando rítmicamente al aire.

—Aja.... —exclamó entonces el chaval que me había intentado forzar— Finalmente os conocéis. Ahora ya sabes por qué le llamamos caballo —dijo riéndose—, y tu amiga parece que ya se ha dado una cabalgada, ¿eh?

— ¡Joder, Esther! —dijo Inés—. Como vi que te ibas con este tío a la playa, pensé que por qué no iba yo también a pasar un buen rato —La notaba bastante más bebida de lo que me había dado cuenta antes y era evidente que yo también lo estaba.

—No te preocupes, Inés, no necesitas darme explicaciones.

— ¿Qué tal tú con el tío este? —preguntó Inés.

—No lo sé, porque le he parado los pies —contesté

—Pues lo del caballo este no es normal, no creo que se me olvide en la vida —dijo agarrando al chico por la polla como si fuera su juguete—. ¿Quieres probar? —me preguntó de forma melosa mientras se acercaba a mí dándome un suave beso en los labios.

Era tan morbosos.... nos estábamos comiendo la boca delante de aquellos dos extraños que

pasaban de intérpretes a espectadores. Se separó un poco de mí. Estaba bellísima, todavía con su hermoso pecho al aire, y seguía con el chico agarrado por la polla, masturbándole de manera rítmica.

— ¿Entonces? —Volvió a preguntar cariñosa—. Agarrando mi mano la puso sobre el pene de él. Notarlo fue un trallazo al cerebro, mi cerebro ahogado en alcohol. Sentir su tacto, su peso, su fuerza, su calor...

—Sí —contesté decidida—. La respuesta sorprendió a todos, probablemente también a mí, aunque no podía negar que desde que le vi al principio de la noche ya me puso como una moto, quería esa polla dentro de mí, en ese momento no había otra cosa en el mundo que ocupara mi cabeza.

—Perfecto —gritó con voz borracha y de entusiasmo, Inés—. Yo te entretengo a este. Y dicho esto agarró al otro de la mano, que puso cara de triunfo, y se alejó unos metros, la verdad es que no mucho y pude ver cómo se ponía de rodillas y empezaba con una mamada frenética.

El mío no perdió el tiempo y me dio un beso igual de cálido que el de Inés. Era una locura y una insensatez estar en los brazos de aquel chaval, pero no me iba a frenar por mis prejuicios. Quería sentirle dentro de mí. Me agarraba por detrás y me apretaba contra su torso desnudo. Su pene tenía vida propia. Sin mediar palabra desabrochó los corchetes posteriores de mi vestido y me lo quitó cuidadosamente por la cabeza, quedando totalmente desnuda. Me daba igual. No, no me daba igual, adoraba estar desnuda delante de él, de repente me agarró por la cintura y me sentó al borde de la barca, el mismo privilegiado trono que hacía unos minutos ocupaba Inés, se arrodilló y empezó a comerme el sexo. Lo hacía tan suave y deliciosamente, su lengua se centraba en mi clítoris, pero su barbilla estimulaba mis labios en cada dulce beso. Yo veía desde arriba su cara oculta por su preciosa melena negra que tenía entre mis manos. Parecía que era una mujer la que me estaba comiendo, y al pensar esto me acordé de Inés. Se les distinguía perfectamente, ella estaba a cuatro patas sobre la arena y él le daba duro desde detrás. Resultaba terriblemente excitante ver follar a Inés mientras a mí misma me estaban matando. La cara de ella estaba dirigida hacia mí y sé que también contemplaba morbosa lo que yo hacía. Mientras tanto el chico se incorporó y de nuevo me besó. Su boca sabía a mi sexo y entonces sin dejar de besarme empezó a maniobrar, y colocó su glande sobre la entrada de mi vagina. Di un respingo al notar su tacto, lo deseaba como una loca, lo notaba enorme, pero no me iba a amilanar, estaba muy húmeda y a punto. Presionó poco a poco, y adorablemente fui engulléndola. Le hice parar un poco con las manos sobre su pecho tatuado. Necesitaba acomodarme un poco a su anchura. Unos segundos y empezó a bombear lento y seguro, cuando salía parecía que mi sexo se iba con él y cuando entraba notaba la presión sobre mis paredes al borde de su capacidad elástica, era tan placentero que incluso me mareaba, por

el alcohol, por su polla enorme, por lo que me excitaba aquel tipo desde que le vi, por ver a mi vecina de verano cómo se la estaban follando sin compasión y oír como gritaba, dejándose llevar, sin miedo a ser oída, como en una montaña rusa, y yo me dejé llevar y empecé a presionar con mis caderas, siguiendo sus embestidas, al límite del dolor, jadeando en busca de aire fresco para reactivar mi cerebro porque borracha me costaba correrme, y yo quería correrme con él y para él. Él clavaba su mirada en la mía, orgulloso de que me estaba matando de placer, pero sin alardes, sin atisbo de chulería, como si le fuera innato y sus ojos oscuros eran profundos como agujeros negros y, entonces, aunque solo habían pasado unos minutos, noté que llegaba para él y para mí, para los dos, lo sabía por su cara y lo intuía en mi cuerpo, y me dejé remolcar a esa playa del placer, liberando mi cuerpo, mientras notaba cómo su enorme polla estaba a punto de explotar en mí y de nuevo nos miramos a los ojos, como un gesto de acuerdo, de conexión. Noté cómo empezó a vibrar deliciosamente dentro de mí y a escupir su carga cálida y ese calor, como si hubiera arrojado una cerilla a un charco de gasolina, liberaba una onda que avanzó desde mi sexo hacia mi estómago y mis pechos, erizaba los pelos de mi nuca y acababa explotando en mi cabeza como una onda de implosión lenta, profunda y silenciosa, para acabar en una onda expansiva que contrajo hasta el último músculo de mi cuerpo agotado.

Nos quedamos abrazados un momento, seguía sentada dentro de la barca, mis piernas alrededor de su cintura, su pene todavía dentro de mí, llenándome aunque perdiendo tensión y al perder el vacío, su simiente se derramó, cayendo en la arena de aquella playa que tan bien conocía de día y que hoy de noche sus placeres descubría, y regaba con la mezcla de mis flujos y de su semen.

Entonces pensé de nuevo en Inés. El chico seguía detrás de ella pero se le notaba a punto, por el ritmo y por sus jadeos. Yo lo observaba todo fundida en mi abrazo cálido y húmedo, mi cabeza apoyada sobre su hombro y la vista dirigida hacia los dos. Ya comenzaba a estar otra vez como al principio, en la cima de la montaña, cargada de energía, ver cómo se follaban a Inés me estaba reactivando. Estaba preciosa, pese a la postura, sumisa pero controlando el asunto, sus enormes tetas balanceándose en cada embestida, su cabeza vuelta mirando a su montura, animando a que él acabara, ¡qué morbazo! Entonces empecé a moverme un poco sobre su pene un poco flácido, pero aun así más grande que la media y todavía dentro de mí, giré y presioné sobre su pubis para estimularme pero al intentar subir y empezar a bailar se salió. Era evidente que por ahora era imposible y aquello me mataba de pena, entonces el otro se corrió, lo hizo como un gorila, sin cortarse un pelo, gritando, saliendo de ella y acabando estimulando su pene henchido con la mano, sobre el culo y la espalda de Inés que recogía solícita su carga.

Aquello se acababa. Él se había tumbado sobre la arena, su enorme pene flácido descansando sobre su muslo. Su cuerpo era un delirio, hinchado por el ejercicio, era una belleza. El otro chico se había sentado y estaba como en trance.

Inés se acercó lentamente, metió la mano en la barca y sacó una copa.

—Aquí tienes tu combinado, ¿ha merecido la pena la espera? —Las dos reímos por la situación y compartimos el gin—tonic. Estaba fresco y amargo, perfecto, y en un minuto lo habíamos ventilado, de nuevo empecé a notarme un poco bebida, pero qué más daba. Entonces Inés se acercó a mí y de nuevo me besó. Aquello empezaba a ser ya una costumbre, pero era tan placentero. Su boca era cálida y su lengua pequeña y hábil. Ahora yo también estaba desnuda y nuestros dos pechos se masajeaban en nuestro baile. Era curioso, diferente al abrazo firme de un hombre, entonces Inés colocó su muslo entre mis piernas, estratégicamente apoyado sobre mi sexo y yo hice lo propio, de manera que ya no eran solo nuestras tetas y nuestros pezones erectos los que se estimulaban, sino nuestros sexos en un beso sin fin que no paraba nada más que para recuperar oxígeno. Sus manos jugaban con mi cabeza y mi cara. Yo la abrazaba, mis manos estaban sobre su preciosa espalda... podía tocar el semen que el chico había derramado sobre ella, ya frío y un poco pegajoso. Entonces Inés se liberó del abrazo y me indicó que me tumbara. El tacto frío de la arena en mi espalda me estremeció, pero estaba tan caliente que podría derretir aquella playa, entonces se sentó literalmente sobre mi cara y yo sin perder un instante comencé a comerle el coño. No lo había hecho nunca, pero sabía cómo hacerlo, no necesitaba un manual, solo necesitaba hacerle lo que a mí me volvía loca. Al instante, ella se inclinó hacia mí y quedamos enfrentadas como el ying y el yang. Mi cara debajo de su sexo, la suya sobre el mío y empezamos a besarnos. Era increíble, mucho mejor que cuando me lo hizo el chico, además, jugábamos entre nosotras, yo repetía lo que ella me hacía, con la misma intensidad, con el mismo ritmo y luego marcaba el baile, ella me seguía y era increíble el sabor de su sexo en mi boca, sus muslos acariciando mi cara en sus balanceos de gata y, sobre todo, pensar que era Inés, que nos conocíamos desde hacía quince años. Nuestros maridos eran buenos amigos, nuestros hijos jugaban juntos y ahora estábamos una sobre la otra compartiendo nuestros cuerpos en esa noche loca de alcohol y sexo.

Entonces unas manos levantaron un poco las caderas de Inés, separándola de mi boca que se quedó triste y huérfana, era el chico de la melena que estaba recuperado... también estaba el otro. Nos habíamos olvidado de ellos, pero, obviamente no habían sido ajenos al espectáculo. El chico llamado caballo se colocó detrás de ella con su enorme polla y, poco a poco, la penetró sin compasión. Inés se arqueó al recibirla, pero inmediatamente volvió a descender la cabeza y a besar mi sexo.

¡Estábamos follando a tres bandas! El chico de la melena se afanaba en darle duro a Inés

y yo tenía entradas en primera fila. Veía cómo su enorme polla entraba y salía de Inés en un ritmo brutal, chocando ruidosamente, apenas a diez centímetros de mi cara. A cada embestida la cara, la lengua y la nariz de Inés chocaban contra mi sexo estimulándolo de manera intensa. Sin embargo, lo más morboso era ver lo que aquel monstruo de pene hacía con el coño de Inés, cómo sus labios desaparecían cuando el tío apretaba y como al contrario parecían convulsionarse cuando salía, siguiéndole en su camino. Incorporé un poco mi cabeza, mi abdomen tensado y coloqué mi lengua sobre el falo. Sentía su vaivén rozando sobre mi lengua, mis labios presionando ligeramente el tallo, la postura me mataba y tenía que descansar la cabeza. Lo mismo le pasó a él que estaba prácticamente en cucullas, así que lamentablemente se salió de Inés, la agarró de manera acrobática y la depositó a un metro de mí, también boca arriba sobre la arena, para al instante volver a penetrarla y follarla de manera más cómoda. Me había quedado sola. Estaba sobre la arena con mi sexo húmedo y abierto, llorando por la pérdida, mientras Inés estaba siendo bien follada aunque su cabeza miraba hacia mí, diciéndome con la mirada que había encontrado su paraíso en la tierra.

Entonces, al levantar la mirada le vi a él, era mi acosador. Estaba a una metro de nosotros tres haciéndose una buena paja.

—Ven, venga, que te dejo dar un viaje —Se lo dije como al niño que permites montar en la feria y puso la misma cara de ilusión que cuando abres un regalo de cumpleaños—. Enseguida se acomodó entre mis piernas, yo misma guie el movimiento, agarrando su polla y dirigiendo su punta dentro de mí. Estaba tan húmeda que podría meter ahí un tranvía, pero él, de sorpresa, me la clavó dentro haciéndome gritar.

— ¿Tenía o no tenía razón? —Estaba quieto dentro de mí, empujando su pene hasta el fondo— ¿No te dije que esta noche os íbamos a follar a las dos?

Entonces le di un sopapo, no fuerte, pero sí lo suficiente para que se dejara de bravuconadas y empezara a follar, y funcionó como un pistoletazo de salida. Lo hacía muy bien, se notaba que tenía calle y mujeres sobre sus espaldas. No tenía la polla de su amigo, pero sabía cómo moverse, cuándo apretar, cuándo relajar y dónde tocar. Tenía un ritmo de atleta y como yo ya estaba muy caliente debido a lo que me había hecho Inés, estaba claro que no iba a durar mucho. Allí estaba ella, seguía mirándome y observando cómo me follaban en vez de contemplar lo que le hacían a ella, y yo lo mismo porque era tan morboso ver cómo ser visto, e incliné un poco mi cabeza y mi torso aproximándome a su cara y nos volvimos a besar. Al hacerlo, para ella fue la rendición, empezó a correrse convulsionando bajo su amante, sus gritos se ahogaban en mi boca, y al acabar se liberó del monstruo, y como el que vuelve al hogar, de un empujón me quitó al chico de encima y se abalanzó sobre mi sexo como una posesa. Yo también lo quería, ella lo había intuido, quería correrme en su cara, sellar nuestro

encuentro, darnos de alta como amantes y sujetándola por el pelo, supongo que haciéndole daño, frotándome sobre su cara y su lengua, allí en esa playa me hizo sentir más mujer de lo que jamás me había sentido. Al acabar nos fundimos en un abrazo tierno y cálido.

— ¿Y nosotros qué, cabronas? —El macarra quería acabar.

—Vosotros podéis iros a tomar por el culo antes de que empiece a gritar y vengan los geos —dijo Inés con furia sin dejar atisbo de duda de que era nuestro momento.

— ¡Qué hijas de puta!

Los dos se fueron, el macarra rechistando y el otro sin mediar palabra, como en toda la noche.

Nos despertamos abrazadas unas horas después, frías, pegajosas, sucias y un poco aturcidas, recuperamos como pudimos nuestras ropas, aunque del todo era imposible, porque parecía que nos había arrollado un tornado. Mi cabeza estaba confusa, resacosa, mi boca seca y mi sexo igual.

Recorrimos los quince minutos andando que nos separaban de la urbanización, despuntando casi al alba, las calles todavía desiertas y lo hicimos de la mano, pero sin cruzar palabra y en la puerta de nuestros apartamentos nos despedimos con un beso.

Me fui directa a la ducha, estaba pringada de flujos, arena y semen en una amalgama difícil de eliminar.

Al día siguiente me levanté temprano para ir a la piscina. La cabeza me mataba y mi estómago era una lavadora, sin mencionar que tenía el sexo al rojo vivo de tanta batalla. Al cabo de una hora apareció Inés. Por la manera en la que caminaba estaba claro que estaba como yo.

— ¿Qué tal has dormido? —me preguntó.

—Bien... esto... Inés, tenemos que habl...

—Chist.... —dijo interrumpiéndome y colocando su dedo sobre mis labios y las dos sonreímos de manera cómplice, porque no hacía falta que se explicara para saber que tenía razón.

Hay asuntos que no hay que remover.

Aquella boda

Nos habían invitado a la boda de un compañero de trabajo de mi marido. No conocía a nadie, pero era un planazo porque se celebraba durante todo un fin de semana en una especie de cortijo, en el que no solo se realizaba el banquete, sino que, además, un grupo de nosotros se alojaría en las habitaciones dispuestas para los invitados.

Intenté llegar en buena forma para poder lucir un vestido negro, muy especial, que me había comprado años atrás, demasiado escandaloso para usar a diario. Dejaba toda la espalda al aire y tenía un escote de vértigo.

Llegamos el viernes por la tarde, el día antes de la ceremonia, y el resto de invitados “especiales” también. El sitio era espectacular. Una habitación muy amplia, con unas vistas alucinantes. Cinco minutos después de cerrar la puerta de la habitación ya estaba haciendo el amor con Adrián, mi marido. Siempre se nos ha dado bien, aunque hiciera años que hubiéramos perdido un poco el ritmo.

Esa noche hicimos una cena en familia. Me costó meterme en harina porque no conocía a nadie, pero enseguida hice migas con un compañero del mismo departamento que mi marido: Lorenzo, un hombre espectacular que acudió sin pareja al evento, solo acompañado de un cochazo de lujo. Era todo un galán, alto, fuerte, atento y guapo. Desde el primer minuto estuve a gusto sentada a su lado. Poco a poco fui interactuando con el resto. El jefe de mi marido y su

mujer, un poco estirados, parte de la familia del novio, muy agradables, e incluso Marcos, del que ya estaba avisada. Era el enemigo de mi marido en la empresa, aquel que había robado su sueño de entrar en el comité de dirección de la compañía apenas hacía un año. Hay heridas que no cicatrizan. Marcos me pareció desde el primer momento un niño pretencioso, un guaperas algo hortera, y su novia un trozo de plástico correctamente modelado. Recuerdo aquella cena como algo muy agradable, disfrutando de una luz crepuscular que caía a cámara lenta en el horizonte del campo y una brisa entre cálida y fresca que te acariciaba el cuerpo. Y el tiempo voló y la velada murió.

A la mañana siguiente tocaba peluquería, maquillaje y esa continua sensación de ir perdiéndole la batalla al reloj. El resultado dejó a mi marido perplejo, lo pude ver en sus ojos. Estaba increíble con ese vestido y sobre esos zapatos de tacón que desafiaban a la gravedad.

La ceremonia pasó rápida y sencilla, lo cual fue de agradecer y enseguida estábamos en el patio del cortijo, refugiados del sol del mediodía que caía a plomo sobre nuestras cabezas. Aproveché los contactos que había hecho la noche anterior y estuve hablando con mucha gente, sin separarme mucho de mi marido, incluso con Marcos, pero, sobre todo, con Lorenzo, el compañero de Adrián, que era un encanto.

Coincidimos el mismo grupo en la mesa y la comida se alargó y la bebida se amontonó. Durante aquella tarde recuerdo haber tenido sensación de estar a tope y de resaca, de manera alterna, durante diferentes horas.

Cayó la noche rápido y el festejo se trasladó a una especie de bodega situada cerca de la puerta del cortijo, a unos doscientos metros de las habitaciones, lo cual resultaba muy adecuado, puesto que había gente empezando a abandonar, fruto del cansancio y de la bebida.

Yo estaba a tope, era mi momento. El local era pequeño, oscuro y fresco, y la música rebotaba sobre las paredes. Yo vivo la música, la siento dentro; mi marido no, pero ya me conocía el asunto, así que obviando mis pies que me estaban empezando a pasar factura, disfrutaba sola cómo una loca dejándome llevar por el ritmo. De repente apareció Lorenzo, en sus manos traía dos gin—tonic, uno con mi nombre. Casi me lo bebí de un trago, disfrutando de su sabor amargo y de su fría temperatura en mi garganta. Al bajar el vaso, levanté los ojos y vi a Lorenzo como si fuera la primera vez que lo veía y me recorrió un escalofrío por la espalda al contemplar cómo su camisa, cuidadosamente desabrochada en los tres primeros botones, permitía asomarte a la piel de su tórax, que parecía tallado en mármol, pero en una piedra cálida y vital, y sus antebrazos firmes al aire liberados de la manga. ¡Madre mía, menudo pedazo de hombre!

Era evidente que me lo vio en la mirada y enseguida, con gracia, me agarró y

empezamos a bailar. Disfrutaba de aquel baile como si fuera una danza tribal, prácticamente en éxtasis. Nos movíamos al unísono siguiendo los típicos ritmos caribeños de esos festejos, pero tenía la sensación de que estábamos sincronizados, mis sentidos alerta, sintiendo todo: el roce de mis pechos cuerpo contra su torso, su mano sujetando mi mano, su otra mano recorriendo mi espalda desnuda e incluso más abajo y girando para volver como por inducción magnética a chocar contra su cuerpo, duro y cálido.... Y lo sentía todo a la vez, y me estaba excitando como pocas veces me había excitado.

Aproveché el final de una canción y me solté de su hechizo. Levanté la cabeza y miré alrededor, pero mi cerebro extasiado apenas permitía a mis ojos enfocar. Quedaba muy poca gente y los que quedaban no estaban para orden de revista. Intenté salir de mi sopor sexual, recomponerme y haciendo un esfuerzo pude ver a Adrián, mi marido, en un rincón. Me acerqué a él.

—Adrián, cariño, ¿cómo estás?

—Doblado —respondió

— ¿Quieres que nos vayamos a la habitación?

—No, ya me voy yo —me dijo prácticamente arrastrando las palabras por la borrachera —. Te dejo en buenas manos... —Me pareció que lo decía en serio, no parecía que estuviera molesto.

—Pues si no te importa, yo me quedo, bailo un poco más y enseguida voy.

Al momento doblé en redondo y allí estaba él. Extrañamente tranquilo. Me acerqué mirándole a los ojos y prácticamente paré cuando mis labios tropezaron con sus labios. Sin inmutarse, me giró y empezó a bailar. Mi espalda pegada a su pecho, su cabeza apoyada en mi hombro derecho y sus manos en mi cintura. Se cimbreaaba sobre mi espalda, notaba la dulzura de su aliento en mi oído, casi perdiendo el equilibrio... sus manos bajaban deslizándose por mis caderas y ascendían hasta el lateral de mis pechos, produciendo unas descargas de placer inversas. Abrí los ojos y me di cuenta de que prácticamente estábamos solos, y que los que aún estaban allí estaban a lo suyo, incluso podría jurar que la pareja del rincón oscuro estaba haciendo algo más que comerse la boca... Y yo estaba tan extasiada que me pareció natural apretar mi trasero contra su entrepierna, siguiendo el ritmo, porque quería sentirlo. Estaba disparada y era suya. Notaba cómo mi cuerpo se humedecía y se preparaba para entregarse. Sin embargo, era raro.... no lo notaba erecto y yo me estaba desmayando por sentirle así. Y entonces me di la vuelta y le besé. Fue tan natural que no pensé en las consecuencias. Pero en un segundo todo el momento se derrumbó, de repente su cuerpo estaba tenso, inmóvil y frío, y sus labios eran como los de un dios muerto.

—Lo siento, Esther —me dijo Lorenzo con lo que parecía arrepentimiento real en sus ojos.

—No... no, tranquilo, discúlpame tú —balbuceé— No sé qué idea ha pasado por mi cabeza —Mentí.

—A mí me gustan los hombres —Esta revelación me cayó encima como una sentencia de muerte por estupidez.

— ¡Dios mío! No me puedo sentir más tonta —respondí sonrojándome— Con razón mi marido me dijo que me dejaba en buenas manos — Yo no soy así, perdóname, de verdad.

La situación era tan alarmante que le di un beso inocente en la mejilla y me marché.

Al salir, el fresco de la noche me sacudió de una bofetada. El oxígeno entraba en mis pulmones y parecía que iba directo a mi cabeza, todavía hechizada de endorfinas por la excitación. Se veía al fondo la entrada del cortijo, el tramo tranquilo, solo se oían los sonidos del campo. En el intermedio había una rotonda con dos olivos centenarios preciosos y cuando me iba acercando puede ver una figura apoyada en el árbol.

— ¿Qué tal, reina? ¿Mal día de caza? —En ese momento encendió un cigarro y la luz del mechero me permitió reconocer su rostro, era Marcos, el archienemigo de mi marido.

— ¿A qué te refieres? —respondí tratando de hacerme la despistada.

—Bueno... yo estaba ahí dentro. He podido ver muy bien como el marica de Lorenzo ha precalentado el horno y luego no ha cocinado el pavo.

— ¿Pero de qué coño hablas? —le contesté tratando de pasar de él.

—Tranquila, que no pasa nada... somos humanos. ¿Quieres una cerveza? —me preguntó alargando el brazo y poniendo a mi alcance una botella.

—Gracias —Se la arranqué de la mano y di un gran trago.

— ¿Volvemos a empezar? —me preguntó aparentando un tono conciliador.

—Inténtalo.

—Muy bien. Somos mayorcitos, estas cosas pasan en las mejores familias. Tu marido ha abandonado la trinchera, te han calentado de lo lindo...

— ¿Y qué? —Realmente no me interesaba.

—La tonta de mi novia ha caído borracha en la cama —me dijo mirándome de arriba abajo.

¿Y...? —le pregunté altiva, apurando el resto de la cerveza de un trago.

—Pues que entre gente civilizada —dijo lentamente, mascando las palabras bajo su sutil acento italiano— lo normal sería que entre nosotros nos arregláramos.

Y de esta forma acabé en un páramo, a escasos quinientos metros del cortijo, en un camino que conducía a un río, desnuda, mi vestido chafado y agolpado en la cintura, apoyada con las manos sobre un muro y ofreciendo solícita mi grupa mientras Marcos me penetraba sin compasión. No había habido preliminares, no había sido sutil, ni delicado. No lo necesitaba. Mi cuerpo llevaba muchos minutos preparado y él se afanaba a tope, entrando y saliendo de mi vagina de manera salvaje. Su pene henchido, grueso; su pelvis chocando contra mis glúteos de manera brutal y sonora por la fuerza de sus embestidas.

—No sabes lo que me pone follarme a la mujer del subnormal de Adrián —me susurró con chulería al oído.

—Hijo de puta —le grité mientras le golpeaba en el abdomen con el codo derecho sin causar aparente efecto.

—Dime que pare y se acabó.

—Vete a la mierda —Volví a gritar de manera rota porque en ese preciso instante intensificó su penetración y cambió a un ritmo más pausado. A cada embestida le sucedía un suspiro profundo y sordo, y su pene cambiaba, se ensanchaba y vibraba... entonces noté cómo Marcos se derramó dentro de mí.

—Lo siento, reina, no ha habido tiempo para que llegaras tú a la meta —dijo con cara de absoluto éxtasis y con su pene goteando al suelo.

—Vete a la mierda —Me puse las bragas, recompuse como pude el vestido y salí corriendo.

Cuando llegué a mi habitación, abrí la puerta con sumo cuidado. Desde el fondo se oía la respiración de Marcos durmiendo, me deshice del vestido y lo colgué en una percha. En el baño me quité las bragas, estaban empapadas de mis flujos, pero, sobre todo, de haber contenido su semen. Las tiré al suelo y en el bidé me limpié, me puse el camisón y me perfumé.... Olía a sexo y ahora me daba náuseas. Me metí en la cama y al apoyar la cabeza me quedé dormida.

A la mañana siguiente todo eran caras largas. Casi todos tenían resaca y las mesas del desayuno parecían una convención de zombis. Adrián se había despertado antes y estaba en aparente buen estado, apurando un café y una tostada mientras leía el periódico. Marcos estaba al fondo con su novia de postal, pero ni siquiera me miró al entrar.

Acabé el desayuno hundida en el remordimiento, bajamos a la habitación, hicimos las maletas y al salir por la puerta de la habitación le dije a Adrián:

—Cariño, echa un vistazo que no nos dejemos nada.

Al segundo respondió.

—Pues sí que nos dejábamos algo —Traía en las manos mis bragas de anoche, echas polvo, acartonadas, retorcidas y sospechosas. Se las arranqué de las manos sonrojada.

—Madre mía... parece que han librado una batalla.

—Bueno, no te pongas paranoico. Sabes que me dejaste en buenas manos —le dije con encanto y una sonrisa cínica.

— ¡Cierto! —rio, y esa risa me devolvió a mi monótona y apreciada rutina.

¿Infidel?

Desperté sobresaltada dando una bocanada de aire. Mi cabeza me estaba matando y me costó unos segundos reconocer dónde y cómo estaba.

Estaba en mi cama, en mi casa, aunque era incapaz de recordar cómo demonios había llegado. Parecía tirada más que acostada. ¿Por qué demonios estaba sobre la colcha de la cama completamente desnuda, pero tenía las medias puestas? Mi cuerpo estaba derrotado, inflamado e irritado.

La luz suave del reloj de la mesilla marcaba la una y cincuenta minutos de la noche.

Comencé a recordar como en un *flashback* de película. El día anterior habíamos quedado con los amigos para comer. Era una situación muy esperada y deseada, después de los largos días de confinamiento. Recuerdo que colocamos a los niños en casa de mi suegra, en previsión de que la cosa se liaría. También recuerdo cómo me preparé con esmero, quería estar fantástica y me puse un vestido verde muy especial, un poco atrevido, casi como un regalo para mi marido, para que supiera que iba pidiendo guerra, y también empezaba a intuir lo que había pasado, porque el exceso de entusiasmo con el que me tomé aquella cita me había descarrilado. Yo nunca bebo y ahora recordaba haberme pasado con el alcohol, y también me lo recordaba mi garganta, que suplicaba por un trago de agua.

Como pude me incorporé y permanecí unos segundos sobre el borde de la cama. De

repente, al ponerme en pie, sentí que algo salía de mí, fluyendo entre mis mulos, acerqué mi mano instintivamente, no era mío. Entonces me di cuenta de que al otro lado de la cama, tirado boca abajo, desnudo y profundamente dormido estaba mi marido.

¿Pero cómo era posible que no me acordara? Y, ¿cómo era posible que no recordara que habíamos follado? Desde luego, según avanzaba a tientas para el baño, intentando no despertar a mi marido, parecía evidente que él se había dado todo un festín en mi pelo y en mis pechos.

Encendí la luz del baño, durante unos segundos no pude ver del fogonazo que se produjo en mi cabeza, y cuando lo hice la imagen que me devolvió el espejo era impresionante. Desnuda, con el pelo revuelto, un mechón pegajoso, restos de semen en la cara, en el pecho y el que seguía escapando de mi vagina. Cogí unas toallitas de higiene e intenté limpiarme. El tacto húmedo y frío de su perfume me erizaba la piel. Bebí un vaso de agua y después otro, y decidí que era el momento de volver a la cama y de dormir.

Mantuve la luz apagada para evitar despertar a mi marido y a tientas fui hasta mi lado de la cama. Necesitaba encontrar el camisón, ahora tenía un poco de frío, como si estuviera destemplada. En la oscuridad no era capaz de dar con él, pero sí encontré el móvil, de manera que utilicé su linterna, y entonces de un fogonazo, como el destello fugaz de la luz de un faro, vi algo que me heló el alma: una figura tribal, hipnótica, que bajo la luz blanca del teléfono parecía bailar sobre el hombro de mi marido. Era un tatuaje, pero, obviamente, ese no era mi marido.

Di un salto hacia atrás como si hubiera visto al diablo, golpeándome la espalda contra el armario. Me daba miedo hasta seguir indagando, recobrando valor dirigí la linterna hacia el hombre. Estaba completamente desnudo, boca abajo, los brazos sobre la almohada. Tenía un cuerpo musculoso, pero no hinchado, con múltiples tatuajes, bastante bronceado y no veía bien su cara, medio oculta por su brazo, pero al dirigir hacia allí la linterna, se revolvió un poco y entonces, presa del pánico, me di cuenta, era Ramón, nuestro amigo Ramón, amigo de muchos años, el separado, el vividor, el eterno jueguista... Y como si naciera de mis entrañas y escapara con violencia, solté un grito que provocó que Ramón despertara y de un salto ágil se plantara al pie de la cama. Durante unos segundos nos miramos desconcertados, totalmente desnudos, expuestos como en una escena irreal de un sueño sin sentido.

—Ramón.... —le dije con voz temblorosa casi en un susurro— ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué significa esto?

—Joder, Esther, qué susto me has dado, pero ¿no te acuerdas de nada?

—No, joder, mi cabeza me está matando. ¿Pero qué mierda de broma es esta?

¿En serio que no recuerdas nada? No es posible — balbuceaba.

— ¡No, hostia! —grité— No me acuerdo de nada. Joder, Ramón, que me he despertado cubierta de semen. Dime que no hemos hecho ninguna locura, por favor, dímelo —Mi voz suplicaba.

—Buf —resoplaba mientras mantenía la cabeza entre sus manos.

— ¡Qué! —grité rozando el llanto.

—Pues sí, joder...

—Pues sí, ¿qué? Ramón, sí ¿qué?

—Joder, Esther, me estás acojonando, es evidente que nos hemos acostado. Como es posible que lo dudes...

Claro que era evidente, mi cuerpo presentaba todas las señales, pero en el momento en que lo reconoció fue como si me atravesara un rayo y mi cabeza giró, hasta el punto de dar un traspié y tener que apoyarme en la cama.

— ¿Estas bien, Esther?

— ¡Pero cómo voy a estar bien! —grité en un sollozo— ¿Pero cómo hemos llegado a esto, qué cojones ha pasado?

—A ver, Esther, te has pasado bebiendo, eso está claro. Después de la comida ya ibas muy perjudicada, y para colmo seguiste bebiendo combinados por la tarde. Sobre las nueve de la noche estabas fundida. Tu marido estaba todo encabronado contigo porque le cortabas el rollo y se veía obligado a llevarte a casa y perderse la fiesta, y entonces le dije que a mí no me importaba traerte, porque de cualquier manera yo tenía pensado irme a esa hora. Cogimos un taxi y como no me fiaba, te acompañé hasta la puerta, y...

— ¿¡Joder, Ramón, hasta la puerta!? ¡Has entrado mucho más allá de la puerta!

—Ya, joder... pero no fue culpa mía —balbuceaba—. Yo flipo con que no te acuerdes de nada.

— ¿De qué me tengo que acordar?

— ¡Fuiste tú la que se empeñó en follar!

— ¿Pero qué dices?

—Sí, tú —decía de manera acusadora—. Yo intenté irme y escabullirme, luché lo que pude, pero tú que no, ¿no te acuerdas? Encima tenías la lengua muy suelta. Me decías que hiciera contigo lo que quisiera, que si no me daba morbo ponerle los cuernos a mi amigo del alma y reventar a su mujercita, que querías ser mi puta...

— ¿Pero qué dices?

—Sí, así fue, y yo no te desnudé, fuiste tú solita la que se quitó el vestido, el sujetador y las bragas, y me las tiraste con desprecio a la cara— Ahora podía comprobar cómo mi ropa estaba tirada en una esquina de la habitación. Yo le miraba sin entender y sin querer entender lo que me contaba. —Joder, Esther, que yo no soy de piedra, al verte desnuda en la cama, abierta, ofreciéndote... Esther, lo siento, tú estabas convencida.

—Joder, Ramón, además, tiene toda la puta pinta de que lo hemos hecho sin condón — Mi furia interna iba en aumento.

—Ehhh... sí, así es.

— ¡No me jodas que te has corrido dentro de mí!

—Sí — dijo bajando los ojos.

— ¿En serio?

—Dos veces, y en tu cara también —dijo en un suspiro, como en la confesión de un niño que ha sido malo—. Sin embargo, su cuerpo no era inocente, desde su entrepierna una enorme polla erecta me apuntaba desafiante— Joder, Esther, lo siento, me haces sentir como un violador, pero tú me lo suplicabas, estabas desatada. Es increíble esta amnesia momentánea, parece que estoy hablando con otra persona, además, aunque para ti parece que no ha pasado, para mí ha sido especial, te lo juro, de los mejores polvos de mi vida. De hecho, no me importaría dar otro viaje —me dijo mirándose ahora de manera lasciva, como si en cuestión de segundos se hubiera metamorfoseado de presa en depredador.

— ¿Pero de qué cojones estás hablando? Ni lo sueñes. Lárgate, y más te vale no intentar nada en el futuro, ni volver a hablarme de esto, por lo que a mí corresponde no ha ocurrido.

Y dicho esto, me di la vuelta y pasé totalmente de él, obviándole con desprecio, atormentada por no saber si era culpable o víctima, pero obligándome a no prestarle atención, sin atender a cómo recogía su ropa desperdigada por la habitación, ni cómo se vestía, ni siquiera respondiendo a su despedida. Solo el portazo de su salida me devolvió a la realidad. Sin más preámbulos me deslicé debajo del edredón y me tumbé en la cama, mareada y dolorida, percibiendo mi nerviosismo en los tambores de los latidos de mi corazón desbocado, retumbando en mis oídos. Y me dormí en segundos como cayendo a una oscura laguna de paz.

Estando dormida, los sueños etílicos me invadían, como una pesadilla reiterativa. Sin embargo, eran sueños húmedos, vívidos, que sentía de forma real. Me veía como fuera de mi cuerpo, desde una posición cenital, tumbada, desnuda, ofreciéndome a Ramón, que se desvestía y tenía en sus ojos esa mirada felina que ya había visto en sus ojos, y contemplaba como se acercaba hacia mí, su enorme pene en la mano, cómo se acomodaba entre mis piernas

y cómo me penetraba salvajemente, sin preámbulos, sin que fueran necesarios... y cómo bombeaba con pasión y fiereza. Mis piernas elevadas en ángulo recto, mi cuerpo sacudido por cada embestida, mis pechos danzando rítmicamente y mi sexo henchido, lleno de él... y notaba, como si lo viviera en ese instante, cómo se tensaba y cómo su pene vibraba, y como en cuestión de muy pocos minutos, en un tiempo lamentable, se derramaba dentro de mí de manera triunfal, sin que pudiera remediarlo. En el sueño yo participaba y gozaba del encuentro, pero me sentía alienada, sin control, dejándome hacer, como un muñeco de trapo húmedo en sus manos y casi en cámara lenta observaba cómo se ponía de rodillas. Yo seguía tumbada sobre la cama y se acercaba a mi cara y metía su pene todavía medio erecto en mi boca, podía incluso saborear lo suyo recién derramado en mí mezclado con lo mío. En unos minutos volvía a estar henchido y en otros tantos comprendía que de nuevo se venía, y yo reaccionaba en el último segundo, escapando para evitar que acabara en mi boca, pero sin poder remediar que lo hiciera sobre mi pelo, mis pechos y mi cara. Y caí de nuevo en una fase de sueño profundo, reparador, pero agitado, para al instante recobrar la ensoñación. Yo tumbada sobre un costado, él dormitando pegado por detrás de mí, los dos cuerpos respirando al compás, alineados, encajados, su brazo derecho abrazándome sobre mis pechos, el descanso del guerrero pero delatado por su pene, que muy poco a poco crecía, palpitando y recogido entre mis nalgas, como si fuera su lugar de encaje perfecto, y también veía como esta vez lo guiaba yo a casa, con mi mano, desde atrás inclinado un poco adelante mi cuerpo para facilitar el acople y esas punzadas de placer cuando su glándula rozaba mis labios y resbalaba. Al estar dentro de mí observaba cómo su cuerpo se activaba y volvía a bombear, golpeando sujetándome por la pelvis o estrujándome los pechos todavía pegajosos, impactando sonoramente contra mis glúteos y lo notaba todo y sabía que me correría, que esta vez era la mía, aunque él también llegaba, pero yo lo conseguiría y extendía mi cuello, la boca abierta, luchando por respirar con un dedo suyo jugando con mis labios, arriba y abajo. Y de nuevo esa sensación húmeda de su carga dentro de mí, profunda y cálida, y en ese mismo instante el comienzo de mi orgasmo.

Y entonces me desperté sobresaltada, como cuando despiertas de una pesadilla en la que te estás cayendo a un pozo, pero, al contrario, como llamada por una luz; de hecho, un rayo de sol impactaba en mi cara, entrando por una de las ventanas de la habitación, que se colaba porque no había bajado las persianas. Casi grito al recuperar la vigilia, histérica y especialmente defraudada por no haberme corrido.

Miré alrededor con cierto temor. Tenía puesto mi camisón, aunque no llevaba bragas, era fácil intuirlo por el cálido frescor que notaba en mi entrepierna. A la izquierda, colgando de una percha que estaba sobre la manilla del armario, estaba mi precioso vestido verde, perfectamente colocado, y a la izquierda el cuerpo de un hombre, acostado boca abajo, los

brazos sobre la almohada, pero sin tatuaje tribal en el hombro. Lo podría reconocer hasta por la forma de respirar incluso por su olor corporal y su calor, aunque ahora la luz de la mañana lo delataba, era mi marido.

Joder, todo había sido un sueño húmedo, tan real, tan vívido, tan excitante; de hecho, mi sexo palpitaba, henchido, húmedo y suplicando por el orgasmo del que le acababa de privar. Mi marido seguía durmiendo profundamente. Sin esperar mi mano acudió al auxilio, el contacto me produjo una descarga eléctrica, paroxística, casi cruel... intentaba no hacer ruido, no delatar mi acto, pero era imposible parar y en un instante me corrí como nunca, completamente, de manera silenciosa, pero gritando de forma salvaje por dentro, como una ola que recorría mi cuerpo, como entrando en resonancia con el universo.

Tardé minutos en recuperarme, drogada por los efectos de las endorfinas liberadas por el placer. Mi marido se había dado la vuelta, se le notaba más despierto, pero todavía medio dormido, quizás alerta por la intuición.

Me levanté, intentado no hacer ruido. El aire estaba impregnado de un olor a hormona, a sexo reciente... escapé furtivamente de la habitación y corrí hasta el baño, cerrando la puerta detrás de mí y echando el cerrojo, como si me escondiera de un delito. Necesitaba una ducha, mi cabeza todavía daba vueltas, estaba claro que el alcohol hacía estragos en mí. Deslicé mi cuerpo fuera del camisón, notando el frío del aire en mi piel todavía sensible por el orgasmo. De repente, cuando me disponía a echar a lavar el camisón, me di cuenta de que en el fondo de la cesta de la ropa sucia estaban mis medias. Las cogí con miedo, como quien sostiene aterrado el arma del delito. Aparentemente estaban limpias, incluso las acerqué a mi nariz de manera animal, sin obtener respuesta. Me sentí momentáneamente aliviada, me di la vuelta y me apoyé sobre el lavabo, entonces sonaron dos golpes en la puerta, era Marcos, mi marido.

— ¡Esther! ¿Estás bien?

—Sí, cariño, claro —respondí con voz temblorosa.

— ¿Seguro?

—Sí, claro, por qué no lo iba a estar.

—Es que anoche te pasaste bebiendo.

—Ya lo sé, amor, ya lo sé...

—Me dio pena despertarte cuando llegué. Parecías muy dormida, pero muy alterada.

— ¿Sí? —contesté con un fino hilo de voz—. Entonces levanté la cabeza y vi mi reflejo en el espejo, pálida, desencajada, trémula, y con un mechón pegajoso de pelo en el lado izquierdo de mi alborotada melena. La confusión me ahogaba, no podía respirar, estaba en

shock, temblando.

—Te acompañó Ramón a casa —Sus palabras rebotaban como un eco, como si no entraran por mis oídos e impactaran directamente sobre mi cerebro— ¿No te acuerdas? Era incapaz de articular palabra, mi mano izquierda tocando el mechón de pelo acartonado, como una niña rota ante un juguete estropeado — Esther... — insistía mi marido— ¿estás bien?

—Sí —Mi voz parecía ajena—. Me ducho y salgo.

Pero ningún torrente de agua de este mundo podría lavar la confusión que secuestraba mi cerebro.

Veinticuatro horas

Mi novio y yo habíamos alquilado una casa para pasar unos días. Al llegar vimos dos casas idénticas, separadas por un huerto. Una era la nuestra, en la otra vivían los dueños, una pareja madurita muy agradable y su hijo universitario, que se encontraba esos días de vacaciones.

Nos instalamos en apenas unos minutos. No teníamos mucho equipaje porque íbamos para pasar solo tres días. Marcos y yo llevábamos saliendo cuatro años, pero todavía vivíamos cada uno en casa de nuestros padres, de manera que la oportunidad de estar solos y dormir juntos era un sueño. La cosa pintó mal desde el principio, porque mi novio descubrió que se había dejado los preservativos en casa y sabía que sin ellos no habría fiesta. Por aquel entonces yo estaba muy formal con el asunto, no solo porque era muy joven y quería evitar un embarazo, sino porque pese a estar en una relación seria, de vez en cuando había tenido algún desliz, y no era tan ingenua para pensar que Marcos no habría tenido los suyos.

La casa estaba en un pequeño pueblo y era imposible conseguirlos. No nos quedaba otra opción que comprarlos en una farmacia de la capital, durante la visita que teníamos planeada al día siguiente.

Fui a darme un baño. Me vendría bien para refrescarme del viaje, pero también para quitarme el calentón. El baño estaba en la planta superior de la casa, tenía una ducha gigante en un extremo y en el otro una cristalera enorme, que tenía unas vistas privilegiadas. El agua resbalaba por mi cuerpo y de manera instintiva me empecé a acariciar, aprovechando la suavidad del gel y el calor del chorro de agua, que se deslizaba como una cascada sobre mi cabeza. A través de la cristalera vi al hijo de los dueños en el huerto. Me estremecí y dejé mi ritual. No parecía que me hubiera visto, aunque si levantaba la mirada podía hacerlo, porque aquella cristalera era muy poco discreta. Me entretuve mirándolo, era muy atractivo. Su cara de niño no correspondía con su cuerpo de hombre. Decidí acabar de ducharme y no dar un espectáculo. Me enjaboné por última vez y al acabar de aclararme y volver a abrir los ojos allí seguía, pero esta vez él también estaba mirándome. Intenté disimular y dejé que el agua se

deslizara por mi cuerpo, sabiendo que me exponía, y sin pensar en las consecuencias me empecé a acariciar de nuevo, exagerando mis reacciones, pero totalmente entregada a ese momento. Aunque seguía mirando por el rabillo del ojo para no delatarme, sabía que él también se estaba tocando. De repente, mi novio tocó la puerta del baño.

—Esther, ¿estás ahí? —preguntaba Marcos.

—Sí, claro, amor, estoy duchándome. Ahora mismo acabo —respondí y salté de la ducha para evitar ser atrapada en esa circunstancia morbosa y culpable. Salí al instante tapada solo por una toalla.

— ¿Estás bien? — preguntó mi novio—. Pareces acalorada.

—Sí, es que el agua estaba muy caliente —Le di un beso y corrí hacia la habitación dispuesta a que no se diera cuenta de mi calentura.

Aquella fue una noche larga, cálida y de sueños húmedos.

Nos levantamos pronto porque teníamos contratada una visita guiada a la Alhambra. En el camino encontramos una farmacia.

—Mira, Esther, una farmacia —me dijo Marcos guiñándome un ojo—. Habrá que aprovisionarse.

—Sí, pero está cerrada, cariño, a la vuelta volvemos pasar.

Nuestro guía en la Alhambra era un chico de unos treinta años, de tez morena y ojos azules. Tenía un encanto único. No era capaz de entender qué me pasaba. Ayer flirteaba con el hijo de mis caseros y ahora estaba suspirando por el guía. No podía dejar de mirarle y era evidente que él se sentía observado. Cuando se cruzaban nuestras miradas, él la mantenía y a mí me parecía que me podría ahogar en ese mar que eran sus ojos.

La visita transcurrió de manera agradable, el tiempo acompañaba y había un olor especial en el aire. Llevábamos unos auriculares para escuchar las explicaciones del guía, que las transmitía a través de un micrófono. Él hablaba en un tono bajo, inaudible para el resto del público y perfecto para la gente de nuestro grupo, pero yo sentía que me hablaba a mí. Su voz era profunda y muy sensual. Llegamos al Patio de los Arrayanes y nos habló del pabellón destinado al harén del sultán. Cuando lo dijo me miró de forma directa a los ojos y me sostuvo la mirada, yo aparté la mía para no descubrirme, de la misma manera que intentaba esconder mis mejillas ruborizadas.

— ¿Te encuentras bien? —me preguntó Marcos—. Pareces acalorada.

—Sí, amor, sólo estoy un poco cansada.

Y entonces continuó contando el amor prohibido entre una de las mujeres del sultán y un

caballero noble. Yo seguía clavada en sus ojos y embriagada por su sensual voz, mientras describía las aventuras amorosas que habían poblado esos pasillos hacía más de mil años. Y por algún hechizo de su persona y de ese lugar increíble que estábamos visitando, no podía evitar pensar que yo era esa princesa adúltera y él ese caballero.

Finalmente salimos al patio exterior, correspondiente con la entrada al propio complejo histórico.

—Bien, tenemos treinta minutos de descanso —nos informó el guía—. Nos volveremos a ver aquí a las doce —De nuevo me volvió a mirar como si me quisiera decir algo.

— ¡Buah! —exclamó Marcos— Yo voy a ir al baño, que no aguanto más, y después saldré fuera a fumarme un cigarro.

—Yo aprovecharé para echar un vistazo a la tiendas — contesté.

—Perfecto, te busco luego —Me dio un beso y se fue.

Giré y le vi. El guía me miraba de manera intensa y me hizo una señal. Miré hacia atrás... ¿estaría dirigiéndose a otra persona? Pero no. Volvió a repetir el gesto, se dio la vuelta y comenzó a andar a lo largo del palacio. Le seguí y cuando llegué a la esquina en la que estaba, vi cómo se metía en una puerta vigilada por un guarda. Dudé un momento, avancé hacia la esquina y cuando me acercaba vi un letrero sobre la puerta que indicaba “acceso restringido”.

—Señorita, puede pasar —Me indicó de manera natural el vigilante. No entendí nada, pero lo hice.

Ya dentro del pasillo privado pude verle al final de un largo corredor y me dirigí hacia allí. Al hacerlo llegué a una estancia que no contaba con más salidas, era una habitación grande, con paredes sobrias de mampostería. En un extremo había una especie de puerta, perfectamente disimulada, salvo por el hecho de que estaba solo ligeramente abierta en un extremo. La empujé con cierto miedo. El interior estaba oscuro y era angosto, con unas escaleras que descendían en total penumbra, y de una altura también escasa. Comencé a bajar las escaleras. Apoyé las manos en las paredes, que estaban congeladas, al fondo se adivinaba una luz y el ruido de unas de voces.

De repente, accedí a una habitación grande, iluminada de manera artificial. Parecía una cueva y habría media docena de personas, vigilantes y guías, descansando y charlando de manera despreocupada.

—Sigue por aquella puerta, cariño, no tiene pérdida —me dijo una mujer.

Era una puerta en el otro extremo, atravesé casi de un salto la habitación teniendo la sensación de estar donde no debía. De nuevo unas escaleras, todavía más estrechas y oscuras,

estas ascendentes. Avanzaba agachada, a tientas y los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos, mi cabeza luchando entre una voz que le pedía seguir y otra que me preguntaba qué hacía. Y después de un tramo empinado y agónico, de nuevo la luz al fondo, y al salir una nueva habitación, luminosa, blanca, radiante y en el centro, justo delante de una ventana sin cristal enmarcada por unos arcos bellísimos, estaba él; de espalda, mirando hacia la ventana, su ropa tirada en el suelo, descalzo y vestido únicamente con una especie de chilaba de seda, finísima, blanca como la nieve y translúcida como un velo, a través de la cual se adivinaba su cuerpo, su espalda musculada, sus glúteos y sus piernas. Me quedé paralizada. Mi corazón saltaba en el pecho, la boca seca, con miedo pero con ansia, con una mezcla extraña de sentimientos y a la vez muy húmeda, respirando de forma audible y entrecortada.

Y sin pensarlo ni medir las consecuencias me desnudé, quitándome las deportivas, la falda, la chaqueta, la camiseta de tirantes y el sujetador, deslizándolos al suelo y dejándome solo cubierta por mis bragas blancas. Me acerqué a él, sintiendo el frío suelo en los pies y el aire en el resto del cuerpo, contrastando con mi sexo húmedo y caliente. Y sin dudarlo me pegué a su espalda, abrazándole a la altura de su abdomen, torneado y velludo, sintiendo al momento el calor proveniente del infierno de su cuerpo. Ni se inmutó, parecía ajeno y distante. Mis manos descendieron hacia su pene, todavía flácido y lo agarré tímidamente, casi con respeto, sopesando su peso, y como si fuera el pomo de la puerta del paraíso. Al instante noté su reacción en su respiración y en su cuerpo, y de repente se tensó, su miembro comenzó a crecer de manera ostensible, mientras seguía atrapado en la jaula de mi mano.

Entonces se volvió y de nuevo me miró con esos ojos hipnóticos que me hechizaban. Se quitó la chilaba y la colocó de manera delicada sobre un altar de piedra, una especie de banco alto, pero de aspecto litúrgico, a un metro de la ventana. Como si fuera una muñeca de trapo me tumbó sobre el altar con las piernas flexionadas, los pies apoyados y mi sexo húmedo e hinchado cercano al borde. En todo momento era consciente de que lo iba a pasar a continuación y fui incapaz de resistirme o de negociar condiciones. Retiró de manera brusca hacia un lado mis bragas y apoyó su glande en mis labios, generando una descarga eléctrica que me erizó el cabello y mirándome a los ojos de nuevo comenzó a empujar. Yo lo notaba todo, como su polla avanzaba en mi interior y como me ajustaba a ella, su contorno y como mis flujos resbalaban por su tallo, facilitando el acople, hasta que llegó al final, como quien se da de bruces con una pared, pero continuando con la presión, de forma que notaba su pene doblarse y hacerse más ancho dentro de mí. Mi cabeza dando vueltas y mi boca dando una bocanada larga, intentando robar con urgencia oxígeno a la atmósfera. Comenzó a bombear y yo era la mujer más feliz del mundo cuando entraba, y me sentía desvalida y abandonada cuando salía, como si se fuera a escapar. Su ritmo era profundo y sereno, como su voz; pero

sus ojos, clavados de manera alternativa en mis ojos, mi cuerpo y nuestros sexos acoplados seguían siendo salvajes. Tras unos minutos deliciosos, sin mediar aviso paró. De un golpe me arrancó las bragas y me las metió en la boca. Al instante me dio la vuelta. Mi tórax y mis pechos apoyados en el altar de piedra y los pies en el suelo, mientras con una mano me empujaba y me aprisionaba contra la piedra, y con la otra llevaba su capullo hacia mi culo. Di un respingo, consciente de lo que pasaría, aunque yo tenía poca experiencia por esa vía, fuera como fuera me moría por volver a tenerlo dentro de mí. Sin dilación empezó de nuevo a empujar su polla por mi culo, muy fuerte, pero con control. De mi boca brotaban sonidos guturales, ahogados por la mordaza que suponían mis bragas en mi boca. Era violento y excitante sentirme usada por un cabrón como aquel, que lamía mi cara de forma salvaje, sin dejar de encularme. Al instante, aceleró el movimiento de su cadera, mi esfínter plenamente rendido al paso de su polla, de manera que con cada percusión mi sexo se rozaba contra la chilaba de seda que me separaba de la fría roca, produciéndome un extraño placer.

De repente salió de mi culo, y en menos de una fracción de segundo me volvió a dar la vuelta, manejando mi cuerpo como si para él la ley de la gravedad no contara, me libró la boca de la presa de mis bragas y me sentó justo al borde del altar, elevando mis piernas a la altura de sus caderas, y de un movimiento hábil volvió a entrar en mi coño y justo en ese mismo momento, en el preciso instante en que su polla de nuevo avanzaba en el interior de mi vagina, como quien aprieta un interruptor, sentí mi sexo vibrar y licuarse, mi boca llenarse de saliva y mis sentidos erizarse, sintiendo todo como de forma animal, el fresco del aire, la dureza de la piedra y de su pene que parecían interconectados, ese olor dulzón e incluso una mezcla de sonidos indistinguibles, pero bellos y me corrí como nunca cayendo a un pozo de placer, mientras apretaba su cuerpo con mis piernas entrelazadas y él comenzaba una embestida de ritmo frenético. Y todavía aturdida pude notar que él estaba a punto. Y sabía lo que venía después y aunque tuve un instante de terror por estar sin condón, mi cuerpo me rogaba que dejara que pasara. Y al instante se tensó, como una vara de avellana formando un arco, y ya era el punto de no retorno, además, sus manos estaban clavadas en mis caderas y su pene jugaba con mi sexo en una cadencia de ritmo menor, pero de profundidad mayor, y seguidamente una marea cálida, espesa, que la playa de mi cuerpo nunca había alojado y que me hizo sentir completa.

Permanecimos unos segundos abrazados, de forma cálida y agradable, manteniendo la postura. Entonces se separó y de nuevo me miró, y por primera vez me besó. Su lengua luchaba con la mía y nuestra saliva se mezclaba, y entonces, como quien suelta una ventosa, su pene flácido salió de mi vagina y podía notar claramente como su simiente huía de mí, cayendo hacia el suelo... era tan agradable sentir su saliva en mi boca y su semen en mi cuerpo, que me

hubiera quedado allí contemplando el paso de los siglos.

—Vete. Es casi la hora. Solo tienes que volver por el camino por el que has venido —Me di cuenta de que fueron la primeras y únicas palabras que me había dicho y se separó a un lado—. Fue como si me despertaran de un sueño precioso para tener que ir al colegio. En un minuto me coloqué la falda y la camiseta, los zapatos y la chaqueta. Regresé por aquellos angostos pasillos, sin salir por completo del trance y con una mezcla de horror y éxtasis.

Al llegar al exterior miré hacia la explanada. Allí estaba Marcos, se notaba que me estaba buscando. Me deslicé un poco hacia un camino a cubierto detrás de unos setos, no quería que me viera salir de esa zona que no correspondía con la visita y avancé por él, hasta llegar a un punto más alto, a la altura de la tiendas de regalos. Entré en una de ellas sin que me viera y me dirigí al baño. Tenía que recomponerme un poco, no reconocía la imagen que el espejo me devolvía, con el pelo alborotado y la mejillas rojas... Me lavé y me peiné. También tuve que limpiarme el sexo, húmedo de lo mío; y el vello, los labios y los muslos pegajosos de lo suyo.

¿Cómo he podido dejar que se corra dentro de mí? Pensaba martirizándome.

Salí al encuentro de Marcos.

—Madre mía, ¿dónde te habías metido? —Se le notaba preocupado.

—Me he liado en las tiendas —contesté sin poder mirarle a los ojos.

— ¿Estás bien? —me preguntó—. Nos estamos perdiendo la segunda parte de la visita, ya ha venido el guía y ha comenzado el tour.

—Uf, estoy cansada, Marcos. ¿Y si lo dejamos?

—No fastidies. Buf, bueno, en fin, como quieras.

Bajamos andando hacia la plaza por un camino precioso, los dos de la mano, prácticamente en silencio. Mi cabeza no paraba de dar vueltas y estaba preocupada. En apenas un cuarto de hora habíamos llegado abajo.

—Mira, Esther, la farmacia —me dijo Marcos haciéndome un guiño.

—No, espera, voy yo —dije con urgencia, cuando me vino como un flash una solución.

— ¿Y eso...? Si tú nunca quieres comprar los condones. Si siempre dices que te da mucha vergüenza.

—Ya, pero necesito comprar otra cosa —le dije—, cosas de chicas.

Entré en la farmacia, gracias al cielo no había nadie. Cogí una caja de condones de una balda y me acerqué al mostrador. Detrás un hombre adulto, para más delito bastante atractivo.

—Te cobro los preservativos— dijo el farmacéutico

—Eh... no, perdón sí —contesté.

— ¿Necesitas algo más?

—Sí, la verdad es que sí.

—Bien, dime...

—Bueno, he tenido relaciones sexuales... y en fin... se han corrid... vaya que han eyaculado dentro, y me estaba preguntando si podría comprar sin receta la píldora del día después.

—Sí, hay una sin receta —contestó—. ¿Cuándo has tenido exactamente las relaciones?

—Bueno, no creo que haya pasado una hora — Probablemente fueron cosas mías, pero pude sentir como el farmacéutico me miraba de manera morbosa durante una fracción de segundo.

—Bien, pues te daré esta, y tecleó algo en el ordenador, tienes que tomarla dentro de las primeras veinticuatro horas desde la relación, yo te aconsejo que lo hagas esta noche, porque en las primeras ocho horas puede generar algún síntoma leve, pero incómodo.

—Gracias —dije.

El resto del día transcurrió de forma sencilla. Comimos en un restaurante árabe y después paseamos por el centro. Aproveché para comprarme unas bragas que me puse en el baño de una cafetería. Parecía que estaba más tranquila, pero todavía tenía muy presente lo ocurrido, especialmente en mi culo, un poco molesto.

Volvimos al pueblecito. La media hora de trayecto la pasé dormida, arrullada por el traqueteo del motor y el calor del sol que atravesaba la ventana.

Y por fin en la casa.

—Igual habría que estrenar esa caja de condones, ¿no? —me dijo Marcos mientras metía la mano en la bolsa de la farmacia. Pero sacando sin querer y antes de que pudiera remediarlo, la caja de la píldora del días después. Su cara expresaba su incertidumbre— ¿Y esto?

—Ya... pues verás... —No sabía qué contestar, estaba en shock. De repente, la mirada de Marcos se iluminó.

No me jodas que por fin me vas a dejar que me corra dentro —dijo exultante.

—Sí, eso es, amor —Mentí—. Era una sorpresa —sonreía de manera artificial.

—Joder, ¡qué bien! —me dijo abrazándome— ¿puede ser ya?

—Mejor me doy una ducha y después, ¿no? —contesté a sabiendas de cómo tendría lo de abajo.

— ¡No! —respondió y me agarró de la mano empujándome escaleras arriba.

En dos minutos estaba acostada en la cama, con mi novio entre las piernas, con una excitación propia de un búfalo que auguraba que la cosa sería corta. Aparentemente no se había dado cuenta de nada y había tomado posesión de su castillo sin saber que otro príncipe había regado anteriormente el jardín de su princesa, y efectivamente en cuestión de unos minutos se derramó dentro de mí. De nuevo esa sensación que experimentaba por segunda vez, pero esta vez más delicada, aunque no pude disfrutarla del agobio de pensar que por algún motivo él se diera cuenta. Y nos quedamos dormidos abrazados, de manera suave y dulce.

Desperté sobresaltada. Mi novio seguía profundamente dormido. Miré el reloj, había anochecido, pero eran solo las diez de la noche. Decidí levantarme, sobre todo, darme una ducha porque me daba la sensación de estar pringosa y cenar algo para reponer fuerzas. No quería despertarlo, así que me vestí solo con su camiseta, que me quedaba como un vestido mini y unas chanclas, y salí a hurtadillas de la habitación.

Pensé primero en fumarme un cigarro antes de la ducha. Fumaba muy poco, pero este lo tenía merecido. Salí por la puerta de atrás de la casa, en la parte contraria al huerto y a la casa de los dueños, que daba a una terraza pequeña, acotada con un pequeño muro de ladrillo francés. Las vistas de este lado, también eran aéreas y espectaculares. El cigarro me mareaba, pero también me reconfortaba. Todavía notaba las heridas del día de hoy y especialmente mi sexo parecía esponjoso y extraño. Era una gozada sentir la brisa que se colaba por debajo de la camiseta y acababa formando remolinos en los labios. Entonces sentí que me agarraban por las caderas, me sobresalté y se me cayó el cigarro de los dedos.

— ¿Qué vaquero, ganas del segundo round? —le dije sin darme la vuelta y meneando como una gata en celo mi culo para restregarlo en su paquete—. Entonces levantó la camiseta hacia mis caderas, mientras yo le ofrecía mi grupa.

— ¡Buah! Si no llevas bragas — Y esas palabras rebotaron en mi cabeza como si no fueran reales—. Joder, no era Marcos. Me di la vuelta asustada e instintivamente, con todas mis fuerzas empujé al extraño, que no se lo esperaba y retrocedió unos metros, para quedar justo debajo de la única luz que alumbraba la terraza.

—Pero tú... —dije asombrada— Pero si eres el hijo de los dueños, ¿no?

—Sí, claro —respondió—. Pensaba que podíamos acabar lo de ayer.

— ¿Pero tú estás loco? ¿Acabar el qué? Si te pilla mi novio te parte por la mitad— El pobre tenía una cara que era un poema. De cerca era más bajo de lo que me había parecido, pero también más guapo.

— ¡Hostias! Lo siento de verdad. Ha sido un malentendido. No se lo digas a mis padres, por favor —Daba mucha lástima, con los ojos casi llorosos, sin embargo, su paquete no estaba al tanto, se notaba que estaba a tope y a su aire.

—Bueno, tranquilo, que no ha pasado nada —le dije intentando no hacer leña del árbol caído.

—Es que desde que te vi ayer en la ducha no he podido dejar de pensar en ti. Estás buenísima. Yo pensaba que tú sabías que te estaba mirando... lo siento mucho— Hasta temblaba un poco.

—Que sí, tranquilo, en realidad fue culpa mía porque un poco de tonto ya hubo —le dije intentando poner paz— De todas formas el soldadito lo tienes preparado para la guerra, ¿no? —le dije divertida, señalando su paquete.

—Uf... sí, perdón —dijo e intentó a la vez tapar el bulto con las manos.

—No te habrás estado pajeando hoy a mi cuenta, ¿no? —le dije empezando a divertirme y a excitarme con la situación.

—No —dijo.

— ¡No me mientas! —le grité.

—Bueno, sí, un par de veces... — confesó sin mirarme a los ojos.

—Pero bueno —le dije como si le regañara, pero con una curiosidad insana y una excitación creciente por momentos, y de nuevo sabía que debía dejarme llevar y que además ya no tenía importancia — Vamos a ver qué tienes ahí— Y me adelanté hasta él y tirando del elástico de su bermuda y del calzoncillo liberé su polla. Me quedé perpleja sin poder articular palabras, mirando esa polla que parecía irreal, prácticamente del grosor de un vaso de tubo y que le llegaba al tío hasta el ombligo.

— ¡Madre mía! ¿Pero todo esto es tuyo? —No me lo podía creer, cómo demonios podía haberme metido otra vez en una situación así. Aquella polla tenía gravedad propia y no pude remediar adelantar la mano derecha y agarrarla, y al hacerlo sentir un trallazo.

—Buf... mira, hagamos una cosa, te voy a dejar dar un viaje, pero cómo te vayas de la lengua o me des la chapa el resto de días que me quedan aquí te echo a los perros —Le amenazaba con el dedo índice de la mano izquierda sobre su nariz, mientras que con la derecha seguía agarrada a aquel bate.

—Ven aquí, anda... —Me quité la camiseta y bajé sus bermudas y calzoncillos, volviéndome a poner como estaba al principio de espaldas cara al muro, con la mano izquierda apoyada en su borde y con la derecha intentando maniobrar con su polla hacia mi sexo.

—Agáchate porque si no lo haces no va a haber forma de aparcar este tráiler —De nuevo, en un mismo día, tenía una polla llamando a la puerta y solo liberando mi peso fui descendiendo durante segundos infinitos por aquel poste, esperando a que mi lubricación me echara una mano, y como si hubieran dado un pistoletazo de salida, el chaval empezó a empujar de manera frenética, agarrado con ambas manos a mi culo, haciéndome botar de manera bestial y mis tetas saltando de forma sincopada.

—No, no, no... —le dije mientras me giré un poco para mirarle a los ojos y acariciarle la cara—. Tranquilo, déjame a mí no hagas nada, que manejar esto requiere experiencia— Dicho esto, empecé a moverme suavemente, con un vaivén ligero y circular, era increíble la manera en la que me llenaba, estaba a punto de correrse y paré.

—Espera, tranquilo —Volví a girarme hacia él y le dije que aguantase un par de minutos—. Piensa en otra cosa o mira para otro lado, pero dame dos minutos porque algo así solo se prueba una vez en la vida.

—Va... vale —dijo temblando

Y de nuevo me concentré en lo mío, era una sensación grandiosa y plena, para ganar estímulo con mi mano derecha acariciaba mi clítoris para avanzar más deprisa e intentaba mantener un ritmo calmado acorde al apaciguamiento de las ansias del vecino, pero según empezaban a sonar los tambores en mi cabeza, signo de que venía una ola, yo también estaba desbocada y empecé a botar sobre ella, al límite del dolor, en la frontera entre la elasticidad y la plasticidad. Estaba claro que él se vendría en segundos, como la cuenta atrás de un cohete, pero yo seguía luchando por llegar a la meta. Le notaba tensarse detrás de mí, empujando, cuando se lo había prohibido por completo y esta vez fue fácil interpretarlo, no en vano era mi tercera vez en un día y noté cómo se hinchaba y empezaba a vibrar, y al hacerlo un orgasmo gigante, diferente, explosivo y ondulante recorrió todo mi cuerpo, corto e intenso como un portazo, mientras de aquella polla no dejaba de manar leche. Salí al instante, liberando mi sexo y aquella polla seguía dando espasmos y soltando todavía algún trallazo en sus últimos estertores.

Me abracé a él para mantenerme en pie, entre los dos descansaba su pene, con una presencia todavía imponente y pensé que podía hacer de aquel día el mejor de su vida, de manera que me arrodillé, agarré su polla con la mano y empecé a lamerla, limpiando sus restos y los míos, lanzando miradas furtivas hacia arriba, para comprobar sus reacciones, y cuando acabé el trabajo me incorporé muy digna.

—Tenemos un trato —le dije

—Lo tenemos —me dijo mucho más calmado—, aunque ahora que has empezado

podrías seguir un poco y acabar de comerme la polla, ¿no?

— ¡No te flipes! Mantén tu palabra —Sin más me puse la camiseta y corrí hacia la casa directa a la ducha, dejando un reguero de lo suyo a lo largo del camino.

Al salir de la ducha estaba derrotada. ¿Qué coño me pasaba? ¿A qué venía esa locura de día? Pensaba mientras me secaba el cabello con una toalla y miraba la imagen desnuda que me devolvía el espejo, y en la esquina al lado del neceser estaba la bolsa de la farmacia con la píldora. La saqué del envoltorio y me preparé un vaso de agua... la miré antes de tragármela como quien mira a un héroe que va a la batalla.

El resto de días allí fueron felices para los tres: para mi novio, para los condones y para mí.

Un postre muy singular

Aquel verano solo pudimos cogernos cinco días de vacaciones. Fuimos a un pueblo costero del norte de España. La última noche decidimos cenar en un sitio elegante.

Me vestí lo mejor que pude. Recuerdo aquel vestido muy ceñido, con zapatos de tacón de aguja. Era consciente de que me sentaba muy bien. Yo entonces cuidaba mucho mi físico y hacer deporte era una rutina constante que mi cuerpo agradecía.

Cuando llegamos al restaurante, tuvimos la sorpresa de que íbamos a estar prácticamente solos.

Enseguida nos atendieron y empezamos a cenar. El jefe de sala era un tipo encantador. No pude dejar de fijarme en él desde que le vi. Tendría unos cuarenta años y un aire canalla, una piel devorada por el sol y un pelo negro algo rizado y bastante largo. Se llamaba César. Me pareció que tenía cierto acento, pero no conseguía adivinar su procedencia.

La cena estaba siendo fantástica y estábamos acompañados de un vino maravilloso que nos había recomendado César, y que me estaba afectando porque no acostumbro a beber. Además, el ambiente era increíble. Estábamos en un rincón del comedor poco iluminado y con solo otras dos mesas que iban más avanzados que nosotros. En aquel momento mi novio rompió la magia.

— ¿Te has fijado cómo te mira César? —Le tienes mirándote cada vez que puede.

— ¿Qué dices? —contesté airada— Son cosas tuyas. Por aquel momento empezábamos nuestra relación y él tenía la sensación de que siempre había algún hombre a mi alrededor tirándome la caña.

—Hazme caso que sé lo que digo —insistió.

No le engañaba con que no me había dado cuenta, seguramente porque estaba a lo mío, pero consiguió el efecto contrario, a partir de ese momento fue inevitable que me pusiera en guardia.

—Enseguida traemos los segundos —avisó César acercándose a nuestra mesa—. ¿Estáis disfrutando?

—Mucho —le dije mirándole directamente a los ojos—. Una mirada intensa y provocativa fruto del alcohol. Él enseguida captó mi tono.

Me encanta que una mujer como tú disfrute con nosotros —dijo de forma encantadora y macarra a la vez, sin parecer que le importara que mi novio estuviera allí.

— ¿Ahora me seguirás diciendo que son cosas mías? —preguntó mi novio con la voz temblorosa, probablemente presa de una extraña excitación.

—Bueno, no te pongas paranoico —respondí.

— Qué pasa, ¿te gusta ese tío?

— ¿Qué dices? —respondí haciéndome la digna.

—A mí no me engañas —Volvió mi novio a la carga.

—Bueno, sí, está bien... tiene morbillo, pero ya está.

— ¿No te estarás calentando con el camarero?

— ¡Pero bueno...! —respondí de nuevo airada.

—Contéstame —dijo en tono inquisitivo—. No estaba acostumbrada por entonces a estos juegos y me parecían raros, pero estaba animada por el vino y decidí elevar la apuesta.

—Sí —contesté desafiante mirándole a los ojos y comprobando cómo le afectaba—. Me estoy poniendo caliente como una perra.

— ¡Uf! —suspiró mi novio— Te propongo un reto —me dijo al momento—. Vete al baño, quítate las bragas, vuelve, dámelas, y esperamos al segundo plato.

— ¡Ni de broma!

— ¿Te cortas? —preguntó como burlándose de mí.

—No me corto, pero no le veo la gracia.

—Ya veremos si la tiene o no —dijo mi novio— ¿Tienes miedo a comprobarlo?

Decidí darle un escarmiento y me levanté de repente viendo de nuevo su cara de sorpresa. Justo pasaba por allí César hacia otra mesa.

—Perdona, ¿los baños? —le pregunté ofreciéndole la mejor de mis sonrisas.

—Al fondo, bajando unas escaleras —espera que dejo este plato y te acompaño —me respondió devolviendo una sonrisa igual de caliente.

Le seguí, atravesando el local, dejando la barra a la izquierda y llegando a unas escaleras que bajaban haciendo un giro.

—Es por aquí abajo, preciosa, ¿necesitas algo más? —me preguntó mirándome provocativamente de arriba abajo.

—Creo que no, pero si necesito tu ayuda te aviso —dije colocando mi mano derecha en su hombro y sorprendiéndome a mí misma por mi respuesta y mi actitud.

—Estaré encantado de ayudarte en lo que quieras —dijo de forma chula sin dejar de mirar mi cuerpo.

Giré rápido y bajé por las escaleras un poco mareada, los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. Estaba empezando a estar muy caliente. Entré al baño y me apoyé en el tocador, mirando la imagen que me devolvía el espejo. El rubor de mis mejillas me delataba y los pezones se me marcaban a través de la tela del vestido. Entonces, sin pensar que pudiera ser pillada, elevé el vuelo de la falda del vestido hacia las caderas y tirando del elástico de las braguitas, deslicé una pierna y luego otra, guardando el trofeo en una de mis manos. La mano libre, como si estuviera hipnotizada, acabó en mi sexo, el dedo medio jugando con mi clítoris, presionando suavemente hacia mi interior, húmedo y cálido. Mi mano me estaba matando de placer y a la vez estaba alerta, con miedo a que me sorprendieran, en medio del baño, en esa actitud tan vulnerable. Paré en un minuto por miedo a ser descubierta y porque sabía que si seguía otro minuto más sería incapaz de parar. Deshice el camino y subí las escaleras, prácticamente en trance por el episodio vivido, y al llegar a la planta del comedor giré a la izquierda y casi tropiezo con César.

— ¿Todo bien, guapa? —preguntó—. Ya veo que no has necesitado ayuda.

—Me he apañado yo sola —le contesté.

Estaba a poco más de un palmo de su cuerpo y podía sentir su fragancia, mezcla de perfume y tabaco, e incluso una oleada de su calor que me golpeaba la cara, en contraste con el frescor que notaba de mi sexo liberado y su humedad provocada por las caricias de mi mano.

—Que no me entere yo que te vuelves a apañar sola —dijo guiñándome un ojo y dándole una vuelta perversa a mi expresión.

Y entonces hice algo extraño rozando la inapropiado, con mi mano, aquella con la que segundos antes me había masturbado, acaricié su mejilla izquierda y su barba, queriendo dejar

el rastro de mi sexo sobre su cara. Él permaneció tenso, alerta, pero pasivo, como sopesando la situación. Escapé de su influjo y me dirigí hacia la mesa donde estaba mi novio, dando la espalda, pero girado sin perder detalle. Recuerdo esos metros que me separaban de la mesa como un trayecto por el infierno, el infierno del deseo y la situación de calentura en la que me encontraba. Al llegar a su altura, me acerqué e inclinándome le di un mordisco suave en el cuello, y abriendo la mano disimuladamente dejé caer mis bragas en su regazo. Al instante dio un respingo y se las guardó en el bolsillo. Se le notaba acelerado, respirando de forma pesada. Empujé mi silla y la coloqué un poco descentrada, para darle ángulo. Me senté y crucé teatralmente las piernas, mostrándome y dejándole en absoluto trance, en aquel momento llegó César con los segundos, lo cual me preocupó por si se había percatado del juego con mi novio.

—Aquí están, chicos, que los disfrutéis.

—Eso espero —le dije de nuevo provocativa, mientras descruzaba y cruzaba en el otro sentido las piernas.

—A ver si te apañas sola con todo ese plato o necesitas ayuda —dijo con segundas.

—No tengo problemas en pedir ayuda si la necesito —le dije devolviéndole el comentario—. Mi novio nos miraba sin perder comba, pero sin entender a qué nos referíamos.

La cena acabó poco después. Pasamos del postre, pero César nos invitó a un vodka que era producto local y que nos sugirió beber solo. Pagamos la cuenta y salimos, despidiéndonos de César, que aprovechó para dar la mano a mi novio y a mí dos besos, que me hicieron sentir salvaje, desnuda y húmeda por dentro.

—Madre mía —dijo mi novio— sacando las bragas del bolsillo y agitándolas como si fueran una bandera—. Qué morbazo, pensaba que me iba a reventar la bragueta. Le tenías roto.

—Pues está mal que lo diga yo, pero creo que si —reí.

— ¿No tienes valor de volver dentro y pedirle el teléfono?

— ¿Pero qué dices? —exclamé.

—Solo para putearle y que se vaya calentito a la cama.

—Ya está suficientemente calentito, no te preocupes —dije.

—Y tú también —respondió mi novio.

Pues sí, yo también estoy a tono, ¿qué pasa? — respondí airada.

— ¿No te atreves a subir la apuesta y ponerle los dientes largos a ese?

—Mira, hazme caso, es mejor no jugar con fuego.

—No tienes lo que hay que tener...

—Es que no entiendo para qué quieres putearle así, el que más salido está de los tres eres tú —exclamé.

—Puede ser, pero yo no me corto y tú no tienes valor de hacerlo.

—Joder, dame un minuto —dije de repente y volviendo al restaurante decidí machacar a mi novio.

Tiré de la puerta y volví a entrar. El ambiente estaba todavía más oscuro, aunque se adivinaba movimiento al fondo.

—Hola —dije con voz temblorosa.

— ¿Sí? —Escuché una voz, evidentemente la de César— ¿Has olvidado algo?

—Eh, no... —balbuceaba.

— ¿Qué ocurre? —preguntó avanzando y acercándose a mí peligrosamente.

—Eh, bueno, me preguntaba si me podrías dar tu número de teléfono.

— ¿El de restaurante?

—No, el personal —dije un poco avergonzada.

— ¿Y para qué quieres mi teléfono personal? —preguntó haciéndose el loco.

—Bueno... ¿tú qué crees? —Me sentía avergonzada y excitada por igual.

—Yo no creo nada... cuéntamelo tú.

—Pues creo que es evidente. Tu dámelo y ya lo comprobarás —dije casi muerta de vergüenza.

—No te preocupes que te voy a dar una cosa mejor —Me agarró en volandas sentándome en una de las mesas más cercanas.

—Pero... —Solo acerté a decir.

— ¿Te crees que soy tonto? Llevas toda la noche vacilando a mi costa —Mientras decía esto se desabrochaba el cinturón y el pantalón, liberando un pene imponente que saltó como si tuviera un resorte.

—Lo siento, solo estábamos jugando —acertaba a decir sentada en la mesa con las piernas colgando sin poder escapar.

—Pues te voy a dejar que pruebes un buen juguete... —dijo mientras se acercaba con aquel misil en guardia y tiraba de la falda de mi vestido, encajándolo en las caderas— ¡Pero si no llevas bragas!

—Un segundo. Para. No podemos, está mi novio ahí fuera esperando.

—No te preocupes —dijo tajante— seguro que no le importa esperar unos minutos. Hablando de ayuda... pareces un poco necesitada, igual tu novio te deja que te apañes demasiado a menudo sola.

—No, perdona... ha sido un malentendido —dije intentando excusarme.

En ese mismo instante guio su pene hacia mi sexo y su glánde tropezó con mis labios, fue como si me hubieran aplicado una descarga. La quería dentro. Levanté la vista y me encontré con sus ojos, que parecían pedir permiso, y sonriendo de manera triunfal empezó a empujar, su pene fue poco a poco resbalando por mi húmedo interior hasta llegar al final, momento en el que siguió ejerciendo presión delicada, pero intensa. Yo elevé las piernas, cruzándolas sobre sus caderas y él empezó a bombear, no de forma frenética, pero sí muy intensa y profunda, y entonces me besó de forma apasionada. Me di cuenta de que si seguía besándome de aquella manera yo me correría como una loca, y él como si lo intuyera, siguió haciéndolo mientras incrementaba el ritmo de forma magistral. Era como si mi boca y mi coño estuvieran en resonancia y lo noté llegar de lejos, retumbando como un terremoto. Durante aquellos segundos el mundo se paró, fundida en un abrazo doble de mis piernas y mis brazos, intentando que ese hombre fuera parte de mí.

Y pese a que continuaba absorta en mi borrachera de placer, notaba cómo su ritmo se intensificaba, se volvía frenético y como nuestros cuerpos chocaban violentamente, mientras me agarraba de las caderas para conseguir tracción y, de repente, bajó de cadencia pero aumentó la profundidad, como si fuera en cámara lenta. Su cabeza baja, su mirada absorta en el punto en el que nuestros cuerpos se conectaban y al instante noté cómo su pene se hinchaba y sucesivas oleadas cálidas golpeaban mi interior. Durante unos segundos me abrazó, un abrazo tierno pero tenso, manteniendo su pene quieto en mi interior. Y después se separó, y disfrutando del camino de vuelta salió de mí. Al hacerlo, su semen fluyó espeso de mí, cayendo sobre el suelo.

Se recompuso, giró hacia la barra y cogió una tarjeta y un bolígrafo, garabateando algo rápidamente.

—Toma, preciosa, mi número para que se lo restriegues a tu novio —me dijo mientras me ayudaba a bajar de la mesa en la que seguía sentada y prácticamente me giraba hacia la puerta, como indicándome el camino.

Me volví hacía la puerta noqueada y salí de nuevo del restaurante, con la amarga sensación de que me había metido en un lío por portarme como una cría. Mi novio estaba apoyado en una farola, fumando un pitillo.

— ¿Cómo has tardado, no? —dijo.

—He aprovechado para ir al baño.

— Sabía que te ibas a cortar y no le pedirías el teléfono.

—Aquí lo tienes —le dije triunfal y enfadada, tirándole la tarjeta a la cara—

— ¡Hostia! Eres una máquina. Se habrá quedado más empalmado que un tótem de sacrificio.

—Vámonos... hazme el favor —contesté.

— ¿Estás bien? — respondió preocupado.

—Sí —dije de forma escueta, mientras notaba cómo seguía resbalando el semen de César por el interior de mis muslos.

Aquella noche no quise follar con mi novio, le puse una excusa; primero porque no estaba contenta con él y con sus juegos, que yo de otra manera no hubiera buscado, y segundo porque me daba miedo que notara que alguien ya había regado antes el jardín.

Durante meses estuve tentada de comerme el orgullo y marcar aquel número, porque de lo que estoy segura es que en los brazos de aquel tipo sería capaz de morir de placer.